

# ARGONAUTAS

LA REVISTA DE ARGOS CULTURAL

MARZO 2021

AÑO 2

Nº 2



Gu<sup>x</sup>  
de la Cal

LEEMOS A  
CAPOTE  
CORTAZAR  
ENRIQUEZ

# EDITORIAL

El número 2 de Argonautas tiene como punto de partida EL SECRETO. Para inspirarnos leímos a Truman Capote, a Julio Cortázar y a Mariana Enriquez. Cada uno de los grupos de taller puso a andar la rueda de la escritura con entusiasmo y asombro, que son los dones que no deben faltar en esta tarea.

Cuando era muy chica, tenía un librito con ilustraciones hermosas, escrito en verso. En una página se veía a una nena con una caracola: "Caracolito, ¿qué dice el mar?" Me fascinaba encontrar ese tipo de caracoles que eran una comunicación mística con el mar. Yo estaba segura de que se me iba a develar un secreto cuando lo apoyara en mi oreja, como si fuera una pitia del templo de Delfos.

El arte del secreto me fue seduciendo en otros formatos más banales, como cuando el *Billiken* trajo un kit de detectives y me pasé unas vacaciones resolviendo misterios con mis primas. Finalmente, y luego de pasar por el universo de adolescencia lleno de cartas que prometían guardar y otorgar secretos lacrados, la escritura me dio la posibilidad de hacer del secreto, mi herramienta fundamental para convocar lectores.

¿Qué es eso que el texto no dice? ¿Aquello que no cuenta y que el lector debería adivinar? Uno de los libros más maravillosos que he leído es *El sentido de un final*, de Julian Barnes. Barnes elabora una trama de secretos, mentiras y malos entendidos con la que los personajes y el lector deberán lidiar hasta el punto final. No hay dos personas que hagan la misma interpretación de lo que sucede en esa historia turbia (como les gusta decir a mis hijos cuando las cosas no están claras o cuando alguien tiene algo que ocultar). Se incluyen en esta revista, las producciones de los talleres que Catalina Tovorovsky (Poesía) y Paula Tomassoni (Milenials) dieron en Argos durante el 2020. Sus talleristas se sumaron al disparador propuesto y podemos disfrutar también de sus secretos.

Como tema de una historia, como mecanismo productor de sentidos, como gesto de confianza hacia el lector, como burla infinita, el secreto prolifera en la literatura y le otorga valor como herramienta de cooperación en la construcción de la obra. Es la mano del autor, tendida hacia el lector, a través de las letras. Pero no se lo digan a nadie.

**Evangelina Caro Betelú**

(Mi secreto es hacer una pirueta en la pile que le da inicio a la temporada de verano familiar)

## Agradecimientos:

**A Patricia Guzmán, quien edita esta revista junto a mí, con compromiso y energía infinitos.**

**A Gui de la Cal, quien nos regaló una ilustración maravillosa para la tapa.**



©SarahKay

## **Dedicatoria:**

Este número está dedicado a Alicia, Margarita, Carlos y Claudia, quienes sintieron a Argos su barco propio.



# TALLER LITERARIO PARA ESCRITORXS MILENIALS "EL MUNDO SEGÚN YO"

Presentamos estos relatos escritos por jóvenes autoras y autores participantes del curso "El mundo según yo". A lo largo de seis clases leímos y escribimos literatura a partir de consignas, que pretendieron atravesar distintos ejes conceptuales en torno a la escritura narrativa de ficción. Así, a lo largo de los encuentros pensamos y discutimos cómo crear las/os personajes, cómo encontrar la voz que narre el relato, dónde poner la mirada, cómo trabajar el paso del tiempo.

Para estos cuentos en particular, trabajamos la idea del secreto como principio constructivo del relato. Vimos entonces cómo hay distintas opciones: el secreto que saben los perso-

najes e intuimos las/os lectores, el que sabe el narrador/a y sabemos las/os lectores pero desconoce el personaje, el que nos es vedado en la lectura y genera un clima de misterio que no se resuelve. Recorrimos esas opciones en algunos de los cuentos leídos: "Papá Noel duerme en casa" de Samanta Schweblin, "La boda" de Silvina Ocampo, "Crescendo" de Dino Buzatti, "222 patitos" de Federico Falco, "La fiesta ajena" de Liliana Heker. Los textos fueron escritos y revisados en diálogo con el recorrido hecho, vinculando los distintos aspectos a tener en cuenta al momento de narrar. Esperamos que los disfruten.

**Paula Tomassoni**  
**Coordinadora**

# TRES SECRETOS

Sol Artazcoz



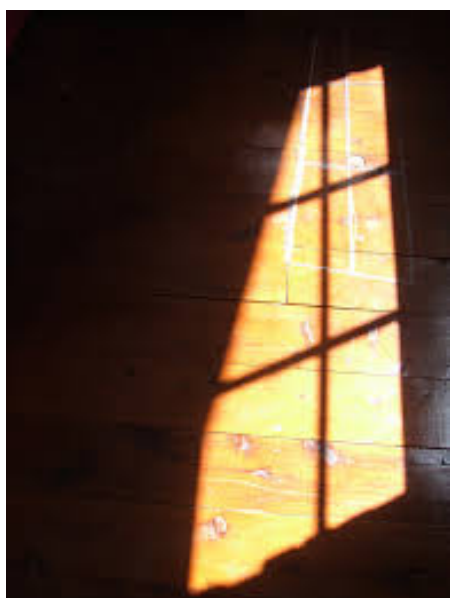
Carlos tenía siete años cuando vio, desde la ventana de su habitación, a su padre junto a otro hombre. Aquella noche su madre había salido con sus amigas y su padre trabajaba hasta tarde en la comisaría, por lo que Ana había venido a cuidarlo. Una hora antes de aquel incidente ella le había ordenado acostarse: era tarde y al otro día, temprano, debía ir a la escuela. Pero Carlos no tenía sueño, y, una vez que escuchó los pasos de su niñera descender por la escalera, se incorporó. El hombre que besaba a su papá detrás del portón de entrada era alto y delgado, su pelo era oscuro y, si bien Carlos no llegó a verle la cara completamente, supo con seguridad que lo reconocería al instante si algún día lo volviera a cruzar. Ese día no logró pegar ojo, y del episodio de la ventana no emitió palabra. Carlos tenía nueve cuando su padre murió en un accidente de tránsito. Participaba de una persecución policial y su patrulla, que iba a una gran velocidad, perdió el control y cayó desde un puente al mar. El cuerpo de Eduardo, a pesar de las incansables búsquedas, no pudo ser encontrado. Aquel hombre alto y delgado, que Carlos con frecuencia había acostumbrado a ver por las noches desde su ventana, les informó la noticia. Pero Carlos no lloró, y, para su sorpresa, su madre

tampoco. Él, aunque nada podía comprobarlo, estaba seguro de que su padre no había muerto. El hombre alto y delgado, después de la muerte de su padre, había dejado de trabajar en la comisaría y no había vuelto a aparecer por esos lados: Carlos pensó en miles de escenarios en los cuales su padre y aquel hombre escapaban, para poder vivir juntos y felices sin ser juzgados. Lo que le entristecía era pensar que su padre lo había abandonado, pero el simple hecho de que pudiera estar vivo, aunque a kilómetros de su hogar, lo tranquilizaba.

María volvía de cenar con sus amigas cuando vio a su esposo junto a otro hombre. Horacio se llamaba: trabajaba con Eduardo en la comisaría, y varias veces lo había cruzado por las calles de la gran ciudad. La sorpresa y el enojo la invadieron, pero no impidieron que su orgullo la llevara a actuar: en vez de bajar y enfrentar a su esposo decidió arrancar el auto, que instantes antes había frenado de golpe, y seguir el camino. Dio varias vueltas manzana y, una vez que confirmó que Horacio había partido en su patrulla, decidió estacionar, y entrar en la casa. El impulso de gritarle y echar a Eduardo amagó con vencerla varias veces, pero, como un animal acechando a su presa, decidió fingir que nada pasa-

ba. Sonrió, besó a su esposo y se acostó a dormir. Del episodio no emitiría palabra, al menos por ahora. Carlos ya era mayor, y se encontraba camino a su antigua casa, en la cual dieciséis años antes le habían dado la noticia que dio un gran giro en su vida: la muerte de su padre había enfermado gravemente a su madre, que ahora apenas podía levantarse de su cama para ir al baño o abrir la puerta. Su vida se limitaba a quedarse tirada, mirar la televisión y comer, cuando la obligaban a hacerlo. Carlos recordó al hombre alto y delgado, recordó las noches espiando desde su ventana, y recordó el día en que le anunciaron que su padre había muerto pero que su cuerpo, hundido en el fondo del mar, no podría ser recuperado. Él nunca le había contado a su madre su teoría con respecto a una posible huida de su padre, y se preguntó si había hecho bien en no hacerlo. Su madre, durante los primeros años de viuda, parecía haber encontrado una forma de seguir adelante, pero luego, de un día para el otro, había caído en una depresión que hasta el día de hoy la consumía. Una lágrima, surgida en parte por la culpa y en parte por la nostalgia recorrió la mejilla de Carlos, que ahora estacionaba frente a una casa que, tiempo atrás había sido su hogar. "No es mi culpa, ni siquiera sé si sigo creyendo en esa teoría. Quizás lo único que hacía era negar que papá está muerto y mi vida no va a volver a ser la misma". Pero ¿y el hombre alto y delgado? ¿y el cuerpo desaparecido que nunca pudieron encontrar?

Carlos bajó del auto y cruzó a la vereda de enfrente, donde estaba la casa. Todo en ella seguía exactamente igual.



El portón, el caminito de piedras que conducía a la escalera y, por último, la puerta de entrada. Tocó el timbre, para que su madre supiera que había llegado, y luego abrió la puerta. En el interior, las paredes, en las cuales antes colgaban fotos, se encontraban vacías. Todo se percibía más frío, y la sensación acogedora que antes sentía al llegar a casa se había desvanecido. Uno, dos, tres escalones. Carlos avanzaba hipnotizado con un silencio que abrumaba. Cuatro, cinco, seis. Su madre seguro estaría durmiendo, no quería despertarla. Siete, ocho, nueve. Listo. Desde el pasillo la vio: en vez de encontrarse en su habitación - en la cual antes también dormía su padre - su madre estaba en la pieza de Carlos. Sentada en la cama, miraba por la ventana, aquella por la cual Carlos tantas veces había mirado, cómplice de los engaños de su padre y aquel hombre desconocido. Aquella imagen lo desconcertó por un momento, pero luego ingresó al cuarto y se acomodó a su lado. Sus pelos estaban más prolijos, y, a diferencia de otros días, se había cambiado y puesto perfume.

Sentado a su lado, Carlos pensó que era buen momento para revelar a su madre todo lo que había pasado, pero decidió callar.

Sentada a su lado, María pensó que era buen momento para revelar a su hijo todo lo que había pasado, pero decidió callar.

Era tarde y el sol se escondía. La ventana ahora ofrecía una vista hermosa. El silencio ahora era reconfortante y, como cómplice de ambos, invadió la casa. Sí, quizás era mejor callar.

Soy Sol Artazcoz y mi secreto es que de vez en cuando disfruto pasar tiempo sola

# CALLAR, OLVIDAR Y DESAPARECER

Daniela Ávalos



© DanielServa

**E**l piso del edificio se llenaba de barro cada vez que alguien entraba. La lluvia incesante como los intentos del portero por mantener todo limpio. Sacaba y volvía a guardar el celular del bolsillo de manera impulsiva. Creyendo que lo hacía para mirar la hora, pero en realidad la mayoría de las veces no la registraba. El de la agencia de taxis dijo veinte y ya habían pasado veintiséis minutos. Por la calle pasaban uno tras otro que me hacían ilusionar y dar un paso adelante, pero todos llevaban pasajeros y ninguno frenaba acá. El portero prendió la calefacción y la puerta de vidrio se iba empañando y entorpeciendo mi espera. Vi por el reflejo que apoyó el secador de piso contra la pared y se quedó parado atrás mío. Hacía rato daba vueltas, me miraba, seguía con lo suyo, volvía a mirarme y cuando parecía que iba a hablarme al final seguía fregando. Era de sacarme charla a mí o a cualquiera cada vez que encontraba la ocasión, pero hoy se estaba tomando su tiempo. Imaginé que tenía algo en mente que lo inquietaba. Hasta que en un momento, luego de haber permanecido ahí parado, dijo:

-¡Qué día más feo, eh! ¿Hoy tenés psicólogo?

Sin despegar mi mirada de la puerta le contesté:

-No, no. Los jueves tengo. Tengo que ir a la odontóloga ahora.

-Ah... ¿Y la claustrofobia la estás charlando ahí, con el psicólogo?

Largué una carcajada.

-¿Claustrofobia? ¿De dónde sacó eso?- me di vuelta para verlo.

-Ah, pensé, supuse...como nunca usás el ascensor.

Volví mis ojos a la puerta.

-No, sí lo uso. No mucho, nada más que prefiero usar la escalera para ejercitarme.

-Yo no te vi usarlo nunca en estos dos años. Ni cuando vas apurado.

Saqué el celular y simulé estar mandando un mensaje. A ver si se callaba un poco. Pero sin darle la menor importancia continuó:

-Es más común de lo que creés eso de la claustrofobia. Yo no creo mucho en los psicólogos pero ya que estás yendo deberías contarle.

-Gracias, pero le dije que no- respondí a secas.

Él volvió a tomar su trapo y su secador, aunque no tenía nada más que limpiar. Y yo volví a tomar mi celular, aunque nuevamente sin mirar la hora ni sin mandar algún mensaje. Del taxi ni noticias.

Si bien quería que el portero se callara y lo había logrado, el silencio que se había generado se me hizo insoportable y por un momento deseé que volviera a hablar.

¡Para qué! Es como si de alguna manera hubiera logrado entrar a mi mente y supiera lo que estaba pensando. Había empezado a trapear de vuelta y se había ido hacia la izquierda del lobby, donde ya no alcanzaba a ver su reflejo a través de la puerta.

-Disculpá eh, si te molestó, no es que sea entrometido pero sos un pibe joven, me hacés acordar al mío. Veinticuatro tiene, ¿Vos cuántos?- sin darme lugar a responder siguió- Qué se yo, viste, me preocupó. Me venía dando vueltas y te quería preguntar.

Sus palabras y su tono de voz suave y calmado me enternecieron. Mi papá nunca me había hablado de esa manera. Cada vez que quería contarle algo fruncía el ceño y me miraba fijo. Entonces sabía que debía dejar de hablar. Una vez, cuando tenía siete, me aconsejó con esa misma mirada: "Hay cosas que solo desaparecen si son olvidadas, y para olvidarlas, hay que callarlas." Y entonces callé. Una y otra vez. Aliviado, creyendo que papá me había dado la solución a los problemas que uno puede esperar que tenga un nene de siete años y otros que no, que uno jamás esperaría. La respuesta a futuros problemas además. Mi primera impresión fue que era pan comido. Hace un año que había dejado de ser unos de esos chicos a los que las palabras se les escapan de la boca. Pero con el tiempo me di cuenta de que había una trampa: hay voces que nunca se callan, que toman vida propia; matices; tonos, colores y hasta formas, caras y lugares. Lo curioso es que no cambian mucho el libreto. Apenas varían un par de palabras. Y eso es lo más atormentador. Se repite tantas veces que es imposible olvidar. No desaparecen pero tampoco aparecen. No pueden, porque siempre están ahí. Quise preguntarle a papá muchas veces si él sabía cómo hacer. Pero nunca me animé y al crecer me di cuenta de que no hubiera sido más que para humillarlo porque era evidente que él tampoco tenía ni idea. Sabía que en sus largos silencios no había silencio. Me di cuenta hace unos años atrás: viendo fotos de cuando mis seis aún no se asomaban, lo vi sonriendo y con sus cejas derechitas y lo desconocí. "¡Ah, así era papá! ¿Por qué será que la vocecita se calla y desaparecen las cosas más lindas?" me dije indignado.

Me giré para verlo.

-Está bien- sonreí- soy un poco reservado con algunas cosas, por eso te contesté así. Discúlpame vos.

Abrió sus ojos exaltado y sin poder disimular su entusiasmo exclamó:

-¡Ah, entonces sí! ¡Algo te pasa que no usas el ascensor! Yo no me había dado cuenta hasta que hace unas semanas charlando con Laura, la que vive al lado tuyo, me comentó que le extrañaba que, cada vez que te cruza, subís o bajas por la escalera. Y ahí me puse a pensar y a fijarme y es cierto. ¡Mirá que hay que subir y bajar seis pisos todos los días, eh!- rió.

Arrepentido de haber caído en su trampa como un niño seducido por un dulce y de haberle dado pie a su indagación me limité a suspirar y volver mi mirada a la calle mojada llena de viajes ajenos.

Las voces empezaban a tomar una forma conocida. Quizá porque el escenario, los papeles, la puesta en escena era de alguna manera conocida.

Insatisfecho y habiendo frenado su limpieza, totalmente envuelto en su interrogatorio prosiguió:

-¿Te pasó algo alguna vez en un ascensor? Viste que hay cosas que te marcan.

-No- respondí terminantemente. Mis manos empezaban a sudar y el celular no podía reconocer mi huella digital. Mi respiración cada vez más corta y rápida.

-¿Te quedaste encerrado?

-No

-¿Te caíste al vacío?

-No

-¿A algún conocido le pasó algo con el ascensor?

Me quedé en silencio y en un intento por desbloquear el celular se me deslizó de la mano.

-¡Ah! ¿Alguien cercano? Decime, ¿Caliente, frío?

Me sentí un niño. Otra vez. Solo quería terminar y seguir jugando. Era eso: un juego. No sabía qué querían que respondiera. No sabía por qué me hacían las mismas preguntas. Pero por mucho que reprochaba, no me dejaban irme. Nunca tenía el poder de irme. Ni ese día ni los que vinieron después.

-¿Un accidente?

-No, no fue un accidente- respondí sin pensar, como si tuviese seis otra vez y no supiera que hay cosas por callar, olvidar y desaparecer.

Soy Daniela Ávalos y mi secreto es que tengo 22 y todavía firmo con mi nombre.

# MI DECISIÓN

Iara Barreiro



©AëlaLabbé

Cinco de la tarde, entra su madre a su trabajo enfurecida con cualquier persona que se aproxime. Entre esmaltes, secadores, labiales y peines, su madre no tardó ni cinco minutos en acomodarse para empezar a gritar. No le importaban las clientas ni el personal presente.

—¿A vos te parece, Isabel, que por semejante desgracia y falta tuya pierdas a tu futuro esposo?— grita su madre en su total exaltación.

—No me parece que vengas a hablar de mi vida personal mientras estoy trabajando mamá, ¿qué te pensás que voy a comer hoy y todo el mes si no te callás y me dejás trabajar?

— De comer te daría tu marido si no hubieras elegido ser una sinvergüenza, con toda la educación moral que yo te di, solo nos faltás el respeto.

— Me parece que no es momento de hablar esto, y que ya no necesito un marido, ni tampoco una familia con integrantes que sólo me juzgan sin fijarse en cómo me siento, sin preguntarme nada.

— ¿Tu padre perdió a su única hija mujer y te parece poco? ¿Te parece que él se puede sentir bien con todo esto? Replanteate tus decisiones para seguir siendo parte de la familia y no vivir trabajando para comer— dice la madre mientras agarra sus cosas para irse sin, al menos, despedirse del personal.

Soy Iara Barreiro y mi secreto es que cuando me siento mal, canto y bailo Shakira sahumando.

# 12 DE JUNIO DE 1997

## Agustina Floridia



Desde la calle principal, dos cuadras hacia la derecha y luego media a la izquierda. Número 1453, una puerta de blanco enorme, pesadísima. Mi departamento era el tercero C y por lo que parece los vecinos del B, tienen perros, vaya a saber uno cuántos son. Cuando quise abrir la puerta, con las mil cajas de la mudanza en la mano, se me cayó una e hizo que los perros no pararan de ladrar. Sabía que debía ser cuidadosa y no llamar la atención de los vecinos ya que mi parecido con ella los asustaría, además de que podría hacerla dudar. Dos años fue lo que tardé en encontrarla, dos años desde que me enteré quién era y apenas un mes en saber qué era de su vida, dónde vivía y con quién.

Los primeros días en el edificio fueron una locura, no sabía si usar o no el ascensor. Hasta tenía miedo de salir del departamento. ¿Qué se suponía que le dijera si me la cruzaba? Pero con el pasar de los días, me di cuenta de que con todo esto de la pandemia debíamos usar tapabocas por lo cual, si lo usaba y sumaba unos lentes de sol, sería irreconocible. Así que así era cómo

salía del departamento. Gracias al tapabocas, cuando me la crucé no se dio cuenta de nuestro parecido y al entrar al ascensor me saludó muy amablemente, seguido por una invitación a que cene con ella para poder conocernos, ya que yo era nueva en la ciudad y probablemente me encontraba sola.

Cuando las palabras “uno de estos días organizamos para cenar” salieron de su boca, mi cara se transformó en un tomate, pero con la voz casi quebrada, respondí que sí, que tenía mucho trabajo pero que podíamos organizar. Por suerte el tiempo que se está en un ascensor no es mucho, aunque fue lo suficiente como para que todo mi cuerpo empezara a transpirar.

Diez días pasaron sin cruzármela otra vez, por suerte. Hasta el jueves por la noche, cuando a eso de las 9, tocaron mi puerta. Era ella, claramente me puse tapabocas, pero no anteojos de sol. Así que lo primero que se le escapó luego del “hola”, fue que teníamos el mismo color de ojos, y que podía jurar que hasta la misma mirada. ¿Qué debía decirle? ¿Que sí? Solo reí y

me invitó a cenar la noche del viernes, en un restaurante hermoso que había en la esquina, así podríamos charlar y conocernos. Acepté. Acepté sabiendo que muy probablemente ese día se daría cuenta de todo, porque con tapabocas, no podía comer. Esa noche, en el camino al restaurante mencionó que era muy curiosa, que no malinterpretara sus preguntas, que no lo hacía de chusma. Y así fue, pregunta tras pregunta. ¿Por qué decidiste venir a esta ciudad? ¿Tenés hermanos? ¿De qué trabajás? ¿Dónde vivías? ¿Tus papás? ¿Siguen vivos? ¿Cuánto tiempo pensás quedarte? Hasta que llegó la comida, me saqué el tapabocas y su mirada se clavó en mí como si se hubiese dado cuenta de todo. Pero después de unos segundos, largos, bajó la mirada hacia su plato y con la voz a medio quebrar dijo que se veía riquísimo. Dentro de mí había algo que decía que sí, que se lo dijera, que ya se había dado cuenta. Pero no. Solo seguí comiendo. Se creó un silencio incómodo entre algunos cruces de miradas, donde ambas queríamos decir algo, pero ninguna se animaba. Pedimos la cuenta y en ese silencio incómodo, en el que solo salían algunos comentarios sobre la comida y un par de risas llegamos a la puerta del edi-

ficio, subimos al ascensor y en el tercero me bajé para poder entrar a mi departamento.

No pude evitarlo, las palabras salieron de mi boca como si tuvieran vida propia. Le dije que la historia de mi infancia era mentira, que había sido adoptada cuando apenas tenía tres años, que tenía una hermana y que era ella. Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse, pero ella llegó a bajar. Los perros del vecino no paraban de ladrar y sus ojos se llenaron de lágrimas en cuestión de segundos. La invité a pasar, para así poder contarle todo mejor, con más detalles. Le dije que había nacido el 12 de junio de 1997 y que a los tres años me habían dado en adopción junto a mi hermana, pero que nos tocaron familias diferentes y por eso hacía solo dos años me había enterado de su existencia, que desde ese día no había parado de buscarla, que nunca dudé en venir acá y decirle la verdad, pero que no sabía cómo hacerlo ni cómo reaccionaría ella.

En ese momento, el tiempo se paralizó y ella se paró. No tenía idea de cuál sería su reacción pero se la notaba con una mezcla de angustia y confusión, no hubo muchas palabras. Para ser más específica, solo tres palabras salieron de su boca. "Necesito pensarlo bien". Luego, la puerta de mi departamento se cerró sobre mi nariz y los perros del tercero B comenzaron a ladrar.



Soy Agustina Florida y mi secreto es que le tengo mucho miedo a las tormentas.

# PASTILLA

Antonia Prada



© melanierothschild

¿Podés tomar la pastilla de una vez?

La alarma se pospone cada 9 minutos, y digo se pospone para no admitir que soy yo la que aprieta con el dedo la pantalla y aleja el problema unos minutos más.

-Sí, sí. Ya la tomo.

Con desgano apaga su velador, el mío queda prendido. Me consiguió unas pastillas más chicas, a ver si me dejo de joder y las trago, me lo dice cuando me rebolea la caja. De verdad quiero tomarlas, sé las consecuencias que me esperan si no. Pero no me gusta que me apuren.

Bueno, cuestión, las otras pastillas eran muy grandes para mí. No es que me negaba a tomarlas, para nada; intentaba pero me costaba horrores. Como un elefante y un ratón. En los miles de intentos anteriores, en absolutamente todos, había llorado y tomado litros de agua como si fueran las olas que de chiquita me daban vuelta y me chupaban mar adentro pero esta pastilla era un barco pesquero, una ballena azul quieta en su lugar. Y mientras hacía pis, descargándolo todo, al mismo tiempo me metía más agua como si fuera un tubo, estresando al cuerpo de tanto sumar y eliminar, y la pastilla seguía ahí, acurrucada, a este punto durmiendo, en algún rincón de la boca. Entonces entre saliva y agua se deshacía el plástico, el polvo caía en la lengua y no en el estómago, me agarraban

arcadas por el sabor asqueroso que se sumaba a este pastiche gomoso pegado arriba y abajo. Con buches lo deshacía y me lo tragaba. Él me miraba desde la cama con enojo y apagaba la luz. Con ojos llorosos por el asco y la tristeza de haberlo desilusionado, le prometía que la próxima vez lo iba a hacer bien. Me respondía con un murmullo, a veces ni si quiera eso.

Bajo a la cocina, que todavía tiene olor a milanesas de la cena y agarro un vaso. Esta vez sí, le digo. La miro de cerca, miro cómo los dos plásticos ovalados se conectan en el medio para proteger ese polvo que, de alguna manera, me tengo que meter en la panza. Me pregunto cómo algo tan liviano puede cambiarme, a mí, a este cuerpo de sesenta kilos con treinta y cuatro años. Me molesta un poco ser así de inútil. ¿No es el cuerpo una máquina perfecta? Me enojo conmigo y con la pastilla, por no poder tragarme algo tan insignificante. Vuelvo a observar el polvito de cerca, esto es lo que cuenta, al fin y al cabo, esto es lo que tengo que tragar. Pero está encerrado entre esas paredes circulares y coloridas. Así que, como si un Dios me escuchara, me cae del cielo la solución: separálos. ¿Por qué no? Qué raro nunca haber escuchado esta idea antes, no creía ser la única a la que le intimidaran estas cosas. Si el polvo se disolvía con el suficiente líquido, sin los plásticos engomándolo todo, sería

como un jugo.

El polvo cae en el vaso, tiñe el agua y forma un amarillo pálido enfermo. Revuelvo con una cuchara, pero todavía está sólido. Quedan grumos, bastante grandes. No parecía ser tanto el polvo. Acostada en el sillón, espero a que termine de disolverse. Me quedo mirando a la chica esta de la televisión, me pregunto qué mérito tiene para estar ahí. Podría ser yo. Cambio de canal para no enojarme y me quedo con los dibujitos que aunque no son tan buenos como cuando era chica, siguen siendo dibujitos. Cosas para no pensar. Dormirse.

Despierto con el grito de un juguete en una propaganda, la emoción de un nene rubio y con pecas que hace a sus dos hombres pequeños y musculosos de plástico pelear. Entonces, veo en el logo de la marca ese amarillo pálido enfermo. La pastilla. Corro al vaso con desesperación y miedo de que se levante para ir al baño, miro la hora y son las cuatro. Casi siempre se despierta alrededor de esta hora, descarga y vuelve a la cama. Siempre haciéndome un lío innecesario, siempre prendiendo la luz -como si no supiera el camino-, dejando la puerta abierta del baño, para que escuche el chorro caer,

tirando la cadena sin necesidad, cuando lo puede hacer a la mañana siguiente.

Llego a la mesada, me quedo inmóvil. El vaso ya no es transparente, el agua ya no es amarilla. Todo está teñido de azul. Revuelvo con una cuchara, pero no puedo. Miro el cubierto y lo veo carcomido, con agujeros. El agua ahora es una masa. Se agranda y mueve por sí sola.

Lo miro una hora. Está empezando a comerse el vaso.

Él no se levanta para ir al baño.

Dos horas. El agua ahora es negra, y el vaso ya no existe. Sigue sin ir al baño.

Tres horas. Cuanto más come, más crece. La mesada tiene ya sus primeros agujeros.

Me olvido del baño.

El coágulo cae en el suelo. Ya es grande como un bebé.

Se levanta tarde esta vez, a las once, tarde como nunca. Camina sin apuros hasta el living y pone la pava a hervir. Lo veo desde abajo. Me pasé la noche tirada sobre este hueco, linterna en mano, observando como crecía y crecía y se abría camino debajo de nuestra casa. Tierra, caños, cables, algún que otro hueso. Se lo come todo. Y crece.

Se asoma por el hueco de la mesada. Pega un grito y veo la yugular desde acá latiéndole en la garganta.



Soy Antonia Prada y mi secreto es que le pongo  
azúcar a la chocolatada.

# LECTURA Y ESCRITURA DE POESÍA

Escribir un poema requiere, ante todo, de coraje.  
Para llorar en carne viva y a la vista de todos por el dolor del mundo.  
Para nombrar con cuidado lo frágil, lo que  
siempre está por romperse o por explotar, que es como un bebé recién nacido o  
como una bomba nuclear.  
Escribir un poema es hablar de la casa, es exhibir despiadadamente lo íntimo.  
Es traicionar para ser fiel.  
Y también...  
Es decir, de la única forma posible, aquello que no se puede decir de otro modo.  
Eso hacemos en nuestro taller.  
Leemos los buenos poemas de nuestros escritores favoritos. A veces nos  
quedamos sin palabras. A veces los plagiamos o les robamos sus versos para  
contar nuestras mentiras y nuestras verdades.  
Nos esforzamos y disfrutamos del proceso.  
Aquí, algunas de nuestras producciones.

**Catalina Tovorovsky**  
**Coordinadora**

# LO QUE CALLO

María Soledad Berdazaiz



© PattyMaher

El despertador suena ¿otra vez?  
Religiosamente 7 a.m. hoy no puedo,  
Levantarse, hacerse un mate no me pienso cambiar  
Otra noche de mal dormir cómo se movió anoche  
Revisar mails seguro se me nota en la cara  
Contestar llamadas hola, má  
Poner buena cara bueno, ma  
Sonreír aunque no se quiera sí, ma  
Trabajar ¿mi guita?  
Las cuentas no se pagan solas ¿o miguitas?  
Avanzar sin miedo ¿cuántas veces al día será normal pensar en la muerte?  
Todos los días un poquito ¿estás segura de que querés esto?  
Animarse ¿lo querés vos o lo quiere el resto?  
Hasta que al fin cuántas formas puede tomar el pensamiento  
Sea un arrojito al vacío de mi deseo  
O quizás resurrección inhabilitado.

Mi nombre es Soledad y mi secreto  
se fue con el viento.

# PERCEPCIÓN

Cecilia Buedo



© GrégoireA.Meyer

Percepción.

Suspensión de

gotas pequeñas de agua que poco a poco nos deja sin visibilidad.

Nubes bajas

formadas por partículas de agua de pequeño volumen  
en suspensión.

El aire tardó años en condensarse,  
no, no nos dimos cuenta.

Nos dimos cuenta?

Queríamos perder visión? Así era más fácil.

Una niebla incolora al principio imperceptible.

No era todavía blanca.

No era todavía gris.

Era como cuando olvido usar los lentes.

Vos no lo sabías?

El pronóstico del tiempo y las necrológicas era de lo poco que prestabas atención en la radio.

Qué raro, se te habrá escapado.

Y sin querer queriendo el clima todo lo nubló,  
no pidió permiso y arremetió contra aquel deseo.  
Todo lo nubló, hasta las palabras.  
En medio de la niebla los sonidos son confusos, a veces sordos.  
Y aunque el dolor era más ensordecedor,  
eso no fue lo que te dejó mudo.  
Ya era incapaz de la palabra.  
Una masa de aire cada vez más espesa,  
un lento respirar profundo, no alcanzaba  
faltaba oxígeno, faltaba claridad,  
no, no me faltaban los lentes.  
La niebla es difícil de representar y por eso estoy acá,  
una superficie rosada, colorada, afiebrada por momentos,  
húmeda, era sudor? Era dolor?  
Sudaban esas gotas de aire condensado?  
Era dolor en suspensión, partículas pequeñas de dolor,  
cuerpos que poco a poco se evaporaban.  
Y una sutil precipitación de pronto se produce y llueve  
y aclara  
y el agua corre ahora por debajo de los siete puentes  
y el polvo en suspensión baña el arroyo de gris liviandad.

Soy Cecilia Buedo y mi secreto se  
funde en la complicidad de mis palabras.

# EL SECRETO

Ana Clara Echevarría



está en la yema de tus dedos  
en la sombra vertical de tu espalda

está en el vacío amarrado a tus huesos  
en el fondo áspero de un estanque de sal

está adhiriéndose a tu voz  
como un sueño absurdo se adhiere a la almohada  
como la luna de invierno al tapiz de mis ojos

está quieto  
ahora se mueve

está en la yema de tus dedos

Mi nombre es Ana Clara y mi secreto  
está a punto de desvanecerse.

# EN SILENCIO

Patricia Guzmán



Dicen que los secretos se emparentan con las sombras  
que se guardan como preciosas joyas en arcones de recuerdos  
que no se dicen, para que no se disuelvan en la lengua  
que son espíritus de fuego en las manos  
miserias si se dicen, miserias si se guardan  
sin embargo, los mejores secretos, los que escorzan el alma  
en los cuerpos se ríen sin desconsuelo.

Soy Patricia y sé un secreto: en la sociedad de los  
poetas muertos están todos vivos.

# PODRÍA HABER SIDO

Analía Martella



Podría haber sido varón  
Se habrían ahorrado  
Salir apurados a buscar  
un nombre,  
entre las actrices de moda.  
No habría cargado  
el peso latente  
de buscar ser perfecta.  
No habría sentido  
el secreto silente  
de mi padre, que no podía  
no sabía  
no quería?  
Mejor no sigo,  
este espíritu enojoso  
me lleva a un lugar difícil  
Me quiero escapar  
de mi mente indomable  
que insiste en pelearse  
con lo que se nace:  
los ojos marrones,  
el pelo con rulos.  
no ser el que esperaban.

Soy Analía Martella y mi secreto es pertenecer a  
la sociedad secreta de las poetas locas.

# TALLERES DE ESCRITURA 2020

**Evangelina Caro Betelú**  
**Coordinadora**

# LAS CARTAS DE RUSIA

Isabel Bacher



**M**insk, Octubre 1979

*Querida tía Ida,  
Decidimos escribirles una carta y enviarles fotos de mi  
hija Lena con su esposo Sasha y mi nieta Tanya.  
Desde la muerte de mi querida madre Sonia, no nos  
hemos comunicado con la frecuencia que hubiéramos  
querido Lena y su esposo estudian en la universidad  
de Minsk, serán bioquímicos.  
Nuestra vida transcurre sin ningún cambio especial:  
nuestras alegrías son las visitas de los hijos y la  
aparición de una nieta.  
Probablemente ya seas abuela, ¿verdad?  
Escriban, no nos olviden.  
Besos.  
Tu sobrina Bina*

Mi madre apoyó la carta sobre la mesa, un suspiro imperceptible y resignado parecía escapar de sus manos al soltar el papel, las cartas de Rusia eran un hito en nuestra porteña cotidianeidad, una especie de timbre silencioso que nos tocaba un pasado que solo ella conocía y que a veces desgajaba en pequeñas crónicas sin importancia que solo deja-

ban entrever lo que nunca se diría.

- ¿Alguna novedad importante?- era la pregunta de rigor ante la llegada de la carta.

-Nada nuevo, la falta de Sonia...

-¿Me la leés?

- Más tarde.

Y ese más tarde nunca llegaba. Siempre tuve la impresión de la vida en dos planos, el presente donde yo ocupaba el lugar de esa hija única, nacida a la edad en que otras parejas ya piensan en ser abuelos, y esa otra realidad que no se resignaba a ser pasado sino que se ocultaba dentro de nuestras vidas sin permitirnos hablar de ella.

Me gustaba ver las pocas fotos mustias y amarillentas de aquel lejano planeta, mi madre con largas trenzas atadas alrededor de la cabeza, enfundada en un grueso abrigo frente a un antiguo portón de Rowno, su ciudad natal, o las más recientes como la que acompañaba esta última carta.

La historia de mi madre y sus hermanas parecía encapsular todas las alternativas por las cuales pasaron los judíos en la Rusia del siglo veinte:

la pérdida, el desgarró y la aniquilación. Sonia, su hermana mayor, nunca pudo dejar Rusia. Durante la invasión de los alemanes salvó su vida y la de sus hijos escondiéndose en un camión militar que los llevó detrás de la frontera de la masacre.

Bronia, otra de las hermanas, vivía en Varsovia con su marido y su pequeño hijo al momento de la invasión nazi. De ellos solo queda una vieja foto donde se los ve sonriendo mientras pasean en las calles que posteriormente se convertirían en gueto, en muerte y en desolación, jamás supimos cuál fue su destino.

Mi mamá, Ida, con la valentía de los hijos menores pudo embarcarse sola a la Argentina, sin un solo peso, sin saber hablar, salió a la búsqueda de unos lejanos parientes que vivían en Lanús dejando atrás su condición de huérfana de padres, de nación y de ilusiones.

De Rusia nos llegaban periódicas noticias, pero mi madre jamás me leía las cartas, escritas en prolija pluma, en impecable idioma ruso, las guardaba entre su ropa, atadas con una cinta rosa brillante, de tanto en tanto mirábamos las fotos y hasta a veces hermosas láminas que llegaban entre las páginas interminables.

Después de la muerte de su hermana Sonia, mi madre cambió su actitud, se distanció inexplicablemente de las cartas, las misivas eran más escasas y parecía que ese amor que durante larguísimo años atesoró, se hubiera evaporado misteriosamente, que los lazos se hubieran soltado y que Ida, esa pequeña huérfana, hubiera dejado a los suyos por primera vez.

Años después, cuando falleció mi madre, me reencontré con las cartas, anudadas en la misma cinta rosa y no me atreví a traducirlas, ni a leerlas. Por mucho tiempo quedaron allí, en un cajón, con su historia enhebrada para mí en las miradas de esas fotos. Tenían el perfume de lo lejano y del misterio de un sufrimiento acerca del que nunca me hablaron. De tanto en tanto, me las encontraba al buscar otra cosa y me increpaba su ajenidad.

*Traductor de Ruso* rezaba el anuncio, me desafiaba, y de pronto las antiguas cartas se convirtieron en un archivo enviado por internet. La traducción

nunca llegaba, hasta que un día después de meses, recibí las siguientes líneas acompañadas de las cartas traducidas al español:

*Estimada Isabel*

*Ruego disculpe mi demora, no encontraba el tiempo para traducir sus cartas, sin embargo déjeme decirle que un hecho fortuito me llevó hacia ellas, viajaba a Moscú para un Congreso cuando el mal tiempo nos desvió hacia el aeropuerto de Minsk donde pasé cinco horas esperando mi conexión, sus cartas aparecieron por encanto ante mí, estaban escritas desde Minsk adonde el destino me había llevado, parecía que había quedado algo sin decir, sin contar, un secreto que yo debía develar solo en Minsk.*

*Minsk, agosto de 1972*

*¡Mi querida hermana y cuñado!*

*Me senté para escribirles esta carta. Estoy estremecida... temblando... esto me es muy difícil de escribir.*

*Queridos, resulta que ahora soy "nadie", nadie me reconoce, ni siquiera mis hijos, que no me llaman por el nombre de "madre", me dicen: "traé", "comé", etc. pero no me dicen "mamá", porque soy "judía" no quieren que nadie los escuche decirme "mamá". Decidí escribirte esto porque no puedo guardar silencio, esto es algo que no tengo fuerzas para soportar...*

*Todavía me considero una persona y nunca he ofendido a nadie, pero moriré orgullosa como judía, y si mi yerno no quiere, que no venga a mi funeral.*

*Esconde esta carta de tus hijos por favor.*

*Besos para todos.*

*Por siempre, tu hermana Sonia.*

Creo que esta fue la última carta de una hermana a la otra, después sobrevino el silencio, el último adiós, me sentí intrusa de un secreto que se guardaba en otro idioma, envolví las cartas, pasé la cinta con gran cuidado de que ninguna se soltara y cerré el cajón.

Soy Isabel Bacher y mi secreto es que mis nietos (solo ellos) me llaman Kaki.

# LA LLUVIA

Julieta Banfi



Sangre, lluvia, transpiración y llanto. Una mañana líquida en esa casa olvidada de un barrio suburbano. Ahí donde se acaba el mundo y comienza el barro. Donde no llegan los autos, ni la esperanza. Donde los niños de pies descalzos crecen sin rumbo, llenos de mocos, dueños de nada. Llovía una lluvia finita y copiosa sobre el techo de chapa. Tan solo el ladrido de un par de perros flacos rompía el silencio de la madrugada. El cielo se había vuelto negro de repente, sobre esa morada humilde, de mucha gente y pocas camas. Apenas unas telas cubrían las ventanas que no alcanzaban a tapar el viento ni la lástima. Cuatro paredes de ladrillos sin revoque, un par de chapas agujereadas y un piso lleno de agua. El bebé lloraba su inesperada vida. Morena lo miraba con sus ojos de niña, consternada. Sangre y más sangre. Llanto. Barro. Agua. En ese baño precario, en el que solo cabía un inodoro y un par de telarañas, sobre un frío piso de cemento, sucio y mojado, Morena parió a su hijo no deseado.

Estaba cansada y tenía frío pero sabía que tenía que actuar rápido. Del otro lado, detrás de una puerta de cartón y tablas, dormían su abuela y sus muchos hermanos. Roxana, su hermana mayor, era la única que podía ayudarla. En reali-

dad fue ella quien había descubierto su avanzado embarazo. Es tarde para un aborto, había sentenciado. Morena envolvió al bebé con una toalla vieja y raída, lo sostuvo con un brazo y, con las pocas fuerzas que le quedaban a su pequeño cuerpo, logró incorporarse. La sangre comenzaba a secarse entre sus piernas.

En alguna película había visto que tenía que cortar ese cordón largo y sanguinolento que la unía a ese ser que lloraba y no la dejaba pensar. A esa cosa redonda y morada de la que quería deshacerse cuanto antes. Pic, pic, pic. Una canilla rota sobre una palangana.

La abuela no puede enterarse, le había dicho su hermana. Y ella tampoco quería. Ni su abuela ni nadie tenía que enterarse. Tan solo la idea de que el barrio todo lo supiera la hacía sentir sucia, y el recuerdo de ese cuerpo pesado y viejo sobre el suyo la avergonzaba. ¿Quién va a crearle a una nena pobre?, la había alertado Roxana. Van a decir que lo buscaste. Él es un Señor respetado y vos una cualquiera. La hija de una puta que un día nos dejó para irse con su macho. La nieta de una pobre mujer que deja su dignidad por unos cuantos pesos limpiando la mierda de otra familia.

Tenía razón Roxana, pensó, ni su abuela ni nadie podía enterarse. Por eso había dejado el colegio cuando su panza comenzaba a notarse. Por eso Roxana había sugerido que era mejor que no la viera ningún médico. Y ella le había hecho caso.

Pic, pic, pic. El bebé seguía llorando. Morena lo sacudía nerviosa en un intento inútil de calmarlo. Lo apoyó sobre su pecho y comenzó a amamantarlo sin saber muy bien cómo. Buscó sin éxito unas tijeras. Empezó a sentir escalofríos y con las últimas fuerzas salió del baño. Arrastrándose como pudo, intentando no hacer ningún ruido y con su hijo aferrado a su pecho, se acercó a su hermana que dormía cerca de la puerta. Roxana abrió los ojos y la miró con espanto. La volvió a llevar al baño, la sentó en el inodoro y fue a buscar unas tijeras. Morena estaba

pálida y temblaba. Su hermana cortó el cordón con manos temblorosas. Después todo pasó muy rápido. El ruido de la lluvia cada vez más fuerte fue su cómplice. Morena sintió un fuerte dolor en su vientre y algo gelatinoso y húmedo salió de entre sus piernas. Luego una sucesión de fotos del pasado: sus hermanos corriendo una tarde cualquiera, la sonrisa de su madre, las manos de su abuela, su amiga compartiéndole sus golosinas en el recreo, la seño Cata y su mirada tierna, esa mirada de ojos color café que a Morena tanto la calmaba. Había estado a punto de pedirle ayuda. Pero nadie podía enterarse, había dicho su hermana. La seño Cata sirviéndole el mate cocido en una taza roja de plástico. Pic, pic, pic. El viejo robándole la infancia. Pic, pic, pic. Sus ojos se cerraron.

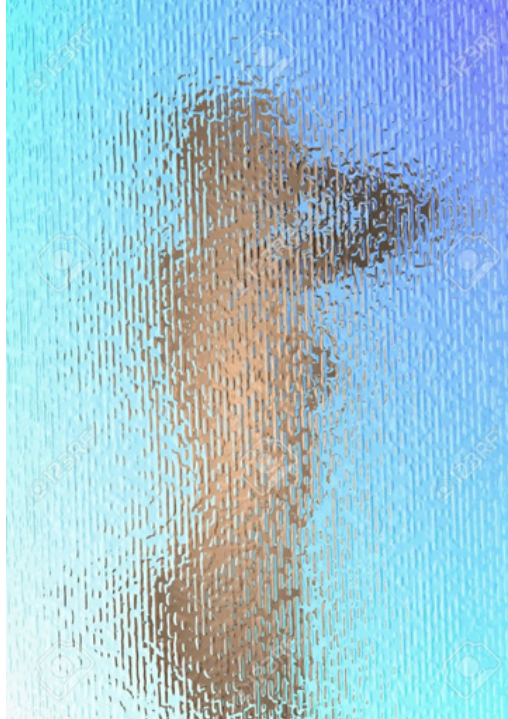
Se despertó ya de noche, agitada y confundida. Aún llovía.



Soy Julieta Banfi y mi secreto es parecer la persona más segura del mundo aunque siempre muera de miedo.

# JUVE CONTRA FANTOMAS

Florencia Butiérrez



Cae la ducha hirviendo mientras quema mi piel y el baño se llena de vapor, de una leve bruma blanca que pareciera borrar los contornos de esta realidad pandémica. Pienso y pienso, cómo salvar a mi hija preadolescente con sagas y libros, los mismos que me ayudaban a mis doce años.

Y escucho *Juve contra Fantomas* como un murmullo, sin conexión alguna. Solo regresa ese estremecimiento antiguo, el temor de aquel recuerdo dormido.

Primer flashback: La tapa dura sobre la mesa ratona de la querida abuela Lala, confundida con olores a tuco y ñoquis amasados. Primos revoltosos, gritos y corridas. Sola frente a sus hojas, lo tomo, pido permiso, no hay problema, es de misterio. Me encantan los misterios, los crímenes sin resolver, Arthur Conan Doyle, Agatha Christie...

En la contratapa, un breve resumen, algo policial, un detective, una mujer, no recuerdo bien, es como en sueños. Me acompaña, está junto a mí por las noches, devoro las páginas sin control, la letra es grande, ágil, entiendo el vocabulario a pesar de mi edad.

Segundo flashback: El mar, la brisa, las vacaciones en un departamento pequeño. Otra vez alboroto,

hermanos que chillan, pelean, juegan. No hablo mucho, sigo leyendo. Lejos, sobrevolando. Ellos discuten, me alaban mi tranquilidad, me comparan y comentan que no doy trabajo.

Sonrí complaciente, pero vuelvo, una y otra vez sobre las mismas dos páginas, las releo obsesiva. Miro hacia los costados, temo que me estén mirando, que sepan. Soy Judas Iscariote, la doble fachada, el Guasón, el Cisne negro.

No quiero que lo averigüen. Es algo mío, no les importa, entre mi libro y yo.

- ¿Qué estás leyendo que te gusta tanto?

-Nada, ma, un libro de misterios, de crímenes, hay detectives y asesinos.

Todo, todo lo controla, me mira a través de espejos, intenta saber mis pensamientos, pero no lo logra.

La respuesta la tranquiliza, estoy fuera de peligro, hace años que sólo lee los obituarios y la sección de policiales del diario, el tiempo apenas le alcanza para regodearse con los crímenes más atroces: Oriel Briant, Monzón y el Loco de la Ruta. Nada sospecha.

Estoy ansiosa, siento no puedo controlarlo bien, no entiendo qué pasa, por qué mi insistencia en volver las hojas hacia la misma escena.

Me irritó, contesto mal, deseo irme, volver a casa.

Llega la noche y no puedo avanzar de la mitad del maldito libro.

Página x: Una habitación y el tul blanco protegiendo la cama. Una mujer bellísima duerme vestida con un camisón transparente, agita su pecho que se levanta y baja suavemente al ritmo de su respiración. Serena, el rostro blanco y terso, la piel suave y nueva, el cabello cubriendo apenas sus senos.

Un hombre se acerca, bordea con la yema de sus dedos el contorno de su escote, apenas la roza para que no despierte y cuando la respiración cambia el ritmo, espera y reintenta. Se atreve y sigue hacia abajo, atraviesa fronteras endebles, expectante su tacto disfrutando aterciopeladas llanuras, con disimulo y osadía. No quiere despertarla. Se incorpora, se va de la habitación, la abandona.

Tercer flashback: Yo, otra vez allí, congelada en el pequeño departamento frente al mar. Gran Mar V. Mi hermano pequeño, gordito, tierno, con la pelota. Mamá y papá con reposeras, el tupper con los sándwiches de milanesas, el bronceador barato, la malla azul, las olas que nos revuelcan, la arena que quema las plantas de los pies. Correr y reír, jugar con

caracoles, quedarse hasta el atardecer, regresar agotados de jugar.

Me recuerdo bañándome, ordenando mis cosas, con el libro entre las manos después de comer, ausente.

Ahora, ella, ingresa a la habitación contigua, se acerca a su cama mientras le sostiene la mirada. Camina lento, como flotando. Se detiene y lo desafía, cae desplomado su vestido de dormir al piso: "Termina lo que has empezado Malcolm". Es el fin del capítulo X.

Y entonces, en la incomodidad que me inunda presiento lo prohibido que no me es dable explicar. No tienen que descubrirlo. Estoy turbada, escondo el libro, dudo en destruirlo, pero nadie, nadie va a leerlo. Ellos nunca van a saberlo, no lo volveré a abrir, se enterrará en el olvido.

Doce años, bajo la ducha, *Juve contra Fantomas*.



Soy Florencia Butiérrez y mi secreto es que me hipnotiza todas las mañanas el vuelo de un colibrí.

# CONEJO BLANCO

Mariana Cáceres



**N**o podés acordarte, tenías cuatro años- me dijo Mina.

- Sí que me acuerdo. Me acuerdo de que para mirar la tormenta me metí entre la ventana del frente y la cortina de lona naranja y verde, me acuerdo cómo se mojaba abandonada en el césped, la muñeca de pelo rubio y largo, que me habían traído los Reyes y cómo el viento sacudía la hamaca, pegándole fuerte hasta desprenderla y tirarla al piso. Tenía cuatro años pero ya sabía el nombre de las cosas para construir recuerdos en mi memoria: lluvia, viento, mojado, roto, tormenta, hamaca y después Mario martillando la madera a la que le dio una pintada y le cambió las sogas. "Ya está Ade, probala que vas a ver cómo te hace volar mejor que antes."

- Te acordás también de Mario entonces.

- Es el único recuerdo que tengo de él - le mentí para no preocuparla con mis pensamientos aunque quería volver sobre el pasado y encontrar más piezas del rompecabezas.

Nunca entendí cómo fue que teniendo todas las pa-

labras, esa tarde suspendieron el relato, oscureciendo la escena para todos. ¿Cómo fue el primer día de ocultar, cómo hicieron para negar, cómo para olvidar y sostener para siempre que lo que pasó no había existido? Sí que tengo memoria, pero no puedo recordar ese primer día en el que el silencio le ganó a la verdad y triunfó el mutismo. Yo quería saber, siempre quise saber, pero no pude preguntar o no me atreví.

Esa tarde en la casa de Villa Urquiza, salió el tema de los recuerdos. Estábamos ella y yo solas sentadas en la galería del fondo, tomando mate entre cajas llenas de polvo que bajamos del placard grande. (Si algo le encanta es que la ayude a ordenar mientras charlamos de cualquier cosa). Revolviendo papeles encontramos el álbum de fotos de esas vacaciones en el campo que empezaban un poco antes que Navidad y duraban todo el verano. Mina recordó que se habían tomado con la cámara Polaroid que Santiago había traído de su primer viaje a Estados Unidos y por la novedad, todos los chicos quisimos sacar y él nos dejó aunque, enfocáramos mal y cortáramos cabezas. Ese papel de revelado

instantáneo perdió el color y las imágenes parecían estar detrás de un vidrio empañado. En algunas menos borrosas me reconocí sentada junto a los otros al borde de la pileta tomando la chocolatada de la tarde. En otra, todos en fila con los regalos de Papá Noel o los Reyes y Tony entre nosotros, como un chico más, haciéndose el loco con un piluso y un salvavidas con cabeza de pato. Facundo vestido de cazador agarrando a un pobre conejo de las orejas.

Recorrí el álbum varias veces tratando de encontrarla o verla pasar escapando de cuadro en cuadro como si fuera una película. Quise imaginarla sentada atrás de Mecha o tapada por Octavio. Conté brazos, piernas, cabezas para descubrir si asomaba alguna de sus manos o sus rulos, pero no. Al final, decidí que en una de las fotos más desteñidas, estábamos Blanca y yo tomadas de la mano junto a su potrillo. Blanca, la única hija del encargado del campo, esperaba todo el año vernos llegar para las fiestas. Su cara pecosa y tostada por un sol permanente de aire libre y caballos se iluminaba de alegría cuando nos reencontrábamos cada diciembre. Rulos rojos como su madre, una bella mujer descendiente de escoceses.

¿Qué pasó esa tarde calurosa de cielo plomo y nubes enormes? Coco lamía las migas de galletitas desparramadas en el borde de la pileta y pasaba también la lengua por los dedos de mis pies arrugados de tanta agua. Salíamos de darnos el último chapuzón en un día aplastante sin sol. Recuerdo estar envuelta en la toalla mirando hacia la casa cuando, al mismo tiempo que una gota larga y tibia chorreó por mi entrepierna, sonó un golpe fuerte como un trueno, sordo, hueco y después gritos y más gritos y golpes y autos levantando polvo por el camino hacia la tranquera. Todos corrimos rumbo a la casa, pero a la mitad del camino nos atajó

Mario. Sí que me acuerdo de él y su voz de fumador. “No se asusten chicos, no pasó nada.” Y nos llevó al chalet del encargado que, con su mujer pelirroja, había

aprovechado para viajar al pueblo a hacer unos trámites.

Nos quedamos solos en la casa de Blanca, estábamos todos menos ella y Facundo que había salido a cazar con su papá. ¿Dónde está Blanca? Facundo, aunque a veces jugaba con nosotros a las escondidas con linternas antes de dormir, ya se aburría con chiquitos y repetía sin sentimiento, que antes de ser niño de sus primos, prefería hacer cosas de grande con su padre que le había regalado una escopeta para sus quince años. Pasaron las horas, se hizo de noche y llegó Ana con comida de la casa grande, unos sándwiches de jamón y queso, papas fritas de paquete y bananas. Mamá y Santiago conversaron toda la noche sentados en dos sillitas en la puerta de la casa. Fue la única vez que la vi fumar. Clara y yo desde el entresuelo mirábamos cómo los relámpagos iluminaban el campo y con cada trueno revivíamos el estruendo indescifrable de esa tarde. Nos tiramos a dormir en cualquier lado, no tenían muchos muebles, un sillón grande y las camas de ellos tres, nada más. Tuve miedo y dormí tapada por completo. Nos despertaron a la mañana y salimos rumbo a la casa grande corriendo en medio de la lluvia. Mamá no quiso esperar a que parara. “Hay tormenta para rato”, dijo. Llegamos empapados y después de cambiarnos, tomamos el desayuno. Todos habían salido temprano o nunca habían regresado, no sé. No pregunté a dónde habían ido o si iban a volver.

Seguía lloviendo fuerte. Miré por la ventana pensando en Blanca, naranja, muñeca, verde, viento, Blanca, relámpago. Me quedé quieta, con la frente apoyada en el vidrio húmedo y susurrando cada palabra que se empañaba con el aliento hasta desaparecer, y así por un rato largo, hasta que vi llegar el auto de Mario que de camino a la casa levantó mi hamaca rota por el viento. Justo en ese momento, paró de llover.

Soy Mariana Cáceres, mi secreto es...  
Mejor acercate que te lo cuento al oído.

# NO SE PUEDEN DETENER

Alejandra García  
Agustina Castillo



## ALEJANDRA

**M**ediaba marzo y nos habíamos mudado por tercera vez en lo que llevaba el año. La promesa: esta vez será la última. El lugar era compartido por otras dos familias, por suerte había más niños, en ese momento pensé que era una ventaja.

La casa era espaciosa, mi hermano y yo en una pieza, los viejos en otra. Y lo mejor, tenía un parque y pileta enorme, a mis nueve años era indispensable la diversión. En el ambiente se respiraba tensión, oscuridad y pesadumbre. Los adultos iban y venían en la casa, los autos llegaban y había un protocolo que seguir muy estricto.

Los niños de las familias que vivíamos ahí, íbamos a la escuela pública del barrio y jugábamos con los chicos de la zona en el campito que se formaba detrás de mi casa.

La vida parecía normal, nadie en el barrio sospechaba, todo transcurría dentro de los parámetros estandarizados para cualquier familia de la época, era finales de los años ochenta y una nueva sociedad global asomaba, el muro se había derrumbado.

Nadie sospechaba que en esa casa el peligro estaba dentro, no para los niños, los niños eran el peligro para los adultos, nosotros éramos las semillas de la primavera detenida, de la juventud eterna. Años pasarían para que florecieran las mil flores.

Vivir creyendo saber quién sos pero soñando ser otro, así era mi infancia, las noches eran cerradas. Solo aliviaba el aire, el resplandor de la luna, el rocío del alba, donde todos y cada uno de los integrantes de la casa se ponían en pie para actuar su papel: escuelas, trabajos y demás menesteres que la amplitud de la vivienda requería. Las tardes eran fabulosas en el copioso bosquecito que se armaba detrás de la pileta. Ahí pasábamos horas, días y todo el invierno inventando historias, librando batallas, leyendo historietas o recordando nuestras vidas pasadas, cuando todos podíamos dejar de temerle a la noche y no actuar los papeles diseñados para cada uno durante el alba.

Años después comprendí todo. Comprendí los sonidos del silencio. Era un día de lluvia, de esos que mojan el alma, debía llegar, pero mis piernas se

resistían a moverse; las semanas anteriores se habían llenados de gritos ahogados que me despertaban en la noche y solo se calmaban cuando un aroma a lavanda me invadía, ¿Quién era esa mujer que olía rico? ¿Quién era Josefina? ¿Quién era Aurora? ¿Sería verdad que alguien me vendría a buscar? Esa duda duró toda mi infancia, en la adolescencia fue peor. Recién cuando fui madre, dudé, sentí, temblé. Y quizás recordé los ocho meses que mi mamá y yo estuvimos juntas, solo esos meses bastaron para que no se me olvidara su olor a lavanda.

## AGUSTINA

Sin saber, dos espacios, dos historias se unían todos los miércoles en una sesión de cincuenta minutos, para contarse casi sin palabra mediante, las infancias inconscientes. El camino se hacía largo, larguísimo. La verdad también. Se develó sin previo aviso el secreto más cruel.

Y a partir de la verdad, resuenan preguntas nuevas: ¿un nieto se quedará sin su abuelo? ¿Una nieta no tendrá más abuela esperándola todos los martes para cocinarle?

Los vínculos empapados de estafas, ¿son reales o ficcionales? Al minuto me respondo.

La verdad adviene en mi cuerpo. Me colma de paz. Padres falsos, falsos abuelos. Nietos de otros, robados. Padres torturados. Identidades perdidas... Identidades adulteradas...

Una terapeuta que se piensa como persona.

Y acá estoy yo, sola, en mi sillón, pensando en la verdad.

La verdad siempre duele pero calma la angustia.

Y en este caso, la angustia de Alejandra calma la mía.

Alejandra es mi excusa para sanar.

Cuando desapareció Gustavo yo estaba en la panza de mi mamá. Estoy segura que el día que nací mi madre lloró por él y no por mí. El frío de Alejandra en sesión me lleva a mi frío. Mi mamá no me abrigó,

estaba arrasada por la crueldad de la dictadura y por la desaparición de su hermano. Ayudar a Alejandra es acompañar a mi vieja en el dolor y a mí misma, en el silencio inentendible de esas tardes cuando le decía a mami:

- ¿Qué pasó con Gustavo, ma?

Mi mamá se iba al baño, cerraba la puerta y lloraba ahogada. Yo solo escuchaba y trataba de descifrar qué había ahí, en esos gritos. Cuando fui grande conseguí la verdad de parte de mi abuela. Un día de sol, con unos ricos mates con espuma, como ella decía, me contó todo.

Hay voces que hablan a pesar del dolor y la crueldad. Hablan con su memoria inconsciente. Hablan sin hablar.

Alejandra se animó a dudar, se animó a enfrentar. En los tiempos que corren los expedientes van y vienen.

La causa da vueltas, aparecen otros hijos, otros nietos que tampoco saben, pero sienten que pueden. La verdad adviene en las marchas, en la militancia, en la lucha, en el devenir de aquellos que fueron maltratados, ultrajados, pero que son, están, pueden y se hacen oír. La verdad adviene en Alejandra, en Agustina y en las historias historizadas que se enlazan armando nuevas vidas.

25 DE NOVIEMBRE DE 2019

Comienza la audiencia.

Alejandra toma de la mano a Agustina. Agustina abraza a Alejandra.

Sienten, hablan, escuchan y son escuchadas.

Gustavo no aparece.

Alejandra busca su origen.

Ambas mujeres saben quiénes son.

Agustina es la sobrina de Gustavo.

Alejandra es la hija de Aurora.

Hay historias que no se pueden detener.

Soy Alejandra García y mi secreto es mi identidad.

Soy Agustina Castillo y mi secreto incluye una valija pequeña con sueños enormes que quiero cumplir.

# RULOS

Cecilia Durán



©ian-dooley

**M**e cuesta despabilarme. Anoche casi no pegué un ojo. Y hoy tengo un día atareado. Si bien elegí un viaje a París, hoy festejo mis quince con los compañeros del cole en el living de casa. Mariana va a venir a la tarde a pasarme la planchita porque mis rulos forman un apelonamiento de trombas marinas que libran una batalla entre ellas. Ayer me hice las manos, un brillito y nada más. Tengo vaquero y sandalias nuevas.

Suena el timbre, me perfora el tímpano y me provoca la misma ansiedad que se repite desde hace cinco años, cuando Daniel, mi hermano, se fue de casa. Esa noche entró en mi habitación y se despidió. Yo no sabía que se marchaba, ni por qué. Me dijo bromeando que siguiera dándole forma a los rulos con los lápices de colores como me lo hacía él y que para mi cumpleaños me mandaría un regalo, cosa que nunca hizo. Nos abrazamos y lloramos hasta caer agotados. Se fue porque se dio por vencido después de tantas y tantas discusiones encerrado en el estudio con papá, de miradas agrias como leche cortada, palabras que se dicen con unas letras y se escuchan con otras, caras con las emociones planchadas, cenas de ánimos planchados, reuniones de abrazos planchados. Según papá y mamá bastaba con que Dany "enderezara el bucle que estaba desviando su camino", cosa que yo no entendía.

Las relaciones entre mis padres y Daniel se habían

puesto cada vez más ásperas. Y luego gélidas. Desde que se fue Daniel, casi no se comunicó con nosotros. Unas pocas cartas desde Quebec y desde Francia. Una vez llamó por teléfono y cuando lo quise saludar, la mezcla de ansiedad y angustia se me atoró como una piedra en la garganta que de tanto llorar fue bajando al pecho y ahí se quedó durante un tiempo.

Cuando me siento a desayunar mi mamá me entrega un paquete que dejó un mensajero. La tarjeta dice "¡Felices quince!" y la firma es: "Leinad Hnos. SRL". Son bombones. Como uno y mi mamá me dice que tenga cuidado, me pregunta qué es esa compañía. Yo le digo que seguro es un regalo de mis compañeros del cole o de algún cliente de papá que se enteró de mi cumple. Guardo los bombones en la heladera porque se había comenzado a derretir el chocolate. Ella me advierte "Garde-toi des inconnus".

Yo estudio inglés, pero entiendo el francés. La mamá de mi mamá era francesa. Mi mamá lo habla a la perfección. Mi hermano, Daniel, fue a la Alianza Francesa para conservar la tradición. Mis papás son conservadores y se las dan de aristócratas, pero conmigo fueron prácticos, por eso me mandaron a estudiar inglés.

Daniel dejó casi todas sus pertenencias en su cuarto y yo me instalé en él. Se llevó la ropa, la poca

que tenía, algunos objetos personales, libros, y el cuadrito que había mandado hacer con un rulo que me cortó al nacer en el que escribió: "Solange, princesse des boucles". Yo fui su juguete, él tiene trece años más que yo. Me consentía en todo lo que podía, al extremo de recibir una reprimenda tras otra por parte de papá y de mamá. En verdad, ellos lo retaban por cualquier cosa. Un día le prohibieron que me llevara a tomar una chocolatada con sus compañeros de facultad. Cada tanto lo hacía. Yo me entretenía porque como él estudiaba el profesorado en francés en la universidad, entre ellos me fueron enseñando algunas cosas. El resto lo aprendí en los libros que él dejó. Recuerdo al más simpático de sus amigos, Totó. Tenía el pelo enrulado como el mío y siempre me decía que no me lo fuera a planchar, que los rulos representan las curvas que tiene la vida, las encrucijadas, las hélices que nos llevan al mismo lugar pero más alto. El cabello lacio es monótono, sin sorpresas, sin entrelazamientos, solitario y sin secretos.

Después de desayunar leo los mensajes que me están mandando mis amigos. Le cuento a Mariana lo de los bombones. Me responde que ellos no nos habían mandado nada, que me darían un regalo entre todos por la noche. La sangre comienza a correr un poco más rápido por mis venas.

No quise almorzar. Le cuento a mamá que los bombones no eran de mis compañeros. Me dice que tal vez fueran de chasco, esos que te manchan la boca. De ser así no te iban a decir que los mandaban ellos. Pero yo ya había comido uno y era de dulce de leche, mis preferidos.

Abro la heladera, retiro la mantequera que habían colocado sobre los bombones y me los llevo a la habitación. Como otro, también de dulce de leche. Al quinto me convengo de que son todos de dulce de leche. La sangre me corre como un torrente en las venas. Yo sabía. Lo sabía. ¡Cómo no me di cuenta antes! Miro la tarjeta: Leinad Hnos. era Daniel Hnos. al revés.

Reviso la caja, rompo el forro de la tapa. Saco todos los bombones y, bajo el papel de seda encuentro una hoja doblada: "Princesse des boucles, à 5hs au café". Atado con un pequeño lazo, mi rulo. Faltan 15 minutos para las 5, pero el café está a dos cuadras de casa.

A las 6 viene Mariana a plancharme el pelo. La llamo y le digo que me lo voy a planchar yo. No le doy más explicaciones. A mamá le digo que voy a lo de Mariana a plancharme el pelo. Vuelo, vuelo con los rulos al viento impulsada por el ardor en la sangre. Cuando entro al café veo a Daniel en la mesa del fondo. También está Totó. Nos abrazamos los tres. Me traen un licuado porque ya no tomo chocolatada. Nos contamos todo. Todo lo que hemos hecho, sufrido, logrado y disfrutado en esos cinco años. Todos los bucles de nuestras vidas. Todos ellos dieron un giro y se juntan aquí y ahora. No sé cuántas veces nos abrazamos, nos contorneamos el rostro con las manos, nos enredamos nuestros rulos rebeldes entre los dedos. Me dice que estuvo fuera de Argentina pero que hacía un mes que habían vuelto, Totó y él. Me explica por qué se fue de casa. Yo no necesito que me revele lo que fue un secreto que más que esconder, mostraba los prejuicios de mi familia. Les veo la mirada plena y las sonrisas enlazadas.

Esta noche no llego a tiempo para plancharme el pelo. Afortunadamente.

Soy Cecilia Duran y mi secreto es que me crecen plantas por la parte de abajo de los pies.

# JUGADORES

Teresita Etchegaray



Otto Dix

**E**l *desconfío*. El club Mayoral era un edificio ubicado en calle Patricios con número de tres cifras en bronce brillante y el escudo nacional en la puerta. El nombre en letras doradas se revelaba en una pared marmórea renegrida. Alcira Montegrande de Fuentes Sorní ingresó luego de que su marido, Alfonso, le diera paso a través de una de las hojas vaivén.

Los recibió un hombre vestido con una chaqueta bordada, pasamanería y alamares con botones brillantes, demasiado exótica para la ciudad y la época, pero presuntuosamente escogida por los socios vitalicios. La librea indicaba servicio y discreción.

Les indicó que debían dejar sus pertenencias en unos pequeños casilleros alargados y los invitó a pasar a una estancia con sillones y mesas.

En el club había lugares destinados para hombres y otros para mujeres, el personal uniformado servía exquisitos manjares asegurando el picoteo a toda hora, el almuerzo se preparaba, indefectiblemente, a las 12 en punto.

El Mayoral era un espacio exclusivo, una mezcla moderna de estimulación y tratamiento mental, una especie de prostíbulo tras una fachada de club de lectura, caza al pichón y fumadero.

Mientras las señoras tomaban el té, jugaban a las barajas y de vez en cuando transitaban sesiones

con algún terapeuta, los señores exploraban otros sitios para canalizar sus desfuegos sexuales y algún que otro capricho o desviación.

Las señoras atendían su histeria hablando con expertas, intercalando atención psicológica, tortas y juegos de cartas.

Alcira sabía que al traspasar la puerta había sellado un pacto tácito de respeto mutuo, una especie de licencia que las damas otorgaban a sus caballeros para que hicieran lo que les diera la gana, y a cambio ellos, aseguraban la paz del hogar y el equilibrio psicológico de su compañera.

Se ubicó en una mesa debajo de un cuadro de una matrona con un pecho afuera, acomodó su figura delicada bajo un vestido a rayas verticales, taconeando sus zapatos de cabritilla. No era común en ella pero estaba nerviosa, cohibida. Quedó en depósito, hasta que Alfonso volvió.

Desde esa posición podía observarlo, sentado en unos sillones con un cognac en la mano, hablando con algún conocido, luego lo vio perderse en un largo pasillo de baldosas de mármol que conducían a una hilera de cuartos secretos.

Esa fue la primera vez. La segunda se sirvió cognac. Cuando perdió la cuenta, el Mayoral era parte de su rutina. No tardó en mezclarse con las demás, y

poco a poco, fue adquiriendo protagonismo. Iba tres veces por semana, a tomar el té, jamás se quedó a almorzar, se atendía con un doctor experto en masaje clitoriano, y se hizo adicta al “desconfío”. Un juego simple pero mañoso.

Con el desconfío Alcira aprendió a mentir, a entrenarse, hasta convertirlo en un gusto adquirido, Podía decir copa, espada, te quiero, oro, no me das asco, bastos, sin que se le moviera un pelo de sus tupidas cejas, y con los años los pliegues de las arrugas.

Alcira de Fuentes Sorní era mi abuela, la que trajo a mi vida el desconfío.

Nos sentaba, a mi hermano y a mí, a la mesa y nos enseñaba a ocultar la verdad. También me enseñó a silbar, a leer a Homero, a escupir de lejos, a conquistar y ser conquistada, a contener a los hombres que no valían mucho y a no abrir las piernas hasta no saber qué se consigue a cambio.

Estaba destinada a ser una reina pero la vida la dejó descalza en las puertas del castillo, era desconfiada, culta a la fuerza y resentida.

Soñaba con ser bataclana, bailar con plumas o desnuda, pero la mandaron a un colegio de señoritas donde debía rezar, aprender bordado y música.

No derramó una lágrima sentida cuando murió el abuelo. Todo lo que cuento son mis pareceres, tal vez no tengan la fidelidad de los historiadores serios pero es lo que ha quedado en mi memoria, lo que me fue contado, lo que vi y viví, porque en la casa de los abuelos se sentía una opresión como si Franco respirara el mismo aire.

Por eso, en el momento en que nos sentábamos a jugar yo decía la verdad, porque la abuela, sin querer, había puesto en funcionamiento un mecanismo de desahogo.

Decirle que no la soportaba, que era una hija de puta por las cosas que me contaba ¡Desconfío! Por las mentiras que me ponían en contra del abuelo ¡Desconfío! Por vos, abuelo, por las dudas de que lo que me contaron fuese verdad ¡Desconfío!

Porque no me dejan besar a Juan ¡Desconfío! Porque Juan es el hijo de la mucama ¡Desconfío! Y así, cada verano, de seis a siete de la tarde, podía decir todo lo que pensaba.

Con el tiempo entendí por qué mi abuela era la maestra del juego, por qué las mujeres del club practicaban algo tan infantil, mientras los maridos iban a los cuartitos destinados a hacer lo que sabían o lo que pensaban que sabían que hacían ¡Desconfío!

Cuando murió el abuelo, a mis padres no les llamó la atención que Alcira quisiera cremarlo, pero yo sabía que había algo más. Ella hubiera preferido que se pudriera en una fosa común, o en su caso, en el rincón más húmedo del mausoleo familiar para que el cuerpo se corrompiera fácilmente y escupirlo en privacidad. Yo

nunca le creí, la conocía bien, la había visto hurgar en los bolsillos del abuelo buscando quién sabe qué, escondiendo el dinero que le sacaba de la billetera, meándole los calzoncillos, olisqueándole la ropa, riéndose detrás suyo.

Lo odiaba, lo odiaba desde bien adentro, lo odiaba cuando lo bañaba con caricias fabricadas.

Por instinto siempre supe su secreto, por esos motivos ella a su manera me quería enfermizamente, no era un amor sano era el amor que se le tiene a algo (me cosifico) o a alguien en el que se carga lo no vivido, el experimento de lo que hubiese pasado con ella sin ese club, sin el abuelo. Una bataclana feliz.

Desconfío abuela, desconfío de vos y de tus buenas intenciones.

Dijo que Alfonso deseaba ser cremado, que se lo rogó antes de espichar. Alcira mentirosa.

Sus cenizas se exhibían en una repisa a la vista de todos, debajo de una pintura del abuelo tapada con una tela de encaje, para que su alma descansara tranquila. Volvía a mentir.

Eligió una urna de aliso rojo, la madera apropiada para los recuerdos de una vida. El cofre tenía unas pequeñas incrustaciones de piedras preciosas rojas y azules a cada lado, coronado con un cuenco de vidrio soplado y dentro, un cisne de plata.

La exquisitez de la pieza equilibraba su grotesca villanía, cuando el cofre cayó supimos que había ocultado entre las cenizas, el marcapasos y la dentadura del abuelo.

Ya era tarde para ella, no podía ser salvada, el odio se había enquistado demasiado, y extirparlo implicaba su muerte. Como el que nace con una joroba y se acostumbra a que lo llamen “jorobado”, luego se la sacan pero ya nadie recuerda su nombre. Mi abuela deambulaba por la casa buscándolo. La muerte del abuelo había pulverizado su oportunidad de serle infiel, la había dejado sin su particular humanidad, sin la venganza diaria, abandonada en el lugar donde van las viudas de concha seca. Tarde se dio cuenta de su equivocación.

Lo supe cuando dejamos de jugar al desconfío.

*Verdad o consecuencia.* Alfonso Fuentes Sorní sintió que la sangre se movía en el pecho como caldo en ebullición, las mejillas infladas y coloradas ocupaban casi toda su cara mientras el sudor le perlaba la frente. Arreciaban las sensaciones violentas y profundas con su llegada al Mayoral. Observó el techo abovedado color celeste que simulaba un cielo nuboso. Filamentos dorados, como destellos de luz surgían de una arcada enorme que tenía delante. Alfonso miró su silueta reflejada en el piso de linóleo, levantó su mentón hacia el horizonte y emuló, como lo imaginó, una entrada triunfal al cosmos de los impíos. Debajo de ese cielo de fantasía su plan comenzaba a funcionar.

Dejó a su mujer sentada en una mesa, contra una esquina. La poca luz artificial la hacía aún más bella y misteriosa. Aunque sentía que debía alejarla de allí, su presencia era necesaria porque en el Mayoral todo se pactaba con la señora, un modo de evitar que los problemas de polleras dañaran la reputación del club o pusieran al descubierto su verdadero carácter. La membresía otorgaba a cada socio el libre albedrío en los asuntos sexuales, esos menesteres construían un enlace indisoluble entre los socios, que a su vez, como recompensa, garantizaba solidaridad y prosperidad en los negocios.

Alfonso caminó hacia unos sillones para encontrarse con su referente, Cipriano Luz Casas, un terrateniente de apellido encumbrado que ejercía su padrinazgo en el círculo. Tomaron coñac del bueno y bromearon acerca de su primera vez y las vicisitudes de la vida. Cipriano debía mucho dinero y Alfonso era un financista conocido.

Cuando terminaron, un eunuco disfrazado con librea, adiestrado y silencioso le indicó el camino hacia un pasillo embaldosado. Ingresó a una sala pequeña adornada con una solitaria mesa y un jarrón de flores robustas. Detrás de diminutos espejuelos esparcidos en seis ventanas de vidrio que formaban la puerta, vio sentada frente a un tocador estilo Regencia, a una mujer rubia de pechos pequeños, cuerpo curvado, y caderas anchas. Exhibiendo su desnudez se cepillaba el pelo con una cadencia hipnótica, como si en cada pasada masajeara las fibras íntimas del hombre que la miraba. Alfonso no pudo resistir su embrujo de sirena. La mujer se paró sin sacarle los ojos de encima mientras se vestía con una túnica de gasa finísima y un cuello de encaje que apretaba su garganta de cisne.

Alfonso no dejó que lo tocara, le pidió que le contara lo que hacía, le dijo que pusieran en práctica un juego: verdad o consecuencia. La dama no entendió, pero sin pensarlo, comenzó a hablar. Alfonso preguntaba y ella respondía. Al principio todo fue verdad, respuestas sin nombres pero detalladas, interrogantes acerca de lo que hacía allí, de las preferencias masculinas, de gustos, de golpes, de penetración. Preguntó, escuchó y se retiró.

La primera vez no se atrevió, pero en la segunda, luego de que la mujer volviera a elegir la verdad, con la atención puesta en las situaciones relatadas, perversiones de todo tipo, posiciones, improperios favoritos, y exploraciones en el Kamasutra, le pidió que se arrodillara, la cubrió con un manto de encaje impregnado con olor a rosas y rezaron juntos para pedir perdón.

La de los pechos pequeños era su musa pero la mecánica del lugar determinaba que las mujeres debían rotar cada mes, y cada mes Alfonso las sometía al mismo ritual. Si elegían verdad, respondían y si

optaban por consecuencia, las forzaba a realizar diferentes tareas para amputar su conducta pecaminosa, una especie de trueque con el santísimo y fomento de la fe. Al siguiente encuentro debían traer algo que probara el cumplimiento de lo acordado, una vela de la Iglesia de Santa Catalina, una estampa sellada por la parroquia del Carmen, o simplemente un poco de agua bendita guardada en la cartera.

Lo que hacían quedaba entre el servidor y el servido, dándole a las mujeres la oportunidad de que, quisieran o no ser redimidas, o pensarán o no que debían hacerlo, se arrepintieran de sus actos.

Sin darse cuenta, Alfonso estaba perdido en su misión, engeguado en salvar el alma de las putas del Mayoral pero sin mirar la de su mujer, mi abuela Alcira.

Soy también la nieta de Alfonso y todo lo que les cuento lo supe tras la ceremonia de despedida del abuelo. Apareció en la iglesia una señora con traje melocotón, según Alcira, de muy mal gusto. Alguien totalmente desconocido para los presentes, con muchas sospechas sobre sus hombros, a quien invité, con la sola satisfacción de molestar a la abuela, a tomar el té.

Me contó que Alfonso la había ayudado con algo relacionado a la enfermedad de su hijo, un favor que agradecía de por vida. Que a su manera, se había portado bien con la servidumbre del Mayoral, que siendo encargada de la limpieza, le conseguía un perfume especial, con aroma a rosas blancas, que utilizaba en cada encuentro con las putas del club. Mi sorpresa me dejó atontada, el juego del abuelo tenía una perversidad especial, la relación del todopoderoso y sus sometidas criaturas. Supe, al rebotar en mi cabeza las palabras exactas de la agradecida mujer: que nunca le fue infiel a la abuela porque a las chicas no las tocaba.

Que aunque les parecía un poco perdido y medio pirado, él era amable con ellas, que tenía más de una enamorada y que algunas, incluso, se habrían acostado de muy buena gana. Me dijo que los hombres lo despreciaban, pero le temían a su amigo Luz Casas y que por lo bajo le decían "El Predicador". En fin, nadie se atrevía a expulsarlo por respeto a su padrino, pero todos sabían lo que hacía aunque él nunca supo que todos lo sabían.

A partir del notición comprendí diversas vicisitudes que acontecieron en la familia, como una bancarrota por goteo, amistades que raleaban, la pérdida de influencia y la soledad del fracasado. No estaba permitido desviarse de la naturaleza intrínseca del club, ningún socio podía escapar del pecado, los secretos comunes determinaban la sinergia del pacto. El Mayoral era un lugar vedado a los hombres débiles, y para los socios, la conciencia no cuajaba con los negocios, las finanzas y los chanchullos que se cocinaban en sus salones.

Luego de esa charla entendí el “verdad o consecuencia” que jugábamos con el abuelo, éramos conejillos de un experimento bien aceitado, un juego moldeado a su manera en el que la elección era aparente porque de uno u otro modo sentías su rigor. Sus “bondadosas” opciones mutilaban el libre albedrío. Las putas debían creer y hacer lo que les pedía sino les esperaba el infierno, los niños debían decir sólo las verdades que los adultos estaban dispuestos a escuchar. El abuelo había perdido amigos, compañeros del partido, socios, pero nunca dejó de ir al Mayoral, era como un cáncer libidinoso, porque en su caso, la bondad retorcida tenía que ver con la lascivia que te hace parar el pito al sentirte inmensamente bueno, y él necesitaba, en forma vital, esas experiencias, las cumplía bajo sus propias reglas, estrictas, salvajes, agobiantes e inflexibles.

Con Alfonso, supuestamente en las auténticas puertas del cielo, la verdad tardó un año en salir de mi boca, fluyó a borbones como escupitajos incontinentes de sinceridad venenosa. El mundo creado para la abuela quedó patas para arriba, se convirtió en la silla ubicada arriba de la mesa a la espera de un piso seco, su vida se transformó en un sin sentido, no sabía si amar u odiar al muerto. Antes, para con él, encontraba solo odio, ahora oscilaba entre el amor y el desprecio. Sentía los latigazos de un falso hombre construido en su cabeza y la confusión de un cerebro atormentado.

Verdad o Consecuencia, o ninguna de las dos.

*El Chanco.* A mi hermano y a mí (la referencia en primera persona no es casual porque nadie me contó, ni supe de tercera mano lo que les voy a relatar) nos gustaba jugar al chanco, un juego de naipes que habíamos elegido sin presiones, misterios ni mandatos y que aprendimos solos.

Nos atrajeron sus reglas primitivas y el instinto salvaje en la resolución del planteo. Te deshacías de lo que no servía o te deshacías de lo que podía no servir, arriesgándote a perder o ganar. Con una ínfima utilidad del intelecto, cada partida terminaba con la rapidez brutal propia del poder de la fuerza. La fuerza por sobre el conocimiento, sin mayores compromisos intelectuales que un conteo especulativo de cartas. No necesitábamos ser más o menos mentirosos o más o menos honestos, era suficiente ser el primero en apoyar la mano sobre la mesa, y si fuese necesario, ante un empate reñido, arañar, pegar, pellizcar o hacer lo que fuera irreflexivamente posible, para ganar.

El juego establecía una disputa que salía de la entrañas, un accionar dentro de un engranaje troglodita, cavernario, primario y elemental. Tal simpleza (me refiero a simpleza en sentido de despojo, porque muchas veces lo simple no deja de ser hermoso), nos llevó, en varias oportunidades, a decidir la partida a golpes de puño. Ocurría casi siempre cuando jugábamos solos. Aunque sus reglas básicas imposibilitaban un funcionamiento de a dos, hacíamos un merequetengue de cartas, combinábamos distintas

opciones como descartarnos de una por vez, un pozo optativo y hasta traíamos algún contrincante imaginario al que le robábamos naipes al azar. Nacía, en una labor conjunta, un juego deforme y pendenciero. Terminábamos enlazados en el piso, yo aplicaba un torniquete en el miembro de mi hermano y el me apretaba las tetas que empezaban a salir, nos transformábamos en camaradas incomprensibles (entre sí y por el resto) hasta que uno cedía y se iba a putear a otro lugar.

Siendo tan limpio y real jamás entendí por qué el juego llevaba el nombre de un animal inteligente pero cochino.

Éramos jóvenes cuando el abuelo murió, y mayores de edad al año siguiente. Alcira se replegó al saber la verdad. Circulaba por la casa como una plañidera fuera de situación, transitaba un periplo que se repetía hasta quedar frente al cofre en el que descansaba el abuelo. Allí parada, con la cabeza escondida entre sus manos, mascullaba canciones tristes y deshilvanadas; de noche, vagabundeaba por los pasillos con un negligé rosa, tan pálido que la luz de la luna develaba su cuerpo venoso, cuya circulación, como un mapeo de ríos azulinos confluía en la cabeza. Transcurridos algunos meses, esperaba la muerte encerrada en su habitación matrimonial.

Con mi hermano la espíabamos a través de alguna hendija de la puerta. El hueco de la cerradura nos brindaba un mejor enfoque. Veíamos una especie de promontorio encima de la cama que subía y bajaba al ritmo de la respiración, bajo un acolchado de raso con borlas de hilo y colgantes de macramé. Unos penachos blancos y duros mezclados con las sábanas delataban la presencia de la abuela. Le temíamos.

Inmediatamente después de la partida de Alfonso, la casona albergó a toda la familia, y cuando digo “toda” me refiero a mis padres y una tía callada de mirada adusta que no encontró hombre o mujer que se ajustara a sus pretensiones. Instalada con su perro o novio animal, un gran danés enorme y tarambana que respondía a Señor Gómez (nunca supimos si la elección era recordatoria de algún entuerto retorcido de su dueña), habitaba un pequeño refugio con invernadero, contiguo al caserón. Cuando la tía murió y la abuela duplicó sus lágrimas, el perro quedó a nuestro cargo. Señor Gómez no se recompuso del forzado abandono, buscaba imperiosamente a la muerta.

Era domingo y papá cocinaba solomillo y achuras a la parrilla, y pollo y verduras para dejarle a Alcira en el peldaño de la escalera.

Como había sucedido durante esa semana, el perro entonaba aullidos lastimeros con llantos de baba. Ese día, tal vez, por el agobio del verano o la falta de respuesta a su conflicto, clavó la mirada en el cofre que contenía las cenizas del abuelo, ubicado en el estante superior de la chimenea. Seguramente, su olfato llegó a percibir el olor a muerto y algo familiar profundizó su

desesperación. Comenzó a dar saltos hacia la repisa, ganaba altura en cada uno hasta que su hocico llegó a la urna y con un zarpazo la revoleó.

Vimos al abuelo desparramado en el piso en pequeñas partículas. El perro, con avidez, lamió y tragó piernas, manos, brazos, torso hasta comérselo todo. Logramos sacar de sus fauces la dentadura postiza y un pequeño dispositivo con pilas que distinguimos como el marcapasos.

Solo quedaron del abuelo dos muestras artificiales de su imperfecta existencia. Nuestra falta de cuidado y la urgencia del caso nos llevaron a adoptar una solución práctica y acorde a la naturaleza de los acontecimientos. Fuimos hasta el fogón y echamos ma-

no a las cenizas que quedaban en la parrilla, las ubicamos en la urna, limpiamos la jeta del perro, verificamos que el cuenco de vidrio soplado y el cisne de plata estuvieran en perfectas condiciones, lustramos con saliva el aliso rojo y dejamos el cofre vulnerado arriba de la chimenea.

A la semana (nunca sabremos si algo intuía de lo ocurrido), Alcira igualó el destino del abuelo y la tía.

Ubicaron su cuerpo en un rincón sombrío y húmedo del panteón de los Fuentes Sorní, dentro de un ataúd con una placa de bronce que decía gran madre y mejor esposa, argollas con cabeza de león y una flor de lis en la tapa, abrazada, en su interior de lujo, al cofre mortuario de su marido, custodiando las cenizas del último asado familiar.

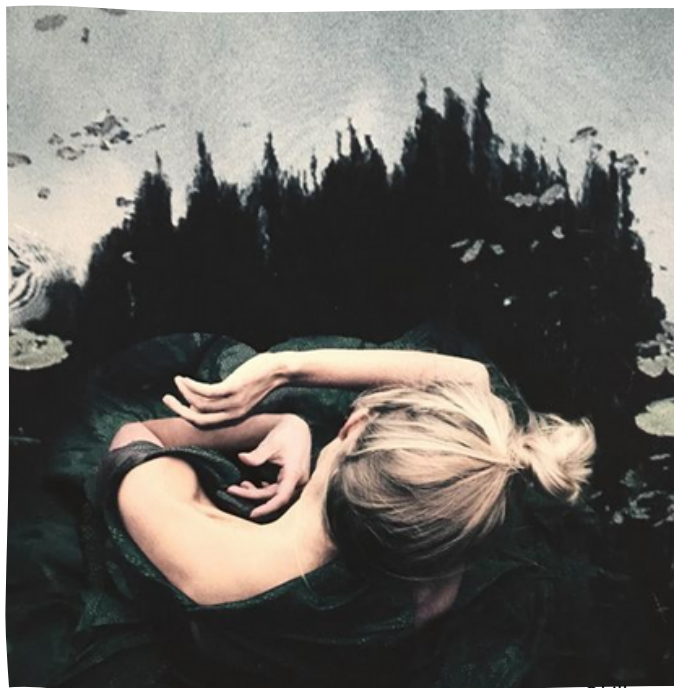
Oro, oro, oro, oro, chanchito va.



Soy Teresita Etcheagaray y mi secreto es robar ideas frescas de la heladera.

# DE LO QUE NO SE HABLA

Graciela Fernández



©killysparre

**E**stoy en la cocina con la puerta que da al jardín, abierta. Casi me resulta imposible dormir, es verano y la oscuridad de la noche tarda en llegar, la luna aparece como puede evadiendo la altura de los edificios que me rodean.

Los mosquitos revolotean, se pegan a mis orejas. Estacionan cerca de mis ojos y del cuello. No me molestan porque hay otro dolor, me chupan la sangre. Una nueva irritación me camina por dentro, siento un ruido, me doy vuelta. Es ella, mi sobrina Elena, está a diez metros de mi espalda. No, eso fue ayer, no tengo cordura ni comprensión. El fardo de la emoción me ha hundido. Lo que mi hermana ha mandado a contar lo sabíamos todos. Sin embargo el silencio había sido cultivado como los transgénicos, por todas partes.

El día del velorio de Mamá en la capital, mi hermana Irene dispuso todo lo que debía hacerse. A mí me mandó a la peluquería como si fuera un sedante, Papá quedó sentado, ya casi no caminaba, en uno de los inmensos sillones de la casa de ella, no recuerdo quién cuidaba a mis hijos chicos pero tengo claro que tampoco estaba

permitido llorar. Volví a mi casa después del entierro abrazada a mi mar de sal.

Cuando vivíamos en Villa Crespo en una casita con la pared redonda del frente llena de jazmines jugábamos con nuestro primo en la piecita de la azotea. Era feliz pero Irene me decía que estaba harta de que me metiera a jugar con los grandes y de tener que llevarme a la casa de la enfermera para que me pusiera las inyecciones... no, no era así. Tenía cinco años e iba sola porque me encantaba colgarme del alambrado del frente para tocar el timbre, después pasaba por lo de Doña Ofelia que siempre me daba un pancito y charlaba con el Tío Nino que usaba su bata de seda floreada y la cara muy bien pintada, las uñas larguísimas y unos zapatos de taco. Irene se enfurecía diciendo que ese maricón me podía contagiar. A mí me encantaba la idea: las uñas largas, la bata, los tacones, el maquillaje y... por supuesto ¡el pancito!

Irene tiene diez años más que yo, me intrigaba tanta diferencia y como era curiosa, una vez revisé el cajón de los documentos en el ropero de Papá. Ahí encontré una libreta que decía:

*Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires.*  
*FAMILIA.*

Ya leía perfectamente. Había aprendido por el sarampión porque estuve dos meses en cama, casi me muero y Papá me prestaba el diario La Razón para entretenerme. Bueno al mirar la libreta de casamiento descubrí que mis padres se casaron ocho años después de que naciera Irene y dos años antes de que naciera yo. No era ni muy inteligente ni grande pero Mami fue una soltera y ¿Papá mucho más joven?

Pasó un tiempo y la intriga seguía rondando mi cabeza. De nada se hablaba y a mí me parecía raro que Mamá no usara las esclavas de oro como mis tías o las vecinas y que no festejaran la fecha de su casamiento. A las hijas de las hermanas de Papá las empecé a ver recién cuando en el verano venían a nuestra quinta de Mendoza. Nos habíamos mudado allá por un trabajo mejor. Todo era hermoso y cuando nevaba Mamá nos despertaba tirándonos nieve sobre las frazadas.

Fui feliz hasta que volvimos a Buenos Aires. Vivimos un tiempo en la casa de la hermana de Mami. Un poco bruja, un poco nomás.

Un día me dolió la cabeza y la panza como cuando me agarraba diarrea. No me animé a decirle a Mamá. Le pregunté a Irene y me contestó que no sabía nada de eso que seguro me pasaba porque era una mugrienta. Tenía un poco de razón porque mi Mamá no me enseñó a bañarme. Pero tampoco Irene que ya había cumplido veintiún años, lo hizo.

Se puso de novia con tipo buen mozo pero chanta. Era atrevido y a veces me tocaba el culo. Lo odiaba. Irene quería irse por eso decidió casarse. Papá quiso hablarle pero ella no lo escuchaba.

En realidad no me acuerdo pero estoy casi segura de que Papá no fue el padrino de la boda. Irene eligió como su padrino al hijo mayor de la familia que visitábamos todos, los Dulce, Arielito se llamaba. En fin ya en la adolescencia yo podía elegir mis sentimientos. Nunca supe si la familia de Doña Amelia la madre de Arielito, era pariente.

Y como en las series, los capítulos de la vida, los años, las alegrías nos fueron proporcionando datos demasiado globales sin detalles. Doña Amelia había criado a Irene hasta que Mamá se casó. Siempre me dio bronca que Papá la quisiera más a su hija postiza que a mí, claro eso cuando era chica. Y no tan cierto, los celos son inevitables. De todos modos Irene me odiaba.

Mamá se enfermó y murió en quince días, internada en una clínica privada. Irene pagó todo y más tarde me pasó la cuenta que incluía la propina al sepulturero.

Traté de entenderla, incluso que se hubiera quedado con todos los muebles de la casa de Mamá y Papá y vendido lo demás. La pena me la dio la rotura de los cuadernos de la escuela primaria míos que mis padres habían guardado con todo amor.

Para digerir y comprender su actitud entendí su bronca. Ni aún enferma Mamá le contó quién fue su padre. El Secreto. Irene no pudo aceptarlo, ni aceptarme, ni aceptar a Papá que la quiso tanto como a mí o más.

A veces los secretos se transforman en odio, en un fuego subyacente. Irene nunca quiso a Mamá ni a Papá. A él lo trajo para casa y en los siguientes tres años vino menos de cinco veces a verlo. En el velorio estuvo un ratito.

Es pena, es una vergüenza... no sé. Eso es de lo que no se habla, hice un pacto conmigo pero tal vez me haya equivocado...

El día en que se casó la hija, Elena, Irene le contó su historia, su regalo para un día de esperanza y felicidad, un vómito de amargura. Ahora muchos años después mi sobrina no ha perdonado a su madre. Por eso se repite en mi corazón hasta el infinito, la misma escena. Llega y me cuenta, le digo que lo sé todo desde antes pero Irene la ha mandado a herirme. Revivo la historia esta noche que es como ayer y antes, antes, antes.

Y yo repito de eso no se habla.

Soy Graciela Fernández y mi secreto es que cuando estaba en sexto grado la maestra me amonestó por elegir una lectura atrevida para compartir. Hoy escribo contrariando, hoy siento nostalgia por esa libertad que inevitablemente voy perdiendo.

# CONDENSACIÓN(O TSUNAMI)

Luján Firpo



**B**usco entender el significado de condensación. No sé por qué motivo siento que esa palabra me pertenece, que es esa la palabra indicada para entender ciertos miedos que me incomodan.

Mis miedos son mis secretos. Forman parte de mi intimidad, como salir a comprar ropa, comer o masturbarme.

Juntarme a comer con los demás es algo para lo que me tengo que preparar mentalmente. La gente come mucho y yo termino cenando para disimular. Actúo como que soy normal y me como un par de papas grasientas que mi cuerpo recordará hasta el día siguiente.

La compañía me genera incomodidades. No encuentro el sentido a la reunión. Hablo de cosas que no me interesa hablar y escucho cosas que no me interesa escuchar.

Casi todo lo que hago, sin quererlo, se transforma en secreto... Si salgo con alguien, no lo cuento. Por lo general el otro se ilusiona y modifica mis sentimientos. Los fortalece. Y mis sentimientos de golpe son carruaje cuando cinco minutos antes eran calabaza.

En cuestiones del amor, siempre elijo mal. Confundo toxicidad con amor.

Prefiero coger con quien quiero y cuidarme si quiero. Tuve una psicóloga que me retaba porque no usaba preservativo. Así que le mentía.

Claro que a veces me pasan cosas horribles. Entonces termino largando el secreto porque necesito

saber si lo que yo considero horrible es horrible o soy yo demasiado exigente. Pero las veces que le he contado a alguna amiga mi secreto, se largó a llorar... Era horrible nomás.

Mis miedos son como seres ajenos a mí. Seres que se me adosan y me hablan al oído. Y son bastante raros. He terminado tirada en el suelo de un bar cualquiera, durmiendo abrazada a mi bolso y sintiendo cómo la gente me esquivaba. Me ha levantado el portero del edificio para acompañarme hasta mi departamento y seguir durmiendo en mi cama. He confiado en extraños que me han acostado y me han dado las buenas noches con mucha amabilidad. De hecho guardo un hermoso recuerdo de un chiquito con el que me acosté y mientras cogíamos me dormí. El usó preservativo y nos cuidó a los dos. Y por la mañana me hizo la valija mientras yo me duchaba a todo trapo tratando de quitarme la borrachera, ya que me iba de viaje y me quedé dormida. Recuerdo que no me faltó nada. Llegué a la playa y tenía desde las ojotas, la malla, el protector solar, hasta la cámara de fotos. Muy buenito él.

Nos reencontramos por esas cosas de la vida casi diez años después en otro país y siendo otros, y pasamos un día juntos de playa en playa. Quiso que buceáramos pero no pudimos ya que eso me da miedo.

Le temo a la naturaleza. A los desastres naturales. Le temo a la naturaleza de mi cuerpo. A lo que no puedo controlar.

Como si pudiésemos controlar algo. Nada. No controlamos nada, pero qué felices somos creyendo que sí.

Una infección urinaria puede ser catastrófica. Una uña encarnada. Una conjuntivitis podría dejarme ciega. Un dolor de huesos podría convertirse en un cáncer. Tuve cáncer tantas veces que perdí la cuenta. Tantas como las veces que mi padre tuvo "la covid" desde que comenzó la pandemia.

No guardo recuerdos de ir a ver al médico. No le daban importancia a mis dolores. Tampoco sabían lo mal que me iba en el colegio. Tengo la sensación de que pasé por el primario y el secundario sin haber entendido nada entre el primer "Buenos días alumnos" de primer grado hasta la graduación en quinto año.

También estuve indocumentada hasta mis seis años. Nadie me registró. Salieron de Ipena conmigo a upa diciendo "chau, muchas gracias". Y así seis años en los que me llamaron "María Luján" pero podría haber sido Silvina, Ana, Martita, o Belisaria. No volveré a contar esto. Lo prometo. Lo cuento siempre. Mis padres están hartos de que les recuerde semejante olvido. Pero no me entra en la cabeza...

En casa había un globo terráqueo, se iluminaba por dentro. Pasaba horas girando el globo. Leyendo los países, las ciudades. Ese fue mi primer aprendizaje. Sé dónde queda cada país del mundo y cuál es su capital.

Mi vida es un secreto, porque elijo no compartirla con nadie.

Las cosas que odio nadie las sabe. Mis mentiras nadie las descubre.

De hecho, he tenido épocas en que he visitado hospitales a diario. Procuraba cambiarlos para que no me reconocieran, el tema de que un médico te vea seguido es que comienza a subestimarte. Y yo siempre que estoy por morirme, estoy por morirme.

Cuando estoy muy mal me asusto tanto que el lugar más seguro y confiable del mundo es un hospital. Nadie me va a dejar morir allí.

Aunque recuerdo una vez en que me dejaron con un suero puesto en una habitación que hacía muchísimo frío y pensé que moriría congelada. La enfermera me encontraría así, durita con el suero

puesto. Iba a tener que dar explicaciones "era una chica que vino por un dolor de cabeza fuerte, le estábamos dando ketorolac endovenoso con cafeína y dexametasona, y yo me salí un ratito y andaba de acá para allá, con mucho calor, nunca me iba a imaginar que el aire acondicionado pudiera matarla de frío". Pensar eso incrementó mi dolor de cabeza.

Cuando estoy muy mal es cuando la soledad me abraza y me revuelca como si fuera una ola enorme en un día ventoso de Mar del Plata.

Las olas. Son otro miedo. Si alguna vez te agarró una ola y te dejó desnudo en medio de la playa, con el pelo cubriéndote y sin poder encontrar tu norte, entonces aparece el miedo a las olas. No se va nunca. Tampoco se va el miedo a todo lo que hay en el mar que no se ve. Y si se ve, también.

Cuando la ola me revuelca es cuando desearía no estar sola. En momentos así cambio todos mis miedos por la compañía. Ma' sí. Que me conozcan.

He tenido parejas. Recuerdo un novio al que a veces lo hacía entrar en casa y mirar debajo de las camas.

Lo que no se ve.

Los deslizamientos de terreno en el fondo del mar. Los deslizamientos de mis huesos en el fondo de mi cuerpo.

Lo que no se ve.

La neurosis cuando es protagonista de mi vida.

El prozac, el rivotril.

La hepatalgina.

El uvasal, el alikal, el ibuprofeno. El migral.

La cefalexina, la ciprofloxacina.

La infección urinaria en soledad.

El diclofenac. El piridinol de noche.

El omeprazol.

La levotiroxina.

El bendito mylanta para calmar el fuego cuando me quema el esófago.

La presión baja.

Y abrigada. Siempre en quince grados.

No entiendo a la gente que se sube a una montaña rusa. Ni a los que viven en un piso superior al octavo. Ni a los que bucean. Ni a los que comen papas fritas que chorrean aceite. No entiendo a los que escalan, ni a los limpiavidrios.

Entiendo que lo natural puede ser catastrófico.

Y que elijo mostrar sólo el cotillón.

Soy Luján, guardo un secreto en algún lugar de la calle San Vicente Ferrer en el barrio de Malasaña. Olvidé las coordenadas. Si alguien lo encuentra me avisa...

# EL ORDEN DE MIS COSAS

Ignacio Flores



Cuando mamá nos subió al auto de la abuela sentí el frío que se colaba por la ventana abierta del acompañante y ni bien pude acomodarme, giré la manija para cerrarla. Amanecía pero todavía estaba oscuro, a medida que el vidrio se desplazaba hacia arriba, los restos del rocío formaban una película de agua que quedaba suspendida unos segundos del lado de afuera para después bajar en gotas con forma de columnas. Mamá le había dicho muchas veces a la abuela que no viajase con las ventanas bajas y la abuela le respondía que le era imposible fumar con las ventanas cerradas. Yo ya casi tenía la edad suficiente para ir adelante pero me pasé al asiento de atrás para acompañar a Lucas. Pobre Lucas, en el apuro mamá lo había cambiado sobre el pijama.

Desesperado, intentaba meterse el puño del pantalón de ositos abajo del vaquero. Mamá nos dio un beso en la frente y cerró la puerta del auto, se metió en casa antes que la abuela arrancase. Fue un martes o un miércoles, da igual, era un día en el que nos tocaba ir a la escuela cuando mamá me despertó y me dijo eso, Cambiate que pasa la abuela a buscarlos.

La abuela tenía un Renault 19. Un auto grande que de hecho le quedaba enorme porque la abuela era menuda. Manejaba casi pegada al volante, eso nos gustaba, a Lucas y a mí, porque hacía que el espacio detrás del asiento de conductor nos resultase gigante. Esa mañana, que todavía era de noche en cambio, ese espacio no hizo otra cosa que bajar unos grados nuestra sensación térmica.

¿A dónde vamos abuela?

¿Qué les parece Mc Donald's?

La abuela manejó despacio por calle 8, al llegar al nuevo local de 47 vimos que el restaurant todavía no había abierto. Para hacer tiempo la abuela estacionó enfrente y nos dejó jugar con su colección de cedés. Al rato Mc Donald's abrió y a pesar de no vender hamburguesas a esa hora, el cajero agregó un juguete al desayuno de Lucas y una calcomanía de Ronald Mc Donald's al mío. Cuando terminamos de desayunar le pedí a la abuela ir a jugar al pelotero, le prometí que sí, que cuidaría a Lucas.

Si bien el Mc Donald's a esa hora estaba prác-

ticamente vacío, en el pelotero había una nena un poco más grande que Lucas, tenía puesto un pullover azul de hilo grueso con las mangas que le cubrían hasta mitad de las manos. El pullover estaba descosido sobre un lateral formándole un surco desde la axila hasta las costillas. La nena no hablaba o no sabía hablar. Se tiraba desde el tobogán del segundo piso de juego hasta el pelotero y subía rápido sorteando algunos obstáculos de cuerina y varios desniveles para volver a tirarse. Cruzó dos veces por nuestro lado y en una oportunidad empujó a Lucas para hacerse paso. Sostuve a Lucas y evité que se cayese, ella se dio vuelta y me miró, después nos dio la espalda y subió para volver a tirarse. Tenía tierra en las manos.

Detrás de nosotros alguien gritó, Vamos. Era un hombre que salía del baño. Del bolsillo del pantalón le asomaban servilletas descartables.

Vamos, le volvió a decir. Se metió en el pelotero para sacar a la nena de un tirón. Ella, que se proponía seguir subiendo y bajando debió sentir una fuerte sacudida en el brazo. Pero no se quejó, siguió sin decir nada.

El hombre pasó con la nena en brazos cerca de la mesa de la abuela. La abuela giró, quizá para asegurarse de que estuviésemos todavía en el pelotero y al encontrarse de repente con la figura del hombre y la nena a cuestras, se sobresaltó y agarró fuerte la cartera. El hombre no pareció darse cuenta de la secuencia, siguió zarandeando a la nena hasta desaparecer por la puerta. La abuela se llevó una mano al pecho y relajó el brazo con el que sostenía su cartera.

Después de Mc Donald's la abuela nos llevó a su

casa. Nos sacó las cajas forradas donde iba guardando los juguetes que dejaban los nietos para que nos distrayésemos mientras hablaba por teléfono. La mayoría eran juguetes dignos de ser olvidados, fichas de dominó, algunos (pocos) legos y peluchitos con forma de koalas con patas que hacen pinza para sujetarse a algún sitio. Al mediodía comimos milanesas y cuando sonó el teléfono nos dijo que le avisáramos cuando terminásemos, que volvíamos a casa.

Cuando llegamos, papá hablaba con un hombre que cambiaba la cerradura de la puerta del frente. Mamá nos llevó a la pieza, recostó a Lucas para que durmiese una siesta y me preguntó si no quería recostarme yo también. Apoyé mi cabeza sobre la almohada, como no tenía sueño fui a buscar una historieta a la repisa del quincho. Los estantes sobre la pared del espacio que usábamos como sala de juegos habían sido reacomodados. Los autitos estaban arriba de las revistas y mis muñecos de las tortugas ninja habían sido expuestos en posiciones ridículas. Leonardo sentado con los brazos en alto, Rafael levantando el nunchaku de Miguel Ángel. Ya no estaba mi alcancía, tampoco mi Game boy ni mi frasco con monedas de otros países. Encontré una historieta de X-men en un canasto donde papá guardaba algunas revistas de fotografía. La llevé conmigo de vuelta a la habitación. Me volví a recostar. Decidí que no preguntaría nunca a papá o a mamá sobre el orden mis cosas. No importaba que Rafael portase el arma de Miguel Ángel con tal de que las cosas estuviesen en un pretendido orden. Cerré los ojos para descansar pero enseguida pensé en la nena del pelotero, en su pullover roto. Recordé la tierra que tenía en las manos y tuve miedo.



Soy Nacho Flores y tengo un secreto. Mis relatos me son dictados a través de un tablero de ouija.

# CICATRICES DIVINAS

Zulma Gasparoli



**S**ubí al avión tan disgustada que no le di ni un beso de despedida a mi padre, el culpable de mi viaje no deseado.

Había despachado mi pequeña valija, solo iba por diez días, acomodé la mochila y me senté a esperar el despegue. Pasillo por medio un chico rubio más o menos de mi edad me sonrió, lo miré con mis ojos negros muy pintados de negro y di vuelta la cara sacudiendo mi corta melena teñida de negro. Que mi ropa también sea negra horroriza a la nueva esposa de mi padre.

Despegamos, destino Aeropuerto de Comodoro Rivadavia. Al rato nos sirvieron un café muy feo con una medialuna rellena de queso. Al chico rubio se le volcó el café sobre la camisa y disgustado se fue al baño. Dudé, me levanté, toqué la puerta del baño. Un momento, volví a tocar, él abrió furioso, lo empujé y me metí adentro, cerré la puerta, levanté mi pollera negra y bajé el cierre de su pantalón.

Me senté y terminé de comer mi medialuna, no volví a mirarlo en todo el viaje.

Aterrizamos perfecto, saqué mi mochila, el rubio intentó hablarme, le tiré un beso y bajé rápido. Valija en mano comencé a cabecear para ver el cartelito que dijera Violeta, al fin lo vi, saludé con la mano y un señor viejo vestido con un sweater marrón respondió a mi saludo, se acercó y me pidió que lo siguiera.

El viento levantó mi pollera tableada, no se usan pero no me importa, van con los botines negros y zoquetes iguales. Me indicó que me sentara atrás

pero lo hice adelante.

¿Cuántos kilómetros hay hasta Bahía Bustamante? pregunté.

Ciento ochenta, contestó y fue lo último que le oí decir.

Miré el paisaje un buen rato, después me dormí hasta que alguien suavemente me tocó el hombro, abrí los ojos. Una cara arrugada de expresión dulce, con ojos claros y un pequeño sombrero me sonrió. Era mi abuela Saya.

Bajé, me despedí, ella me abrazó despacio, yo dejé mis brazos laxos y la dejé hacer. El señor marrón llevó mi valija hasta la puerta donde se leía Pasaje Gelidium-Hostería.

Saludó y se fue.

Entramos junto con el viento. Después de preguntarme por el viaje y por mi padre me convidó con una Coca. Una señora se acercó, dijo buen día y se llevó mi valija con rueditas. Una gran sala comedor vidriada de arriba abajo dejaba ver la arena blanca y el mar verde con algunas piedras rojizas. Tuve que reconocer que era una vista hermosa.

Giré para observarlo todo, la estufa hogar de piedra largaba calor y chispas, enfrente unos sillones tapizados con florones de colores invitaban a sentarse, lo demás era madera mezclada con cemento. Las mesas estaban tendidas para el almuerzo, con manteles blancos, todas con un centro de malvones rojos, sillas y bancos de madera. Nada se parecía, hasta ahora, a lo que me había ima-

ginado: una vieja amargada, una casa desprolija y con olor a viejo sin deseos de recibir a una nieta rebelde. La había visto por última vez cuando tenía cinco años, el día que mi mamá murió y poco recuerdo, o no quiero recordar, ese momento, solo sé que tenía mucho frío.

Vamos, Violeta, dijo con voz cantarina y yo la seguí. Salimos por una puerta posterior, por un caminito de piedras llegamos en pocos pasos a una casa de piedra y madera con ventanas más pequeñas que las del frente, la puerta de madera pesada se abrió, la señora que había llevado mi maleta me sonrió. Se llama Inés, dijo mi abuela y entramos. Si adelante me agradó el ambiente, acá me pareció bellissimo. La estufa también estaba encendida, los sillones, las mesitas, la mesa comedor: todo era cálido, armonioso, pacífico. Sobre la estufa un gato negro de cerámica brillante, con ojos verdes me miró interrogante y me quedé como pegada a él. Saya siguió la dirección de mi mirada, cuidado con él, dijo, te atrapa y te subyuga.

La seguí y me indicé que entrara, este es tu cuarto, dijo, te espero adelante para almorzar. Por la ventana podía ver el mar, me tiré en la cama, era blanda y cómoda con un cobertor blanco, un ropero viejo restaurado con un gran espejo biselado. Me miré, flaca y alta y negra, no combinaba con el ambiente, me puse a llorar. Sonándome los mocos acomodé la ropa con lentitud.

Cuando salí para el comedor, miré al gato y le saqué la lengua. Estaba enojada de nuevo, con mi padre, con este pueblucho. Otras veces se había ido de paseo con su nueva esposa y me habían dejado en casa con la señora Marta. Esta vez me castigaron y terminé aquí con una abuela que no veía desde los cinco años y no recordaba ni su olor.

Retiré con violencia la silla y me senté frente a ella. Miré el mar y algo me calmé. La comida era exquisita, mucho pescado y pastas más pan y coca y sin palabras. Me di cuenta de que mi abuela era lo bastante inteligente como para no hablar si yo no hablaba.

El resto del día lo pasé entre caminatas sola por la playa y mi cuarto. Traté de usar el celular, imposible sin conexión, pataleé, puteé, una mierda, no volví a verla hasta que la busqué para pedirle que me indicara qué tenía que hacer para bañarme, en el momento justo que se encendieron las luces con mucha intensidad. Lo que pasa es que nos dan luz eléctrica de siete a doce de la noche solamente, me dijo respondiendo a mi cara de asombro, el resto del día nos alumbramos con el sol o por paneles solares y si querés avisarle a tu padre que has llegado bien hay un solo teléfono en el único almacén del pueblo y hay que pagar.

Abrí toda la canilla y dejala correr un buen rato, la caldera está alejada del baño, y me dio un gran toallón rosa.

Me saqué toda la pintura negra, me duché, un jean, zapatillas y un pullover abrigado. Con el pelo mojado fui a sentarme en los sillones frente al hogar. A la noche cenó aquí, dijo mientras ponía la mesa. Me levanté a ayudarla. Sin el sombrero pude ver su cabello rubio, largo, entrecano y trenzado a un costado, me recordó a mi madre.

Puso música suave y nos sentamos a comer. Tenía hambre y Saya había hecho la comida que nunca es rechazada por los niños y los no tan niños, milanesas con puré.

Me sirvió vino blanco dulce sin preguntarme, me causó gracia, ella sostenía un vaso de trago largo, me pareció gin con tónica o algo parecido. Devoré apresurada, sin levantar la vista del plato. Cuando trajo el postre yo ya estaba relajada, creo que por el vinito. Manzanas al horno con jalea de membrillo y crema de leche. Riquísimo.

Dejamos los platos en la mesa y me invitó a sentarnos en los cómodos sillones. Me convidó un cigarrillo que no acepté y ella encendió una pipa chiquita que no sé qué tendría. ¿Yuyos, marihuana?

Te habrás sorprendido al llegar aquí, comenzó y siguió. Apenas vivimos en forma permanente cuarenta personas. Ya mañana comienza la temporada y el movimiento aumenta, vendrán diez personas a hospedarse y quizá ande muy ocupada. Chupó la pipa, se puso por los hombros una manta que estaba en el respaldo del sillón, tomó un sorbo de su trago largo recargado, y mirando el fuego continuó hablando.

En el año cincuenta llegamos aquí con tu abuelo, fuimos parte de un grupo de cuatrocientas personas que vinimos por un emprendimiento de recolección de algas marinas, vimos cómo se levantaban las primeras viviendas, una de ellas esta hostería que compramos al tiempo, cuando vendimos nuestra casa en Buenos Aires. De eso vivimos y de eso vivo desde que tu abuelo murió. Amo este lugar, los recuerdos buenos y también los no tan buenos, el mar, el olor a leña, la rutina, lo único que extraño es a tu madre.

Miré al gato negro de cerámica, parecía que sonreía, mientras ella seguía hablando. Lo hacía como supongo lo hacen todas las abuelas, no lo sé, y me fui durmiendo suavemente hasta que ella tocó mi cara y me dio un beso. A la cama Violeta, en un rato cortan la luz, hay que ahorrar el uso del grupo electrógeno. Me abrió la cama y me zambullí adentro sin desvestirme y sin lavarme los dientes. Me arropó, apagó la luz y se fue.

Me desperté con sed, siguiendo la poca luz que emanaba la estufa fui hasta la cocina en busca de agua, en el camino me detuve a mirar el fuego, el gran leño comenzaba a desaparecer. Miré al gato negro y lo agarré para verlo de cerca, era tan suave que se escurrió de las manos y cayó al suelo quebrándose en muchos pedazos. Me tapé la boca y en ese instante, Saya gritó. Apareció con cara asustada, se detuvo a mi

lado, miró al suelo, se agachó y comenzó a juntar los restos desparramados por el piso. Los juntaba despacio como acariciándolos, me agaché para ayudarla y vi que se le caían las lágrimas. Dejamos al gato negro quebrado en una gran bandeja sobre la mesa bajita y sin hablar cada una se fue a la cama. No tomé agua y tampoco volví a dormir. Escuché a Saya sollozando, había roto parte de su historia.

A la mañana siguiente esperé a que se fuera y me levanté. Pasé al lado del cadáver negro pero no lo miré, me serví un café que estaba caliente sobre la cocina a leña lo tomé rápido, me puse una campera, zapatillas y salí huyendo de la casa avergonzada y con destino incierto.

Caminaba lento por las callecitas de piedra cuando lo vi: almacén de ramos generales. Entré, todo parecía viejo, comenzando por el dueño de bigotes espesos que me saludó amable. Supongo que debe haber pensado que era la primera turista de la temporada, y en realidad lo era. Buscaba algo, no sabía bien qué.

Y lo vi. ¿Puedo usar el teléfono?, pregunté.

Si paga, no hay problema.

A celular, dije.

Es más caro, contestó.

Metí la mano en el bolsillo de la campera, tenía bastante dinero.

Marqué, saltó el contestador automático, solo dije: llegué bien.

Pagué. ¿Tiene algún pegamento para cerámica?

Sólo laca.

Démela por favor, y pagué. Me fui por el mismo camino.

La hostería tenía otro aspecto. Los turistas estaban desayunando, olía a café y tostadas, me dio hambre. Había valijas al lado de la puerta y el parloteo llenaba el ambiente de alegría. Saya estaba parada al lado de una mesa conversando con un matrimonio con dos nenes que peleaban por un juguete. Cuando me vio me miró con una mezcla de enojo y pena. Desvié la mirada y me fui a la cocina en busca de algo que comer.

Almorcé sola, Saya estaba muy ocupada y bendecí la llegada turística que me sirvió para no enfrentarme con ella. Mi preocupación por el gato negro superó mi enojo. Caminé por la arena blanca, tiré piedras rojizas al mar, corrí y me senté. Mi madre había crecido aquí hasta que se fue a Buenos Aires a estudiar antropología. Se enamoró, se casó, nació yo y se murió. Lloré y grité. Regresé pensando en cómo repararía la historia del gato negro.

A la noche cenamos en silencio, me sirvió vino dulce y ella tomó un whisky, se notaba cansada y algo triste.

Cuando nos acomodamos en los sillones con un plato con torta de limón cada una, me convidó un cigarrillo, esta vez acepté, ella encendió su pipa y suspiró relajada.

La filosofía japonesa, comenzó y siguió, plantea que las roturas y posteriores reparaciones forman parte de la historia de los objetos que se deben mostrar, no ocultarse. Son cicatrices divinas que los hacen más fuertes y bellos. Por alguna de sus cicatrices, no todas, entra una luz pequeña, por allí se encuentra la luz de la resurrección y el arrepentimiento.

Me di cuenta que estaba indicándome el camino que debía tomar. Reparar las cicatrices del gato negro. No sabía cómo lo haría. No dije palabra. Me dio un beso, acarició mi pelo y se fue a la cama. Yo hice lo mismo.

Me desperté temprano, giré y sobre la mesa de luz pintada de azul vi un pequeño libro amarillento. La técnica del *Kintsugi*. Me di una ducha, me estaba volviendo limpita, me vestí y fui a desayunar con los turistas. Más mesas ocupadas, conté quince personas entre adultos y niños.

Saya me saludó con una sonrisa y miró mi mano con el libro, movió su cabeza como diciendo bien y vino a desayunar conmigo. Hablamos del hermoso día, me dijo dónde podía pasear. Le contesté que me iba a tirar en la galería frente al mar a leer. No hacía falta aclarar qué.

El *Kintsugi* es una técnica que transforma objetos viejos rotos en obras de arte usando oro, plata o platino. Pensé, está loca, es imposible. Y seguía detallando lo que Saya me había contado la noche anterior. Pero en otro apartado pude leer que el primer paso era unir las piezas con laca mezclada con harina y ahí me alegré un poco. La tarea debía comenzar y no iba a ser fácil.

Busqué harina en la cocina y me fui rápido a la casa. Eran las cuatro.

Agarré el gato fracturado y comencé a depositar cada pieza sobre la mesa, las más pequeñas por un lado, no eran tantas, las más grandes para el otro y la cabeza que por suerte estaba entera la puse al medio. Los ojos verdes del gato me miraron, o yo los miraba, entre lacónicos y suplicantes. Qué secretos guardarás entre tus pedazos, le pregunté, no me contestó.

Junté la laca con harina en un bol verde y mezclé con una cuchara de madera. Comencé con los pedazos que parecían la base y eran los más grandes, logré hacer coincidir tres, los fui pegando mientras los apretaba con mis manos para esperar a que quedasen bien unidos. La mezcla se endureció, ya eran las seis y media y me parecía que había comenzado recién. Me recosté en la silla y observé mi tarea. No va a ser nada fácil pensé. Los ojos verdes del gato me miraron en silencio.

Cuando Saya entró se prendieron las luces que da la usina. Yo seguía recostada en la silla. Se acercó a observar mi ardua tarea, me palmeó el hombro izquierdo y fue a ponerse un abrigo.

Cenamos en la mesa baja ya que el cadáver gatuno ocupaba la del comedor.

Volvimos a fumar, ella su pipa, yo un cigarrillo. Mientras tomaba su trago, se puso la mantita por los hombros. Su trenza estaba algo desprolija y se la veía cansada.

Gracias por empezar a reconstruir los pedazos de mi historia, dijo bajito.

¿Qué secretos guarda este gato negro, Saya?, le pregunté.

¿Hablaste con tu padre?

No, le dejé mensaje.

No acotó nada.

Desde que murió tu mamá que no lo veo, los dos antes de eso ya habían dejado de comunicarse conmigo, no supieron o no quisieron entender ni siquiera lo hicieron por tu abuelo que murió sin verlos, entre pena y frustración. Él amaba Buenos Aires y solo vino aquí por mí, tengo muchas culpas encima pero siempre he tratado de ser feliz. Vos tenías dos años. Parecía que hablaba sólo para ella como olvidada de mí. Es muy sanador practicar el perdón, evita que te enferme el enojo.

¿Por qué tenés colgado en el perchero el abrigo y el sombrero del abuelo?

Giró la cabeza, miró el perchero y no contestó. Se acomodó el mechón de pelo que le caía sobre la frente, me dio un beso y se fue a dormir.

Me desperté tarde, la mañana estaba oscura y ventosa. Salí de la cama con pereza, iba para la cocina cuando vi que el gato negro tenía más piezas pegadas, dos grandes y seis pequeñísimas. Un agujerito había quedado entre tres uniones. Saya está ayudándome, pensé, sonreí y fui a servirme un café con leche.

Me vestí y salí a caminar por la playa. Las piedras rojizas de la orilla estaban cubiertas por algunas algas. Los chicos de los turistas jugaban a tirarse arena que el viento espolvoreaba antes de alcanzar al enemigo que corría. Se reían. El viento me llevaba a donde él quería. Me quedé fascinada cuando me depositó frente a una casa de piedra con un ventanal gigante que miraba al mar, majestuosa y a la vez toscamente sencilla. No supe calcularle su antigüedad, pero era viejísima. El humo salía de la chimenea y en la base había gran cantidad de flores que desconocí. Eran de muchos colores. En el ventanal divisé sentado en un sillón, a un hombre fumando una pipa. Comenzó a llover y emprendí el regreso.

Con la nariz colorada por el viento y el frío, entré al comedor donde los turistas ya estaban acomodándose para almorzar. Me quité la campera mojada y fui a la cocina a tomar agua. Saya me saludó con un beso, siempre es ella la que me besa, y me invitó a sentarnos a comer. Le agradecí la ayuda con el gato, me palmeó el hombro. Nos sentamos. El sol se estaba esforzando por ganarles a las nubes y la lluvia se había retirado de la pelea.

Conversamos poco, sin duda la noche era el momento de las confidencias, ahora Saya estaba pendiente de sus turistas que, además, habían aumentado en seis.

El sol perdió la batalla y yo me fui a trabajar en el gato de cerámica.

Preparé la cola con la harina, mezclé y comencé. Los ojos verdes me miraban y parecían estar más alegres. Me reí, un gato es un gato.

Me costó más que el día anterior, la luz era escasa y los pedazos más pequeños, pero me alegré mucho cuando observé mi tarea, faltaba sólo la parte del cuello, la cola doblada y por fin la cabeza de ojos verdes, pero las líneas de unión eran cicatrices blancas, no tenía idea de cómo las tataría.

Cuando se prendió la luz eléctrica, entró Saya. Ella era la luz sin duda, así lo sentí en ese momento y me alegré que llegara tan sonriente cargando un canasto con verduras frescas, se sacó el sombrero, se acercó y al mirar el gato sus ojos brillaron. Me palmeó el hombro y suspiró.

Volvimos a repetir la rutina de cenar en la mesa chica y esta vez me convidó un trago más fuerte, algo de whisky con cola y hielo, ella lo tomó solo. Abracé mis piernas, me acomodé en el sillón, ella prendió su pipa, yo no fumé y esperé.

Recién habías nacido, eras un bollito rosado y amoroso con un suave olor a leche, cuando me fui a un congreso sobre algas marinas en Brasil. Era la primera vez que subía a un avión y sola. Todo resultó muy bien. Al segundo día entré a una regalería, todo era bello pero de pronto algo me atrapó, eran unos ojos verdes electrizantes, era el gato negro. Me quedé parada frente a él. Alguien habló cerca de mí en francés.

¿Sabés francés?, pregunté.

Muy poco, me contestó.

Se puso la mantita en sus hombros, chupó su pipa y se acomodó la trenza en un gesto que ya me era familiar y en ese momento creo que comencé a quererla.

¿Y, qué pasó?, estaba ansiosa por escuchar la historia.

Ella se tomó su tiempo y continuó: Giré y tuve que mirar para arriba, otro par de ojos verdes me miraban también electrizantes. Me sonrió, olía a buen perfume y estaba bronceado, su nariz era grande, sobresalía de su cara flaca. Contesté como pude, balbuceando. ¿Español?, preguntó, moví la cabeza afirmativamente y comenzó a hablar en un castellano entendible. Me llamo Vincent y extendió una mano grandota, metí la mía en ella y me apretó fuerte. Saya, contesté.

Los tres días siguientes nos vimos diariamente, fueron días maravillosos y el congreso pasó a segundo plano.

¿Creés en el amor a primera vista, abuela?, por primera vez la llamé así y me pareció que le gustó mucho. Me miró y no contestó.

La luz se cortó y me invitó a ir a dormir.

No podré, mejor seguí contándome.

Al segundo día me trajo un regalo, era el gato negro de cerámica, ahora ya sabés su origen.

Y se levantó, me besó y se fue a la cama. Yo hice lo mismo. Saya había tenido un amante, había sido infiel.

¿Será por eso que mi mamá se alejó de ella? Soy chica, según los demás, pero no estúpida, no me escandalicé.

En dos días me iba, era urgente terminar de unir las piezas faltantes, a medida que avanzara, Saya avanzaba en el relato. Me levanté lo más temprano que pude, el día era radiante, sin duda acá el tiempo es muy loco. Me apresuré a desayunar.

Tomé el camino hasta el almacén de ramos generales. Cuando entré, respiré hondo como cargando los aromas en mi memoria, olía a humedad, pintura, papel viejo y madera. Saludé y pedí cola, una lija al agua, un pincel finito y aunque parezca raro, el dueño también tenía archivados unos frasquitos en polvo para diluir. Busqué y lo encontré: me llevo el dorado, pagué y me fui feliz como si llevara caramelos de chocolate.

Dejé todo en la casa y fui hasta el mar, estaba verde y calmo. Caminé nuevamente hacia la derecha hasta llegar a la casa de piedra, estuve mirándola largo rato sentada en la arena, traté de grabarla en mi memoria para poder dibujarla cosa que hago bastante bien, solo con lápiz.

Volví para el almuerzo, los turistas hablaban todos a la vez, a las dos saldrían en excursión al valle petrificado y estaban excitados. Yo no iría, tenía tarea.

Comí sola, Saya estaba muy ocupada. Flaca y bajita iba y venía controlando todo y charlando, se reía, qué bella estaba, es tan parecida a mamá que se me humedecieron los ojos, y después me entró esa sensación de enojo por su abandono. Era hora de dejarla ir, no fue su culpa. Me sentí aliviada pero triste. Me llevé el arroz con leche y canela para comerlo mientras empezaba a trabajar.

Mezclé cola y harina, una cucharada, batí y comencé a pegar, otra cucharada, puse música local en la radio a pilas, otra cucharada y uní, uní hasta que llegué a la cabeza. El gato negro parecía feliz, última cucharada. Me eché hacia atrás y miré contenta, tarea de pegado terminada. Se encendió la luz y Saya entró.

Puso unos leños chicos en la estufa, nos acomodamos en ambos sillones cada una con un vaso, ella whisky yo gaseosa. Pipa y pucho, la ocasión lo merecía, el gato estaba pegado, mañana lo pintaría.

Saya continuó la historia sin que yo se lo pidiera.

No importan los detalles, tu mamá se enteró y no me perdonó y solo volvimos a vernos cuando murió tu abuelo Tete.

Me sentí muy triste.

¿Lo querías?

Sí, quería la historia que habíamos transitado, la hija que tuvimos, pero no lo amaba.

¿Y a Vincent?

La cara se le iluminó y se quedó en silencio. Se puso la mantita sobre los hombros, tomó un trago y chupó su pipa.

Han pasado catorce años desde que lo conocí y no he dejado de amarlo ninguno de esos días. Se acomodó la trenza y el mechón que le caía sobre la frente. Me levanté y la abracé.

A la mañana comencé a lijar suavemente las heridas del gato, soplaba y desparramaba sobre la mesa el polvo blanco, cuando terminé lo repasé con un trapo seco. En una taza puse el polvo dorado, unas gotas de agua, mezcle, metí el pincel y despacito fui lamiendo esas heridas, lento y sin pausa. Logré terminarlo antes del almuerzo. Me aseguré de que estuviera seco abanicándolo con una revista, lo volví a su lugar en la chimenea y me alejé para observar la obra terminada en el momento en que Saya entró.

Se quedó detenida frente al gato negro de cerámica, se quitó el sombrero, estiró la mano y lo acarició suavemente, vio el agujerito que no pude o no quise disimular y dijo, El perdón sale por ese agujerito. Gracias Violeta, te quiero.

Después de almorzar fuimos a caminar por la playa. Es tu último día, te voy a extrañar, dijo.

Abrazadas por la cintura salimos descalzas hacia la derecha de la hostería, el sol brillaba y las gaviotas se elevaban a nuestro paso.

Llegamos a la hermosa casa de piedra. El señor estaba sentado en el sillón y la chimenea tiraba apenas un hilo de humo. Se levantó y saludó a través del ventanal. Saya contestó moviendo su mano. Mientras él bajaba por el sendero de flores hacia nosotras, saludó:

Hola Saya, esta noche voy a buscar mi saco y el sombrero.

Ella rió.

Cuando llegó hasta nosotros, acercó su cara a la mía para darme un beso. Vi sus ojos verdes.

Soy Zulma Gasparoli y mi secreto es  
esconder para mí sola los chocolates.

# ESO QUE YO VI

Sofía Geier



©AngelinaGoncharova

**E**n la casa de al lado pasaban cosas, eso se podía sentir. A ellos no se los veía para nada. Solo a él cuando salía y volvía del trabajo. Ni siquiera me los cruzaba sacando la basura. Nunca vi una sola bolsa en su canasto. El tendedero siempre estaba vacío. Jamás colgaron ropa ahí, ni en todo el patio. Yo lo sé porque miraba a través de los agujeros del paredón. No había sonidos, ni música, ni voces, ni una tele prendida. Después de lo que pasó, de lo que presencié, me puse a conversar conmigo y me di cuenta de que yo sabía desde un comienzo que algo malo sucedía. Lo presentí, pero hasta que no lo vi, no hice caso... Debí prestar atención a los nervios que me daba nomás escuchar el ruido del portón cuando él salía a la mañana temprano. O cómo me quedaba petrificada, en alerta, cuando él volvía a la tardecita. Las imágenes de las ventanas cerradas me generaban rechazo, impresión, ahogo. Quizás, podría haber hecho algo antes. Pero no me hice caso. Hasta que vi.

Ese día el viento Norte aseguraba que no vendría la lluvia para desahogarse, hacía tanto calor que se olía. Desde que empecé a trabajar con la Señora Irma no había limpiado nunca las canaletas. Pero ese día se me indicó y así lo hice. Apoyé la escalera sobre la pared para subir al techo y una vez en él, transpirando con los guantes de goma puestos, hice fuerza para arrancar con mis manos los pastos,

hojas, barro, plumas y otros restos que taponaban el cauce del agua. Todo el puñado salía caliente y putrefacto. Dejé para el final el sector limítrofe con los vecinos, pero enseguida que comencé a sacar la porquería de allí, mi corazón dio un salto y me pellizcó la piel de la garganta, anudándola. Algo se movió en la ventana de la casa de al lado, mis ojos respondieron directo hacia ese estímulo y yo lo vi.

Fueron segundos, hasta que el reflejo del sol sobre el vidrio me cegó. Fue inútil intentar algo. Mi voluntad estaba quebrada. No sentía la planta de mis pies haciendo presión sobre la escalera. Mi cuerpo estaba duro como un bloque de concreto. Sé que no respiré ni recordé hacerlo. Me quedé muerta. Sé que mis ojos se abrieron tan grandes que no tenían fin. Mis pupilas secas registraban como una cámara escondida en el lugar preciso, el horror de lo que hacían. Sé que el miedo endureció mi cara como un escudo frente al mal. Una mano de mujer, la de ella, repentinamente cerró la cortina. Recién entonces pude pestañar.

Me sentí huérfana, desnuda, desvencijada. No recuerdo cómo bajé de la escalera, me apuré a cerrar todo con llave y meter a la perrita adentro. Ahí nos quedamos. Mi cuerpo tembló

largos minutos. Me mordí los labios. Lloré y vomité. Traté de pensar algo... sin llegar a ningún lado concreto. En los años que trabajo en la casa de la Señora Irma, jamás hubo una sola ventana de los vecinos con la cortina abierta. Esos malditos, miserables ¿Querían que viera su espectáculo monstruoso? ¿O quizás en un descuido habían olvidado esconder su maldad de mis ojos y yo sería entonces una mirona inesperada, peligrosa?

Me decidí a salir al patio de la Señora, con la perrita a upa para que me acompañara a cortar romero. Entré de nuevo, cerré con llave y puse las trabas, sahumé y prendí una vela. Hice mi intención. Pedí por mi cuidado, el de la perrita y el hogar de la Señora. Pedí que cada uno se quedara con lo suyo y todo lo que no perteneciera aquí no entrara. Pedí aun más, pedí por el fin de todo el mal que había visto. Con el espíritu fortalecido, pero aún con esas imágenes ardiendo como ácido en mis ojos, traté de continuar con mi tarea de limpieza. Nunca más volvería por las canaletas, le diría a la Señora que me habían costado muchísimo trabajo pero que ahora ya estaban bien listas para la siguiente lluvia, perfectas, relucientes.

Cuando llegué al barrio, antes de ir a casa, pasé por lo de mi amiga Dominga, la necesitaba. Ella es ese chorro de agua fría que te calma la nuca hirviendo sobre el sol de enero. Tal como supuse, me pidió que no le contara exactamente lo que mis ojos habían visto. No era necesario traer la oscuridad a ese espacio ni andar esparciéndola. Hizo las cruces de corte en las puertas, prendió una vela blanca.

Agradeció e inició la fumata de tabaco. Me dijo que le contara cómo me sentía, charlamos.

Volví a mi casa recompuesta, valiente con el vodka en la sangre, ayudada por las plantitas, las energías de los elementos y las palabras sabias de Dominga. Esa noche dormí y soñé. Cuando me desperté a la mañana siguiente, lista para tomarme el colectivo hacia mi trabajo, sabía qué debía hacer.

La Señora Irma quedó encantada con la propuesta de plantar las espadas de San Jorge bordeando la medianera, están muy de moda. Con las rudas me costó un poco más, pero logré que me dejara plantar una grande sobre la vereda que da a la entrada de la casa. Supongo que haberlas llevado yo misma le dio cierta ternura. No sabe nada de plantas, pero es buena conmigo.

Enseguida que se fue, prendí la vela que me acompañaría toda la jornada, sahumé, respiré concentrada y pedí para que nada ajeno entrara y para que se acabara el mal del que fui testigo. Mientras plantaba la ruda, la perrita rascaba la tierra de la vereda de ellos. De reojo la vi acercarse con algo en su boca, un bulto cubierto de tierra que se movía. Le grité y lo largó al lado mío. Las dos miramos... había pelos, dientes, inmundicias sin vida que supuse restos del alimento que le darían. Lo que haya sido, lo revoleé con la pala hacia donde estaba, sin tocarlo.

Al comenzar el atardecer, mi tarea estaba casi cumplida. Podía verse un sol rojo y enorme que descendía con la misma rapidez con que las llamas cubrían la casa de los vecinos de al lado.



Soy Sofía Victoria Geier y mi secreto es el cedrón en el mate.

# OJOS NEGROS

Virginia Gutiérrez Eguía



Desde la puerta de mi dormitorio oí a mis padres discutir en voz alta. Era de noche y mis hermanos dormían. Me levanté de la cama y caminé sigilosamente hacia su cuarto que estaba frente al nuestro, al final del pasillo. La puerta estaba entreabierta, podía verlos y espiarlos por una fina hendija. Me quedé en silencio, parada en puntas de pie. Ignoraban mi presencia. Mi madre estaba sentada en el borde de su cama, lucía pálida. Mi padre caminaba nervioso. Tenía un revólver entre sus manos y ella le suplicaba asustada, casi llorando, que lo guardase.

- Perdón pero no pude negarme a recibirla. Ya sabés, el arma perteneció a mi padre. A Nani se le ocurrió desenterrarla después de tanto tiempo.

- ¿Por qué tenemos que ser cómplices de algo tan atroz? ¡Por favor, buscá un lugar seguro para esconderla! ¡No quiero que los chicos sepan de su existencia!- insistía mi madre.

Mi padre abrió el ropero y envolvió el revólver con un suéter tejido de color azul. Luego lo colocó en el primer cajón, dentro de una caja de madera.

Súbitamente comprendí el peligro y el temor comenzó a acecharme. Regresé a mi cama muerta de miedo y me tapé todo el cuerpo, hasta la cara con una cobija para no pensar. No podía dormir aunque apretara los párpados con toda mi fuerza. Y, así lo intentaba cada noche cuando el insomnio se apoderaba de mí. Hubiese preferido no saber o no recordar dónde estaba guardada el arma. Hubiese preferido no ser testigo de aquel momento, donde la curiosidad me condujo hasta esa puerta.

En ese entonces yo tenía seis años. Mis padres jamás sospecharon que esa noche estuve allí. Nunca lo hablé con nadie, ni siquiera con mis hermanos. Estaba confundida. Me costaba conciliar el sueño. Nunca más quise entrar a ese cuarto. A veces pasaba por la puerta, miraba impávida el ropero y mi corazón latía fuerte. Empecé a inquietarme cada vez más. Fueron largas noches de desasosiego y durante años me pregunté cuál sería el secreto que escondía aquel revólver sepultado y, por qué mi abuela Nani lo habría desenterrado.

El tiempo fue transcurriendo. Cursaba el último año en la escuela secundaria. Había superado los miedos de la infancia pero sentía que había llegado el momento de sincerarme con mis padres, de liberarme de esas sensaciones oscuras. Contarles mi verdad, que me contaran su verdad y descubrir con ellos aquel secreto familiar escondido en la caja de madera. Pero no pude hacerlo. No llegué a tiempo para contarles lo que había callado. Aún recuerdo ese angustiante día donde mi pequeño mundo se derrumbó. Mis padres tuvieron un accidente de tránsito y ambos murieron. Nunca me sentí tan desamparada y sola. Mi abuela paterna quiso que viviéramos con ella. Nani era una mujer maravillosa. Había dedicado su vida entera al cuidado de mi padre, criándolo sola porque mi abuelo había muerto antes de que ella diera a luz. Adoraba escribir su vida en diarios íntimos, tejía y cuidaba las plantas con abnegación y ternura. Era distinguida y hermosa, su piel era blanca y sus ojos brillantes, aunque su mirada siempre parecía triste.

Al cabo de unos meses, hubo que desalojar la casa para venderla. Hubo que embalar en cajas de cartón nuestra historia familiar. Todos los días, al salir del colegio, pasaba por allí y me quedaba horas limpiando y ordenando. Pude hacerlo sola, ahogada en melancolía, abrazada a los recuerdos de mi infancia. Pero no me atreví a entrar en el cuarto de mis padres. Me pregunté tantas veces cuál sería el secreto que escondía el revólver. ¿Estaría aún dentro de la caja de madera, envuelto en el suéter azul? Una vez más rememoré aquel tiempo. Cerré la puerta y salí corriendo de mi casa. Comprendí que los miedos permanecían en mí.

Esa noche, cuando Nani y yo nos quedamos solas, le conté todo. Me inspiró confianza. Lloré tanto que me quedé dormida en sus brazos como una niña. Al fin pude hablar y mi abuela me consoló amorosamente. Esa noche descansé como nunca lo había hecho en muchos años.

Al día siguiente me acompañó a la casa, entramos tomadas de la mano al cuarto misterioso. Ella sacó del ropero la antigua caja de madera y ambas nos sentamos sobre la cama. Abrió la caja con sus delicadas manos y ambas visualizamos el suéter azul que envolvía el arma. Yo me incliné hacia atrás como intentando resguardarme, pero ella la tomó sin miedo, incluso acariciándola, como si fuese un tesoro escondido. La miró y dijo conmovida:

- Es el único recuerdo que tenemos de tu abuelo.  
- Oí a papá decir que el arma estuvo enterrada. ¿Eso es cierto? ¿Por qué abuela? Necesito saber. Nani acongojada confesó:

- Sí, yo misma la enterré para que no quedaran evidencias. Tu abuelo mató a un hombre con su propia arma. Lo hizo para defenderme de alguien que me había lastimado.

- ¿Por eso criaste sola a papá?

- Sí, así fue. Tu abuelo me quería, pero tuvo que marcharse. Nunca más volví a verlo desde aquel día-admitió. Luego tomó mi mano y me dijo:

- A él lo veo siempre en tus ojos negros y en tu mirada resplandeciente.

¿Entonces no murió? ¿En dónde estaría mi abuelo?, pensé, pero me quedé callada.

Eso fue todo lo que supe. Llevamos la caja de madera a su casa y nunca más volvimos a tocar ese tema. Sentí que mi abuela me había confesado algo terrible y no me atreví a seguir preguntando. Pasó mucho tiempo después de aquella conversación y yo seguí toda mi vida guardando el secreto de Nani, callando el asesinato que había cometido mi abuelo con su revólver y su desmesurada huida.

Mi abuela murió cuando mis hermanos y yo fuimos adultos. Tuvimos la suerte de disfrutarla. Me casé a los treinta años y tuve dos hijas. La caja de madera siempre se mudó conmigo y jamás la volví a abrir. Pero llegó el día en que creí superar mis miedos y me enfrenté a la realidad. Tomé la caja que guardaba en el sótano de mi nueva casa. Encendí una luz que pendulaba sola sobre una larga mesa de pino y allí la apoyé. Entonces la abrí decidida. Finalmente quité el suéter azul y tomé el revólver. La armadura era plateada al igual que el tambor y su empuñadura estaba recubierta en madera. Pude tocar y observar el arma por primera vez, mientras imaginaba aquel trágico suceso de décadas pasadas, sintiendo el dolor de mis ancestros, el horror, el amor y el secreto. La acerqué a la luz y pude leer un nombre grabado en letra cursiva sobre la empuñadura "Amadeo Al Hariz".

¿Quién sería Amadeo? Ese no era el nombre de mi abuelo, pensé desconcertada. ¿Otro secreto? Algo no encajaba. Tenía que averiguarlo. De modo que envolví el arma y cuando iba a guardarla dentro de la caja, apoyado en el fondo, hallé el diario íntimo de mi abuela.

Me aferré a él con fuerza, lo apreté contra mi pecho y, al abrirlo, se deslizó sobre mis pies una fotografía en blanco y negro. La tomé. Parecía muy antigua. Era el retrato de un hombre desconocido. Tenía ojos negros y una mirada resplandeciente.

Soy Virginia Gutiérrez Eguía y mi secreto es que cuando escribo, me inspira la vía.

# LUCIÉRNAGAS EN UN FRASCO

Patricia Guzmán



Mientras Iván maneja, yo no dejo de pensar si aprovechar la ocasión -la celebración del cumpleaños número 60 de mamá- para contarles. Tenemos fecha en el civil para el 12, no vamos a hacer fiesta, si es necesario (es decir, si mamá insiste) un almuerzo en un restaurant cercano, para los padres y los testigos. A fin de mes, tenemos que estar en Madrid. Iván consiguió una beca de investigación en la Universidad Complutense. Yo voy a organizar un departamento chiquito, pero coqueto, que nos dejan unos amigos en Manzanares el Real, un pueblo cercano, hasta que consiga trabajo. Enfrentarme a mamá no es fácil.

Llegamos. Mamá sale a recibirnos a la puerta. Está radiante, exuberante, casi demasiado. Algo más se debe haber hecho en la cara. La ocasión se celebra con globos, torta de confitería, pizza party, karaoke y que se yo qué más. Todo organizado por Melina, mi hermana menor, que siempre se quiere congregar con mamá.

La familia entera está presente: los parientes de General Rodríguez, los de Brandsen y hasta la tía Charlie.

Charlie, que en realidad se llama Carlota, se fue a vivir a una comunidad de montaña, cerca del Uritorco en Córdoba, hace unos años. Según mamá,

a vivir con unos hippies roñosos New Age. Charlie la llamaba una “eco aldea autosuficiente para vivir de una manera gratificante en lo social, espiritual y sostenible.” A mí me sonaba a folleto de “Un Mundo Feliz”, pero la tía Charlie estaba contenta y se sentía bien.

Charlie es bastante más chica que mamá. Hasta que yo tuve unos nueve años, vivió temporadas con nosotros. Recuerdo peleas mortales entre las dos. Charlie terminaba llorando y mamá con la cara enrojecida de gritar. Nunca pregunté qué pasaba. Mamá decía que Carlota (ella nunca la llamó Charlie) no estaba bien y que tenía que volver a – ahí bajaba la voz- “ya sabés dónde”, mirando a papá. Papá no opinaba. Papá nunca opinaba, pero sus silencios decían más que las palabras.

Charlie era divertida, o por lo menos, así me la acordaba. Además, era hermosa. Me encantaban su cara ovalada y su piel tan blanca como la Blancanieves de mi libro de cuentos. Yo heredé sus manos, largas y finas y sus ojos azules.

La recuerdo especialmente una tarde, en el

el jardín de atrás de casa. Había una hamaca que papá colocó para mí. Charlie me empujaba y yo veía el mundo cabeza abajo. Los jeans anchos, desflecados sobre los zapatos y la remera multicolor. Siempre se vestía diferente a los demás. Parecía como que tenía ropa guardada en un arcón que solo ella usaría. O eso era lo que pensaba mamá. Yo quería ser como Charlie cuando fuera grande. Mamá me decía que no, si ella lo podía impedir.

Charlie tenía sus momentos, yo sabía cuándo dejarla sola. La observaba sin que me viera. Me gustaba verla bailar al son de una música que no escuchaba. Las lentejuelas del sombrero rojo, que se había hecho con pedazos de tela que encontraba, al sol, brillando. Charlie parecía tan contenta, tan despojada que me deslumbraba. Yo era feliz con ella y la defendía a capa y espada cuando mamá la quería hacer entrar a la casa porque "qué iban a decir los vecinos si la veían."

A veces, Charlie desaparecía por semanas, había murmuraciones y susurros en cada rincón de la casa. A mí no me decían nada y yo tenía miedo de que no volviera nunca. Si hubiera estado más atenta o sido más perspicaz, lo habría escuchado. El secreto estaba escrito en las paredes, en los muebles, pero yo no sabía descifrarlo.

Un día, entré al cuarto de Charlie, me peiné con su vincha naranja, me puse la remera de colores que tanto me gustaba, sus colgantes de mostacillas, y un toque de colorete que había en la cómoda. Salí al jardín. Papá estaba cortando el pasto, mamá le cebaba mates. Papá apagó la máquina y se me quedó mirando. Recuerdo el "es igual" de mi papá y el cachetazo que me dio mi mamá. ¡Limpiáte la cara, mamarracho! me gritó y me arrancó los collares. La cara me dolía, pero mucho más, ver las piedritas perderse entre la gramilla. Papá se metió enseguida para adentro y el césped quedó a medio cortar.

Iván se acerca con un fernet.

-¡Qué fiestaza! -me dice sarcástico. — Tu hermana se lució.

Me tomo un sorbo ligero, el gusto amargo del trago me acicatea la garganta.

-Cualquier cosa que haga Melina va a estar bien.

Estoy pensando en qué momento, antes o después de soplar las velitas, le vamos a contar nuestros planes.

Charlie se nos acerca. Sigue estando linda. Su cara al natural, sin ninguna ayuda quirúrgica, acentúa más la diferencia con mamá.

-Qué lindo verte! -me dice y se le llenan de lágrimas los ojos. Iván nos deja solas, va a juntarse con mis primos de Brandsen que le quieren enseñar a hacer un buen asado.

Charlie me abraza por la cintura, nos sentamos en el jardín. En menos de diez minutos, le cuento todos nuestros planes, el casamiento, la no-fiesta y el viaje a España.

—Tu madre se muere.

Charlie saca un cigarrillo y lo prende. Yo ya me desacostumbré a los fumadores, ella siempre fumó mucho.

—Mamá siempre está a punto del infarto.

Sigo la colilla encendida con la mirada, me acuerdo de las luciérnagas que ella y yo cazábamos en las noches de verano en el jardín, mientras papá, mamá y Melina miraban televisión adentro. Las poníamos en un frasco de vidrio y corríamos para verlas encenderse. Al rato, Charlie abría la tapa. *Hay que dejarlas salir, no querés que se mueran, ¿no?*

— ¿Está bueno vivir en la aldea del Uritorco? - le pregunto como para hacer conversación.

Charlie se sobresalta, parece compenetrada en sus pensamientos.

— Me gustaba vivir acá, con vos.

Me corre el mechón que se me cae en los ojos y me acaricia la cara. A mí también me gustaba ella, cómo me hacía sentir, cómo me enseñaba a hacerme peinados raros.

— ¿Por qué te fuiste entonces?

—Yo no me fui. A mí me llevaron.

Le pido a Charlie que sea mi testigo de casamiento, que venga al civil. Quiero decirle muchas cosas, que fui feliz con ella en la casa, que la extrañé y que la extraño, pero no le digo nada. Le pido la dirección de email para comunicarnos cuando estemos en España, no tiene, en la aldea ecológica no hay internet ni teléfono.

Charlie se levanta y me dice:

-No le digas a tu mamá que me pediste ser testigo de tu casamiento.

Se va y yo me quedo mirándole el vestido de bambula largo hasta los pies, tiene unos destellos dorados que seguro son lentejuelas. Como siempre Charlie es distinta. A mí me gusta así.

Soy Patricia Guzmán y mi secreto es que  
tengo una doble maligna.

# ESPEJOS

Sandra Lareschi



Es mañana la alarma sonó a las 7:10, como todas las mañanas. Tomé una ducha rápida, como siempre. Me vestí y fui hacia la cocina a desayunar. Un ser lejano, ajeno, estaba sumergido en la pantalla de su celular. No levantó la vista. “Buendía”. “Buendía”. Preparé mi café con leche, más leche que café, un sobrecito de edulcorante. Tomé una rodaja de pan para tostar (sólo los fines de semana me permito dos), y la unté con el mismo queso crema desde que tengo memoria. No sé qué haría si la marca dejara de fabricarlo. “Nos vemos a la noche”, gritó, y la frase de siempre: “que ganes muchos juicios”. Desapareció tras la puerta de entrada. Alguna vez esa muletilla fue ocurrente, graciosa. Solo el hecho de que fuera viernes, me alentaba a seguir el día.

Solo Julia y Andrés conocen mi secreto, además de mi terapeuta, claro. Pero fueron ellos quienes lo bautizaron “el secreto de los viernes”.

- Dejate de embromar, ¿cómo que te sentís una persona gris y vieja? ¡Siempre vos con esa autoestima por el suelo!

Sin embargo, era cierto. A los cincuenta sentí un quiebre, como si todo el camino por delante fuera oscuro, y el andado, no fuera propio.

A Juli la conozco de la época de la facultad, de aquellas madrugadas interminables preparando Quiebras y tantas otras materias, a las que luego

se sumó Andrés, con quien compartimos también algún paso por el Centro de Estudiantes. Es una pareja que se elige todos los días: se divierten, se buscan, son cómplices. Hablan el mismo idioma, no por la profesión, ¡qué va! La abogacía siempre fue una mera coincidencia. Tenían y tienen proyectos por compartir, y los tienen propios; yo no tengo ni unos ni los otros.

Con mi cabeza puesta en que era viernes, tomé el piloto gris, el paraguas - el pronóstico auguraba un día tormentoso - y llamé el ascensor. Mirándome en el espejo intenté acomodar mi ropa para emprender la jornada, pero la mirada se desvió hacia esas arruguitas alrededor de los ojos que ya no se pueden disimular y que tanto me molestan.

En la oficina, consulté la agenda: a las 9:00 hs audiencia en el Tribunal N° 3, a las 12:00 hs, en el Tribunal N° 4. Repasé las causas, más de lo mismo. Pasar por el Registro, reclamar partidas, llamar a la Compañía de Seguros, agendar reunión para conciliar el accidente de Lorriega. No hubo ningún acuerdo en los Tribunales de Trabajo, se terminó por hoy.

Pasé por la dietética de la esquina de tribunales, y como era costumbre, el chico del mostrador me recomendó alguna ensalada. Esos dos kilos

de más parecían haberse instalado en mí para quedarse. A las 14:30 hs. tenía una cita con clientes en el estudio para firmar un contrato. Debía apurarme, porque mi secretaria no estaba para recibirlos.

Mi secretaria, mi colaboradora – como le gusta que le diga – se llama Florencia. Flor es una entrerriana hermosa. Como tantos jóvenes, vino de su Concordia natal a estudiar a La Plata. Es llamativa por donde se la mire: voluptuosa, con una enorme melena colorada y una risa abierta siempre roja o fucsia. Sus ojos color miel atraen tanto como su personalidad desenfadada. Es bella. Y lo mejor, es que se sabe bella. A veces la miro detrás de la pantalla de la computadora o contestando llamadas, y tiene una seguridad en sí misma que admiro. Un poco la envidio.

Hace dos años me consultó con cierto temor si podía tener libre los viernes a la tarde, para poder cursar una materia. No solo acepté, sino que hasta el día de hoy, los viernes tiene franco.

Los viernes a la tarde son para mí. No necesito a otra persona y anhelo ese momento. Intento evitar citas de trabajo y, si no puedo evadirlas, nunca más allá de las tres de la tarde. Pongo la música que me gusta, Michael Bublé, por ejemplo, me quito los zapatos, pongo perfumina de vainilla y canela y abro el roperito blanco del baño, siempre bajo llave, la que guardo secretamente. Flor cree que es una caja fuerte, pobre, ¡qué sorpresa se llevaría si viera lo que guardo!

-Perfecto, contrato firmado - dije al último cliente citado. - Lo acompaño hasta la puerta.

Inspiré hondo y sentí – como todos los viernes – que el corazón se me salía del pecho. Puse música, encendí un cigarrillo (sí, en la oficina, es mía y puedo), y comencé a quitarme los zapatos y luego la ropa. Esa vestimenta gris, oscura, que me acartona, que me encorseta. En el roperito guardo mis fantasías, aquellas que no puedo usar en casa, y que no me animo (“aún”, diría mi terapeuta) a compartir con otras personas, y mucho menos fuera de mi matrimonio. Con música de fondo me miro al espejo y comienzo por la cara. Recuerdo a mi abuela, que hasta sus ochenta y dos años todas las mañanas se dibujaba el ojo, como ella decía.

Un delineador negro líquido, que agrandaba su expresión y extendía la mirada hacia arriba como la de una sacerdotisa egipcia. Y mucho rímel, si no, la mirada se ve triste. Delineé los labios con un rojo pasión, parecido al que usa Florencia, y un toque de rubor en los pómulos. Me miré más atentamente al espejo y me vi radiante.

¿Me conformaba con muy poco? Luego lencería de seda y encaje, blanca o marfil. Clásica, eso no lo cambio.

Otro cigarrillo, alguna gaseosa light, y unos lentos de esos que bailábamos en nuestra adolescencia. Así se pasaban las horas que me devolvían juventud y me hacían sentir una persona deseable, aunque todavía no me animaba a desear.

Luego, como el hechizo de la calabaza de Cenicienta, todo terminaba. De nuevo la ropa de todos los días, remover el pelo, quitar el maquillaje. Airear el ambiente que olía a tabaco, dejar el escritorio listo para el lunes, para poner en marcha el motor de la rueda de lo cotidiano y el hastío.

Ya casi eran las siete de la tarde, y no tenía ganas de los reproches de casa. Di una última mirada alrededor, por tercera vez me cercioré de que el roperito quedara con llave, tomé el piloto y el paraguas, y cerré la oficina. El ascensor llegó rápido, entré y al cerrar la puerta cuatro dedos gordos, con uñas desprolijas, con mugre negra por debajo, evitaron que se cerrara.

- ¡Momento, momento! - gritó Rubén, el portero.-  
¡No me va a hacer bajar nueve pisos por escalera!

Con un gesto ameno me disculpé por no haberlo escuchado, y mientras lo hacía, sentí que el hombre no dejaba de observarme. Tenía fija su mirada sobre mi boca. No pude evitar la incomodidad, y Rubén la percibió. Porque entonces, hizo una mueca extraña y se le escapó una risita de hiena mientras se tocaba su propia boca con el dedo índice, con su uña negra y sucia. Bastó hacer ese gesto para que yo girase mi cara hacia el espejo del ascensor, y con total desconcierto, observé que no me había quitado del todo el rouge rojo pasión de los labios. Me quedé inmóvil. Como un VHS rebobinando a toda velocidad, volví a repasar en mi mente ese día. Primero de adelante hacia atrás, y luego desde el inicio.

“La alarma 7:10, la ducha, el café con leche y la tostada de siempre. Laura sin quitar la vista del celular. ‘Que ganas juicios’. El piloto gris, el paraguas, el ascensor y su espejo, el nudo de la corbata. Las arrugas. ‘Buenos días, doctor’, ‘cómo le va, doctor’, ‘qué lleva hoy, doctor’, contrato firmado, y la locura de los viernes, y ahora acá, con Rubén que me mira el rouge corrido en mis labios y trato de hablar, de inventar algo, y me ahogo, no me sale una palabra”.

Rubén debe haber notado las lágrimas que brotaban de mis ojos, porque apoyó su mano sobre mi hombro, y con un tono cómplice dijo:

-¡Está buena la entrerriana! No se preocupe, doctor, yo le guardo el secreto.

Soy Sandra Lareschi, y mi secreto aparece a la noche, después de cenar: la que ataca el pote de dulce de leche soy yo.

# EN OTRO IDIOMA

Eugenia Mosquera



Llegamos al Hotel Necochea una mañana soleada de febrero.

Me pareció entrar a un palacio. La escalinata de mármol terminaba en una puerta giratoria, de a uno fuimos entrando, mis padres, sus amigos, los tíos, sus hijos, las valijas. Mercedes, mi hermana que ya tenía tetas pequeñas, llevaba a Facundo de la mano, al ritmo de sus pasos cortos e inestables y con su chupete en la boca (el más chiquito y mimado de la familia). Última yo, con el bolso de hule por donde asomaban el rastrillo y la pala para jugar en la arena.

Todos los ambientes del hotel eran amplios, también las habitaciones. Mis hermanos y yo ocupamos una pegada a la de nuestros dos primos varones, muy compinches con Mercedes. Cerca del estacionamiento, había una jaula metálica muy alta con pájaros de muchísimos colores, no cantaban a la par, parecía que conversaban. A Facundo y a mí nos gustaba pasar un rato largo allí y verlos volar sin que pudieran irse. Mercedes se acercaba al estacionamiento, parada con las manos al lado del cuerpo, y moviendo la cabeza de un costado

para el otro, escuchaba hablar en otro idioma a dos hombres negros de dientes muy blancos y camisas con flores, que ya habíamos visto en el comedor.

Mamá vino a buscarnos y le molestó que uno de los negros le preguntara como se llamaba la nena. Creo que dijo la *garota*, mientras se apoyaba en su Impala azul brillante con detalles plateados como los paragolpes, los picaportes, y una especie de estatua sobresaliente en el medio del capot. Mamá no le contestó.

Furiosa le dijo a Mercedes: Qué maldita manía la tuya, pararte a escuchar lo que hablan desconocidos.

Enseguida mamá se ató el sombrero, había mucho viento y nos dijo, chicos nos vamos a la playa, no me hagan perder más tiempo ni me pongan de mal humor. En la arena nosotras dos y los primos cavamos un pozo hondo, queríamos meter a Facundo, para que se le viera sólo la cabeza. El mar desarmó la obra antes de terminarla.

Después de cenar, en nuestra propia mesa de niños, y comer nuestro plato favorito, salchichas

con puré, nos íbamos a los juegos del patio, hamacas, sube y baja o al tobogán. Mercedes y los varones se acercaban a las ventanas del sótano por donde salían reflejos de luces rojas, azules y una música rara.

De camino a la habitación observábamos un pasillo clausurado por un cordón rojo que desembocaba en una puerta con un cartel de "No Pasar".

Al llegar de la playa, Mercedes bañaba a Facundo. Él hacía una siesta cortita, antes de cenar, eso sí, con su mamadera y su trapito de dormir.

Una noche los grandes habían salido, a papá le gustaba mucho el Casino. Jugaba a punto y banca, sólo recuerdo el nombre y lo nerviosa que se ponía mamá antes de agarrar la cartera y pintarse los labios. Nos daba un beso repitiendo varias veces: Pórtense bien chiquitos.

Era de madrugada cuando Facundo se despertó llorando, no podíamos encontrar el trapito. Mercedes se vistió y bajó a la recepción para que le calentaran la mamadera. Le hice upa, lo hamaqué, le acaricié la cabeza, le cambié la camiseta que se le había empapado con las lágrimas, le sequé la carita roja y paspada. Él lloraba, suspiraba entrecortado y decía mamá todo el tiempo. Lo acosté y le palmeé la espalda.

También tenía ganas de llorar, sentía las piernas flojas y los brazos cansados. Mercedes tardó muchísimo. Tocó el picaporte, empujó la puerta con la mamadera tibia en la mano y la cara rara. Facundo se durmió.

Mercedes abrió la ducha y se quedó un rato, apareció al lado mío, se frotaba la toalla aunque su piel ya estaba seca. ¿No sabes si hay alcohol?, me dijo con voz de querer llorar. No sé ¿Te lastimaste? Dormite, el susto ya pasó. Mamá en un ratito va a llegar, nos dará un beso y apagará la luz.

Al otro día, después del desayuno el Gerente llamó a mamá. Nos alejamos unos pasos. Mercedes tenía a upa a Facundo y en el otro hombro el bolso de playa. La miré a mamá desde abajo mientras me acomodaba la hebilla de la Skippy, estaba pálida y sin pestañar, se tocó el pelo. El Gerente hablaba serio y sin gestos.

Me pareció que le dijo gracias. Rígida se acercó a nosotras, le apretó el brazo a Mercedes y con voz irreconocible le dijo, ¿Qué hiciste? ¿Cómo se te ocurrió bajar al sótano? Este año vas pupila al Colegio de Hermanas. No es una amenaza, es la pura verdad. Estoy más que decidida.

En la vereda vimos el auto de policía y los dos hombres negros con las esposas puestas encendidas por el sol. Destellaban rayos que quedaron atrapados en su piel marrón.



Soy Eugenia Mosquera y mi secreto es mirar los zapatos y adivinar un rasgo de la personalidad de esa persona.

# DESEO QUE...

Manuel Murphy



**M**esa familiar llena. Padres, madres, tíos, tías, abuelos, abuelas, primos y primas. Todo el mundo comiendo y yo ni pude dar un mordisco. Siento que el viento me golpea para que hable, pero no me animo, no puedo. Trato de comer, pero no puedo, mi sentimiento vence al hambre y me saca el apetito. Quiero recuperarlo, pero ya no está más, mi cabeza lo reemplaza y me empieza a jugar una mala pasada. Lo digo, no lo digo, lo siento, pero no me animo. He conocido a varias personas como yo, hay una marcha por el orgullo cada año, y así y todo, nos siguen discriminando, nos siguen persiguiendo, nos siguen matando. Artistas de diferentes países del mundo reclaman paz y con su arte brindan mensajes a esta sociedad que nos hostiga día a día. No me entra en la cabeza: ¿qué les molesta de que guste de otra persona? Si me gusta a mí, no a ustedes.

El encierro de mis sentimientos es un constante viaje entre lo que tengo que decir y lo que quiero decir. Camino sobre un campo de lavanda que me gusta, pero después salen con sus abejas moribundas.

¿Por qué es tan difícil que una persona hable y diga lo que siente por otra persona? Son gustos y sobre gustos no hay nada escrito, dice mi padre.

¡Qué ejemplo a seguir! Su nombre es Gustavo, algunas veces es un poco conservador, pero a partir de nuestras charlas se fue deconstruyendo. Trata de darme todo lo que puede, hasta las cosas que no puede. Toda esta deconstrucción de mi padre es gracias a la persona con la que se casó hace 30 años, su mano derecha, su amor de la vida, Fer.

Ambos como padres me han enseñado muchas cosas, siento que soy un privilegiado, tengo tantas cosas que me sorprende a veces y ellos me tratan de cuidar y algunas veces me so-bre-pro-te-gen jajajaja , pero hay algo de lo que no me pueden proteger que es la sociedad.

Sus ojos me sepultan con odio, su voz es tan fuerte que repercute en mis sentimientos y el miedo me inhibe y me calla, me deja sin voz, me mata.

Estoy con mi familia y tengo miedo. No sé si me van a aceptar o rechazar. Le rezo al universo para que me respeten, no puedo seguirasí. ¿Por qué ocultar

esto? ¿Por qué sentir ese dolor en el pecho?  
Todo el mundo sigue en la mesa del almuerzo. Todo el mundo feliz con la persona que ama, excepto yo. Todo el mundo gritándole a la vida que duerme con quien ama, excepto yo. Eso es, vida. Eso necesito, vida, oxígeno, aire, palabras, una voz. Todo el mundo come y habla entre sí, y me paro. Con la fuerza no solamente mía sino de todas las personas que alguna vez amaron a alguien. Me paro mirando con la energía de saber quién soy y qué quiero. Me paro con la voz de las personas que ya no tienen voz. Con un nudo en la garganta, un ida y vuelta entre mi deseo y mi cabeza, lo expulso:

-Me gusta una persona - digo mientras las palabras retumban en la cocina.

El silencio invade la escena, mi cuerpo quiere correr a mi cuarto, deseo nunca haber dicho eso, mis ojos se emocionan del mismo modo que ese nudo se desata.

Primo menor lanza un chiste:

- Ahh Matías tiene novioooooo- todo el mundo se ríe, mis tías me preguntan quién es, mis padres se abrazan a la vez.

Yo, sin esperar un segundo más, hablo por primera vez verdaderamente:

-Es una chica.

La mesa se organiza con el piso para hacer un ruido estremecedor, como el sonido de los tenedores que se chocan, los vasos que se caen y todo el mundo me mira con los ojos bien abiertos. Me rompo, lloro por mí, lloro por ella, lloro.

Papá Fernán se para y corre hacia mí y me abraza. Papá Gustavo se para, entiende lo que me pasa y yo entiendo su mente conservadora y a pesar de eso, corre y me abraza. Mis primos con sus novios se ríen y se unen al abrazo de mis padres. Y con el contar de los segundos, primas, tíos, tías, abuelas y abuelos se acercan hacia donde estaba y formamos un abrazo piramidal gigante. Cómo algo tan simple como un abrazo puede transformar y crear algo tan hermoso. Risas, emoción y cuerpos que se encuentran ahí me acompañan. Ese abrazo llena de seguridad el espacio que estaba vacío, y esa seguridad alimenta a mi cuerpo y lo alienta a producir una vibra nueva y hermosa, y esa energía me conduce a sonreír. Mi primera sonrisa por amor.

Todo el mundo vuelve a su silla, me preguntan de todo: ¿Cómo se llama? ¿Qué edad tiene? ¿Qué estudia? Me siento, veo la comida, me vuelve el apetito. Vivo otra vez.



Soy Coco y mi secreto es que no uso Pantene.

# EL EDIFICIO DE LA AVENIDA CÓRDOBA

Noemí Palermo



**E**s la primera vez que Dominga se siente importante. Tiene un secreto. En realidad no es suyo y ni siquiera le fue confiado. Es de Emilio Ramos, uno de los vecinos. Lo supo de pura casualidad, por estar en el lugar justo en el momento indicado, como acostumbra decir. Tener un secreto da poder, piensa Dominga. Aunque todavía no sepa qué hacer con él. Dominga llegó de Tucumán siendo muy joven, poco después de que muriera su madre. Nació en un pueblito de cien habitantes, la mayoría ligados por algún tipo de lazo familiar, que limita con Catamarca y Santiago del Estero, tal vez por eso arrastra esa tonada particular cuando habla. Es la menor de diez hermanos. Dominga no conoció a su padre. Él se fue de la casa un tiempo antes de que naciera. Los hermanos no lo perdonan. Ella prefiere pensar que sufrió un accidente y murió yendo a la zafra. Trabaja en el Hospital de Pediatría, y tres veces a la semana limpia en una clínica del centro también. A veces la llaman para cuidar enfermos o ancianos. Dominga tiene un sueño y para eso se prepara, quiere ser enfermera. Algún día irá a estudiar, sin importarle su edad. Mientras tanto aprendió a aplicar inyecciones y a tomar la tensión arterial. Con eso se gana una plata extra que le viene muy bien. Hace diez años vive en un departamento de un barrio

residencial que le alquila a una señora que conoció en la Clínica. La mujer se encariñó con ella y se lo deja a un precio inferior al del mercado.

En el barrio muchos piensan que es enfermera diplomada y ella los deja suponer.

El departamento es chico. Está en la mano de la vereda del buen sol, es decir el de las mañanas, como da al frente, su ventana es un jardín. Le encantan las flores, cambia las plantitas de acuerdo a la estación. En el pequeño patio de atrás tiene un macetero con orégano y otras hierbas. Como buena tucumana sabe cocinar, las especias son el toque de las ricas comidas, acostumbra a decir.

Está poco tiempo en el departamento. Trabaja todo el día. Se la pasa yendo de uno a otro lado en colectivos o caminando y a pesar del ajetreo, su apariencia es la de una mujer salida de un cuadro de Botero.

Se lleva con el vecindario. A la madre de Emilio Ramos por ejemplo le tiene afecto. Una vez a la semana controla su tensión y alguna que otra vez ha tenido que hacerle un enema.

La señora Ramos la espera siempre con una jarra de limonada y hojitas de menta. Después de que Dominga le toma la tensión, le sirve un refrescante vaso y se ponen a conversar. Dominga cree que la señora Ramos debe de haber sido una mujer muy bonita y elegante en su juventud, con sus ochenta y dos años lo es. Siempre con el pelo prolijo y sus canas que le dan distinción.

La señora Ramos está orgullosa de su hijo, lo llama mi milagro. Lo tuvo de grande cuando resignada pensaba que ya no podría ser madre.

“Emilio insistió en que viniera a vivir con él cuando su padre murió. Pensó que la soledad podría enfermarme. Si bien al principio me resistí ahora no me arrepiento de haber aceptado. La casa es lo suficientemente grande para que cada uno tenga sus espacios. Respetamos nuestros silencios. Nos llevamos bien. Es un buen hijo, una buena persona y un buen ingeniero. ¿Qué más puedo pedir?”

Desde que Dominga conoce el secreto, cada tanto piensa en él. Se pregunta si Emilio lo habrá compartido con alguien. O si la señora Ramos lo sabe. Muchas veces al estar sentada frente a ella se queda observándola y otras por el contrario baja la vista por temor a que la señora Ramos descubra algo a través de su mirada. Una vez pensó qué pasaría si Emilio se enterara de que ella, en cierta forma, involuntariamente, es cómplice del secreto.

El Hospital de Pediatría Profesor Garrahan es muy importante.

Los médicos son excelentes pero Dominga está segura de que si se tuviera que elegir al mejor, habría empate, todos dirían los Larralde. Bueno en realidad ya no son los Larralde, son el Dr. Larralde y la Dra. Martinián. Se separaron hace algo más de dos años pero siguen siendo un equipo y en el Hospital todos los tratan así. Cuando para los quince de Irina, la hija, viajaron juntos a Disney, muchos se ilusionaron con que volverían. Muchos excepto Norma, la jefa de enfermeras, que le anda atrás al Dr. Larralde.

En el Garrahan se hacen arreglos de mantenimiento todo el tiempo. El mes pasado, la Constructora donde trabaja Emilio Ramos se encargó de la red eléctrica del piso de Cardiología donde trabaja Dominga.

Cuando se vieron por primera vez en el Hospital quedaron duros de la sorpresa, se rieron y enseguida Dominga lo presentó al Dr. Larralde, jefe de Cardiología.

Antes de empezar a trabajar en el Garrahan, Dominga tuvo muchos empleos donde la pasó mal. Pero nunca se dio por vencida ni pensó en volver a Tucumán.

Ella prefiere no hablar del tema. Y no porque sea un secreto, Dominga no tiene secretos, no tenía secretos hasta hace quince días, cuando conoció el secreto de Emilio.

La que sí tuvo, fue su madre y se lo llevó con ella. Dominga está convencida de que su madre supo lo que ocurrió con el padre y optó por callar.

Ahora que se separó, el Dr. Larralde vive en un departamento de la avenida Córdoba. Dominga lo vio por casualidad, una noche desde el colectivo cuando regresaba desde la Clínica a su casa. Ni bien lo

reconoció por poco no le grita un saludo pero enseguida le agarró una cosa en la panza, como un nudo, pena debería ser, le dio pena verlo.

Desde ese día cada vez que pasa por el lugar mira por la ventanilla. Así fue como conoció el secreto de Emilio Ramos, mirando por la ventanilla del micro el edificio de la avenida Córdoba.

Hoy hace veinte días que Dominga guarda el secreto. Y todavía no sabe qué hacer con él.

Como es martes y no tiene que ir a la Clínica se toma un rato para ella. Disfruta de los mates infaltables y de un pedazo de torta que hizo la noche anterior antes de acostarse.

A la tardecita prepara sus cosas para pasar la noche en casa de los Ramos, como habían arreglado días atrás.

Dominga se quedará a dormir. La señora se lo pidió como un favor ya que Emilio viajó por trabajo a Rosario. A Rosario como el Dr. Larralde.

Se enteró a la mañana cuando fue al hospital. “El bombonazo viajó a un Congreso de Cardiología Infantil a Rosario, así que esta semana no lo veo”, dijo Norma.

Dominga le lleva un trozo de torta a la señora Ramos que la está esperando. “La casa tiene suficientes habitaciones como para que uses la que prefieras”. Dominga elige la que está junto al cuarto de la señora, por si llegara a necesitar algo.

Después de cenar, la señora Ramos prepara un rico té de frutillas.

Se sientan en la sala y mientras saborean el té de frutillas y la torta de Dominga, conversan de comidas, truquitos de recetas, quehaceres de la casa, trabajo y del hospital.

La señora Ramos se levanta y va hacia el cristallero que está a sus espaldas. Regresa con una botella de licor de cacao y dos copitas de cristal. Dominga no acostumbra a tomar bebidas con alcohol pero acepta para no despreciarla.

Entonces la señora Ramos empieza a hablar de Emilio, y en tono de confidencia le cuenta a Dominga su ilusión por tener un nieto y la preocupación de que Emilio no haya encontrado todavía a una chica que lo acompañe cuando ella ya no esté.

Dominga comprende al instante que su hijo no le ha hablado de su secreto. La señora Ramos ignora todo.

El reloj de pie empieza a sonar. Las dos mujeres giran a mirar la hora. Asombradas por lo tarde que se hizo, deciden ir a dormir, al día siguiente Dominga tiene que madrugarse.

La señora Ramos la acompaña a la habitación.

Después de rezar sus oraciones, Dominga se sienta en el borde de la cama y se queda pensando un buen rato, hasta tomar una decisión. Dominga ya sabe qué hacer con el secreto.

Soy Noemí y mi secreto es.... que no te lo puedo contar.

# EL VASO CON AGUA

Silvia Pardini



©PattyMaherI

**E**n una dorada mañana de septiembre mi tía Elena murió.

Fue cuando, como perlas violáceas, florecieron las glicinas en las glorietas de la plaza.

Me desperté sobresaltada. La revista Billiken se cayó de mi cama y yo casi junto con ella. Los gritos desmenuzaban las paredes de mi casa.

Llorando mi madre entró a mi dormitorio. Me abrazó. Temblaba. Me contagió el temblor. Me contó un secreto. No se lo digas a nadie, me dijo. Asentí con mi cabeza, confundida, y un bucle, que se había escapado de los bigudíes, se metió en mi ojo derecho.

No puedo recordar sus palabras, sí que cayeron como granizo inesperado sobre mi cuerpo pequeño que se heló. Creo que ahí comencé a escribir mi biografía, arrastrando huecos.

Dios te está mirando, Mirtita, continuó mi madre. Hice la señal de la cruz sobre mis labios como había visto en una novela de la tarde.

Desde entonces tengo la necesidad de dar vuelta las cosas, las frases, las letras. Confundo palabras.

A veces lloraba cuando algo era para reír y al revés. Creo que por eso los varones no se me acercan mucho.

Mi tía Elena, la hermana de mi padre, vivía con su marido, el tío Anselmo a una cuadra de mi casa.

Estaba enferma, muy enferma, de esas enfermedades que no se nombran jamás. El pobre tío, al ver morir a su amada se suicidó. No supe cómo.

No tuvieron hijos. Fui la sobrina preferida de mi tía. Por capricho de los genes heredé el verde esmeralda de sus ojos. Me llamaba, con cariño, espejito.

En esos días el negro luto coloreó cada rincón de mi casa y junto a él se instaló un silencio incómodo. Se apagó la radio, la televisión y casi se prohibieron las risas por meses.

A mis tíos los velaron juntos, los enterraron juntos. Como correspondía.

El cura de la parroquia dio el responso. La foto de los dos, felices, del día del casamiento acompañó la despedida.

Esa foto precedería el álbum familiar desde entonces.

En mis siestas adolescentes ninguna Corín Tellado igualaba la historia de mis tíos, aunque en el barrio los vecinos me decían la sobrina de la pobrecita. Creo que por envidia, seguro.

Por consejo de una amiga fui a ver a una parapsicóloga. Los chicos que me gustaban ni me miraban y eso que me maquillaba todos los granitos de la cara.

La parapsicóloga sentada frente a mí colocó un vaso con agua sobre la mesa. Veía en el agua los ojos de una mujer que lloraba. Eran del mismo color que los míos. Sorprendida miré pero yo no encontraba nada en la quietud del agua cristalina, estancada en un redondel de vidrio.

Tomó unas barajas que desparramó con cuidado sin dejar de ver el vaso. Me habló de una letra, la letra h, y sentenció, vocalizando a la perfección, que mis desdichas amorosas continuarían hasta que esa mujer no dejara de llorar.

Le pagué. Aturdida salí a la calle. El aire me haría bien. Pero no. ¿Dónde me había mandado mi amiga?

Cuando llegué a mi casa intenté hablar con mi madre, ¿qué mujer conocés que tenga un nombre con h? , le pregunté. Lo pensó, sin dejar sus labores de bordado. Al rato me respondió: tu tía Helena, que en paz descansa. Como estaba a salvo del reto por haber pagado con mi plata a la parapsicóloga (eran vueltos guardados de los mandados), le conté. Esquivó respuestas. A los muertos hay que dejarlos en paz, Mirta, me respondió. No pudo evitar las lágrimas y luego se silenció.

Vagos recuerdos empezaron a aflorar en mi mente con lentitud, el comisario hablando con mis padres, la ambulancia, el cura, la puerta que se cerraba y yo quedaba afuera.

Comprendí que debía buscar información en otro lugar.

A la semana volví a ver a la parapsicóloga. Colocó el vaso con agua en la mesa entre las dos. Tiró las cartas. Vio, mejor dicho escuchó dos disparos que le indicaban las cartas.

Le pagué la consulta, la había aumentado, y se guardó la plata en el corpiño.

Hablé con una vecina, era una mujer amable. Confiaba en ella. Me había explicado todo sobre la menstruación a mis once años.

Me llevó a la plaza. Nos sentamos bajo una glorieta con glicinas violáceas en flor. Ella hacía la limpieza en la casa de mi tía y estaba en la planta baja el día fatal.

Me contó de los celos de mi tío, del cansancio de Helena, del crimen, del suicidio, de los dos disparos. Nunca le tomaron declaración policial.

Miré con desdén los corazones tallados en la madera del banco donde estábamos sentadas. En uno se leía mi nombre atravesado por una flecha.

Desde entonces llevo litigios judiciales para separar a Helena de su asesino. Empecé mi tarea cortando la vieja foto que encabezaba el álbum familiar.

Mi madre no me habló por años.

Ya no doy vueltas las cosas, ni las palabras. Escribo poemas bajo las glicinas con o sin flores.



Soy Silvia Pardini, y mi secreto es que cuando paseo con mi perro por la plaza Belgrano, que está cerca de mi casa, miro con detenimiento a las plantas y a los árboles y de ahí saco ideas para volcar en mis cuentos.

# OTROS TIEMPOS

Mirta Pérez



S abíamos que iban a venir, porque se nos cayó un tenedor apuntando hacia La Plata", repetían entusiasmadas las tías de mi mamá, cada vez que íbamos a visitarlas a su casa de Quilmes, donde vivían con mi bisabuela. Esa era una señal para ellas, tal vez la necesidad que tenían de vernos, de estar en familia, eran puro cariño. Y recuerdo sus caras tristes cuando nos despedían, con la mano en alto, desde el segundo escalón de la puerta, hasta perdernos de vista.

En esa vieja casona, que supo tener una lechería al frente, con una gran entrada que daba paso a la caballeriza del fondo que albergaba al caballo del reparto (porque en esa época la leche se vendía a domicilio), yo fui feliz. Tenía muchos rincones en los que podía jugar libremente y explorar, pero de vez en cuando, participaba también de las charlas de los mayores que remitían invariablemente al pasado: se recordaba a mi abuelo Pedro, que había fallecido de un infarto en la calle haciendo el reparto, o a la menor de la familia, Victoria, muerta durante el puerperio de su cuarto hijo, matizado con charlas más actuales y novedades de personajes del barrio. Y mientras nos aprestábamos a tomar el tradicional café con leche, en esas tazonas grandes, que tanto me gustaban, surgía el consabido nombre de María

Luisa, para mí, una enigmática mujer que no encajaba en el árbol de la familia. Tampoco preguntaba quién era, me quedaba con la duda, eran otros tiempos. En una de esas frecuentes visitas, mientras correteaba por la casa descubrí que en una de las habitaciones estaba tía Clara, una de las tías de mamá, abrazada a un retrato, llorando muy quedamente. Me acerqué un tanto asustada, nunca la había visto llorar. Lejos de apartarme me sentó junto a ella en la cama y me mostró la foto. Era una joven rubia, muy bonita.

"Esta es María Luisa, mi hija", me dijo sin que yo le preguntara nada, "murió hace mucho tiempo."

Eso fue todo. No agregé nada más.

En casa de mis padres donde vivía mi abuela, con el correr del tiempo me fui enterando más detalles, porque a veces se tocaba el tema. Y así de a poco se fue armando el rompecabezas. Primero supe que había fallecido a los 20 años, a causa de la tuberculosis, contagiada por su novio. Que durante su enfermedad también se contagiaron mi tía mayor y mi madre. Estuvieron muy graves, pero merced a un tratamiento muy estricto y costoso lograron salvarse. A esa altura sabía que el trato era muy cercano, eran primas. No obstante a medida

que iba a creciendo aún quedaban datos sin revelar. ¿Qué había que ocultar tan celosamente? Finalmente mi tía Alicia un día me contó toda la historia. María Luisa en efecto era "hija de soltera" de Clara, como se estilaba denominar en aquella época a una criatura no

reconocida, y para colmo de males, la niña era fruto de una relación clandestina con un primo hermano del mismo apellido, quien no quiso hacerse cargo de su hija. ¿Prejuicios? ¿Convencionalismos? Una historia que en la actualidad quizás suena demodé, pero en esos tiempos sonaba a tragedia.



©Patricia Ariel

Soy Mirta Pérez, los intrincados caminos del periodismo me llevaron a la escritura, mi secreto es revelar cosas ocultas de la familia. ¿Qué paradoja, no?

# RECETA PARA LIMPIAR EL ALMA

Bettina Priotti



© Silvia Sergiy

Liliana entra a la habitación. Todo está a oscuras. Tantea el camino con los brazos extendidos para no tropezar. Su rodilla le indica que llegó a la cama. Se sienta y enciende la lámpara del velador que está sobre la mesa de luz. Deja a un lado la cartera, desprende los botones del triste abrigo que lleva puesto ese día y se saca los guantes de cuero tirando desde la punta de los dedos para apoyarlos sobre la mesita. Ve una hoja de papel que cae planeando. Sigue el recorrido de ese vuelo ondulante hasta que llega al suelo. Se para, lo levanta y lee. No se sorprende por el contenido, pero lo deletrea, de memoria. Apoya la nota en el lugar exacto donde antes estaba la fotografía de Orlando, cuyo retrato, sonriendo seductor y peinado con un jopo sostenido con abundante gomina quitó hace veintiún días, un domingo tan opaco como ese.

Su trabajo y la pena, culpa también. Cansada de que le comenten lo desmejorada que se la ve, que la miren con lástima. Ella siempre fue una persona reservada y su trabajo es un hervidero de chismosas y entrometidos. Piensa que la han escuchado sonarse la nariz y retener el llanto en el baño. También el fracaso en sus intentos por esconder los quilos de menos. Su cara tiene los pómulos hundidos como dos cicatrices, para no describir su aspecto cada día más descuidado. Su vestuario hace agua. Sin tapado y sin guantes aparece su ropa arrugada, sus uñas comidas, a medio pintar y su espíritu que arrastra entre los pies como si tuviera grilletes. Respira hondo, está agotada. Ese secreto que no puede compartir con nadie se ha convertido en una rata que la devora desde su vagina.

Se incorpora y el mareo que el viaje en lancha le produce desde siempre la hace tambalear. Enciende la luz alta y va hasta la cocina. En la pileta esperan

para ser lavados, la taza y la cafetera italiana. Sobre la mesada una colonia de hormigas parte y reparte el corazón de la manzana que es también huella de su desayuno. Toma un vaso, lo llena de agua y regresa hasta el sector que hace de habitación. Apoya el vaso en el borde de la mesa de luz, se sienta como autómatas en la enorme cama solitaria. Acaricia ese territorio vacío, que hasta hace poco fue testigo de su gusto por los excesos del amor. Hoy sólo sirve para acunar cada noche los malestares que recorren su cuerpo y que consuela con sucedáneos de abrazos en píldoras, cada vez menos eficaces a medida que pasa el tiempo. Recuperada del mareo mira a su alrededor. Todo está en su lugar, menos Orlando y su ropa, Orlando y su Old Spice, Orlando y su cepillo de dientes, Orlando y ... Todo es ausencia. Debió haberlo previsto. Nunca imaginó que dar un paso atrás fuera a dejarla en medio de esa desolación.

Veintiún días, tres semanas y cuarenta y dos viajes ida y vuelta en lancha hasta su trabajo, sin francos, sin salidas, sin divagaciones. Ocupa todo su tiempo en alguna tarea que la distraiga del vacío que siente. Cinco días lluviosos, seis nublados y diez de sol resplandeciente. Un exoesqueleto la aleja de ideas que pudieran hacer subir el río subterráneo que ella siente fluir bajo sus pies. Calcula unos cuatro metros de profundidad, uno de tierra y tres de agua. Ciento veinte metros cuadrados construidos sobre pilotes. Abajo dos canoas con sus remos. Una parrilla. Veinticinco saucos llorones en la frontera casa-río. En el extremo Norte el muelle al que ya no llega la esperanza.

No deja resquicio por donde pueda abrirse paso la

filosa navaja que separa su exigida voluntad del llanto. Aguantar cada día, resistir, apretar los dientes, sin desperdiciar un momento en lagrimear ese odiopena que la envuelve. Todo lo que latía en ella hoy duerme en su oxidada conciencia. Su cuello, de cisne decía Orlando, parece desgajado de un tallo lateral inclinándose cada día un poco más. Acompaña la ley de la gravedad y su ánimo. Su pelo rojo nórdico, hoy parece un montón de cenizas, a punto de abandonar su cabeza en un vuelo sin retorno. Todo es un desastre en ella.

Su mirada luce mustia tras los lentes de contacto. Uno de ellos incrustado en su córnea le quita la visión lateral izquierda, pero tras los primeros cinco días, ha dejado de dolerle. Invoca un retorno al pasado hasta la humillación, dejando un camino brillante, de babosa que se deshidrata sobre la sal mientras busca una inexistente salvación.

Sin hambre come galletas de arroz y mortadela.

O con el mate en la mano antes de que pase la lancha para llevarla al trabajo camina hasta la orilla. Mira el río denso que come el barro y desnuda las raíces de los árboles que tejen figuras repugnantes.

En cada regreso lleva la cartera abrazada y apretando las manos sobre su falda. Una que otra aparición la hace pegar un salto. Una mancha que se extiende y humedece su vestido lentamente mientras sus piernas van mojándose, sus zapatos se llenan de un líquido viscoso, toda ella es una laguna espesa, repugnante, su cuerpo se sumerge, su vida se ahoga, su corazón se apaga. Un ruido fuerte. La soga sobre el muelle y el timonel que grita, - Señora Liliana, La Escondida. Baja, Camina por el muelle como sonámbula. Tiene miedo, miedo.

Mira por la ventana y ve los sauces llorones lamiendo el río y el armario con puertas de alambre tejido que guarda la comida al fresco, colgada bajo la galería techada que rodea la casa en todo su perímetro.

Siente un vacío en el estómago. ¿Tiene hambre? Se levanta y sale dirigiéndose hacia la alacena. Abre la puerta y ve una parva de hormigas caminando sobre su frasco pegajoso de miel. En el estante de abajo queso con algo de moho verde azulado y dos salames. A un costado pan envuelto en un sobre de papel madera. Recuerda que lo compró el día dieciocho del viaje treinta y seis, gris y tormentoso, decidida a comer algo a su regreso, pero los sacudones de la lancha y la culpa la dejaron sin ganas de hacer el esfuerzo de masticar algo. Así que se bañó, secó su pelo, se puso una camiseta que manoteó en un cajón, bebió un té con dos píldoras verde agua y quedó grogui.

Se despertó enroscada entre una sábana y la manta superior. Presintió que un cuerpo extraño había pasado por la habitación mientras ella dormía. Olía a bicho masculino. Sacudió la cabeza como alejando el aroma que le daba náuseas.

Se vistió, salió hasta la galería, miró girando la cabeza. Río de un lado y árboles del otro. Sacó pan duro y un salame de la alacena. Regresó a la cocina preparó su café, lo tomó mientras mordisqueaba el pan duro con una rodaja de salame a la que quitó la piel. Recogió todos los desperdicios en una bolsa de basura negra. Caminó hasta el muelle para dejarla antes de que pasara la lancha que lleva la basura hasta las compactadoras.

Hoy no irá a trabajar, decide. Convencida de que tiene que terminar con esos pensamientos que se han vuelto una tortura.

Debajo de la casa siguen estacionadas las dos canoas. Quizás salir al río y remar un rato la canse lo suficiente. O andar entre esos riachos mansos con camalotes que flotan a la deriva, custodiados de verde que rodean las islas más pequeñas, la consuele. Algo tiene que hacer.

Arrastra un poco su barca todavía embarrada. Sube a buscar un gorro y la bolsa que sacó de su vista guardándola en el armario de trastos viejos el día que abandonó toda esperanza. Vuelve. Empuja la pequeña embarcación hasta la bajada sin escalones, pegada al muelle. Transpira un poco, pero logra subirse cuando ya la canoa se desliza casi por completo sobre el río.

Se hamaca sobre el agua sentada en el centro, equilibrando el peso. Toma los remos y comienza a moverlos. Al ritmo de las pequeñas olas recuerda el primer viaje en esta etapa desolada. Lo insoportable de las miradas de la gente que viajaba con ella en forma habitual. Apretaba los dientes, tragaba sus sentimientos, trituraba como podía la tristeza y la culpa. Pero en estas tres semanas ya había visto que ninguna de las dos era digerible.

Gira en el riacho más angosto marcado por un barco encallado y semi deglutido por la vegetación como una vieja tumba. Rema unos metros más mientras el curso de agua se angosta, los camalotes y otras plantas acuáticas van abrazando su camino hasta convertirse en barrera. Levanta los remos colocándolos fuera del agua, estira un brazo para acercar el bolso y ponerlo sobre su falda. Lo abre y saca la foto. Lloro. Una catarata de llanto. A grito pelado llora y aúlla con un grito que la deja vacía de sonido. Hurga un poco más abajo extrae un papel y lee. Busca la navaja de cortar cañas en su bolsillo. Dibuja dos pequeñas líneas en sus muñecas. Se acuesta a lo largo con su cara hacia el cielo. Tan bello el cielo de su río. Pasan unas nubes pequeñas, recién nacidas mientras la angustia riega el bote con finas líneas rojas.

Pronto estará muerta, piensa. Al fin libre de culpa y cargo. Y si llegaran a encontrarla... mejor no pensar en eso. Ella, de ese bote, con su secreto, a la tumba.

Soy Bettina Priotti y mi secreto es seguir el recorrido de las hormigas hasta descubrir de dónde vienen.

# CONOS DE OSCURIDAD

Griselda Santos



©PattyMaher

**E**s una ciudad chica, algunos dicen que es un pueblo grande. A veces coincido con unos y otras, con otros. Es gracioso cómo casi todos defienden su idea, tan serios y convencidos como si se jugara el “ser nacional”. Argumentan con tal pasión, que ya no importa lo que dicen... Si son imaginativos, los aliento a convencerme. Finalmente, me despidió con: -Tenés razón, no hay dudas, General Manguile es una ciudad (o un pueblo).

Y agrego:

- ¿Pero nadie ve que tiene un nombre que no se corresponde con el espíritu de pobladores moralmente probos y libres?

Mi interlocutor cambia inmediatamente de expresión. El orgullo de haber logrado un miembro a su cruzada, se esfuma rápidamente. Algunos se van mascullando mientras otros aceptan el desafío y discutimos si el General era un genocida de la Campaña del Desierto o un oscuro militar a quien le entregaron el nombre de un pueblo como pago por sus servicios. Me sigue divirtiendo provocar esos debates inútiles, poner en cuestión algo de lo sagrado, de la pertenencia a esa

santa madre tierra.

Se susurra lo que no se puede decir en voz alta y de frente... aquello que cuestiona a los buenos y honorables ciudadanos de General Manguile. Inclusive al general oscuro.

En esta ciudad chica o pueblo grande, casi todos se conocen. Bueno, es una manera de imaginar las relaciones y las vidas de quienes la habitan. Una gran familia, la del General Manguile. Cada uno cree saber casi todo de los otros. Hasta lo que permanece en los conos de sombra y circula como rumor o chisme.

Admito que yo, de chica, compartía esa creencia. Estaba alerta a los murmullos de los grandes. Cuando entraba en un lugar y se callaban o contenían las risas, cuando apresuradamente trataban de cambiar una expresión, simulaba no registrarlo y me iba rápido. Detrás de la puerta trataba de escuchar y ya disfrutaba del encuentro con mi amiga-hermana Elizabeth. Nos juntábamos en la vereda y, sentadas en el umbral de su hermosa casa, nos contábamos TODO.

Sí, hacíamos teorías para entender los fragmentos de palabras, algunas misteriosas que recogíamos de lo que se hablaba en voz baja. Era nuestro modo predilecto de borrar el aburrimiento. Recuerdo que nunca logramos quedar satisfechas con nuestra interpretación de "Isabel R. es una descocada". Como por el tono era algo censurable, decidimos que debía gastar mucha plata en cocos para darse baños en leche de coco. Lo curioso fue cuando escuchamos que Pedro era "ruin", creíamos que tenía otro apellido, Falcon. Claro, aún no conocíamos la palabra "ruin"...

Así pasábamos con Elizabeth las tardes. Yo la admiraba, era hermosa y tenía un nombre con "h". Además vivía en una casa enorme, siempre había galletitas para la merienda y su madre estaba atenta a nosotras. En el fondo yo quería una familia como la de ella ¡y hasta creo que una vez, enojada, se lo dije a mi mamá!

Beth, así le decíamos, repetía que con la única amiga que se divertía era conmigo. Yo era la "elegida", estaba orgullosa. Me exigía inventar palabras y juegos para mantener ese clima de "almas gemelas" que tanto placer nos daba. Ella hacía lo mismo, ambas podíamos debatir horas sobre las interpretaciones que armábamos de las palabras recolectadas entre los murmullos de los otros.

También nos contábamos los secretos de nuestras familias: mi abuela jugadora que apostaba plata y la desesperación de mi mamá y sus hermanas.

Repetían: "¡Este es un problema de familia, y no se puede hablar con otros!", mientras me miraban acusadoramente. Mi nona, a veces, preguntaba: "¿Qué hacía yo antes de jugar?", como si no tuviera recuerdos a atesorar. Solo años después entendí su pregunta... estaba dirigida a ella. A entender cómo había vivido.

En el juego encontré una pasión que desconocía, se desentendía de los "buenos hábitos" y de las críticas. Ahora decía, frente a las recriminaciones familiares: "¡me importa un cuerno!!!" Con Beth nos reíamos de las cosas que hacía la familia para ocultar el vicio de mi abuela. Los avergonzaba.

En cambio, los abuelos de Beth eran muy respetables, vivían en el campo, en el casco de una estancia, no en una casa. Pensaba que eso era elegante. Su familia iba todos los fines de semana, pero Beth decía que no pasaba nada y sola se aburría. Una vez, su mamá me invitó. Fue impresionante ese fin de semana, me porté re-bien. Tenía en la oreja todas las recomendaciones de mi mamá.

El abuelo había sido intendente de la ciudad chica-pueblo grande, cuando él entraba en un lugar todos se corrían para dejarlo pasar. Era imponente. Lo veía a la hora de la cena, por temor a equivocarme de cubiertos o hacer algo que lo disgustara casi no comía. Por el contrario la abuela me sonreía y alentaba a hablar. Durante el día con Beth nos divertíamos. Con ella subí

por primera vez a un caballo, jugábamos en la pileta subíamos a los árboles a juntar ciruelas y, a la noche nos quedábamos hasta tarde charlando sobre lo que habíamos hecho. Me sentía muy feliz.

Ese verano, quería que me volvieran a invitar, pero Beth empezó a estar rara conmigo. Se alejaba. No hablaba como antes. Yo la esperaba como todas las tardes, cuando no venía y la buscaba en su casa, me daba excusas. Teníamos 11 años y nos quedaba cursar el último año antes del secundario. Sabía que ella se iría a un colegio en la Capital. Yo me quedaría en el pueblo a cursar el bachillerato. Nuestros sueños eran juntarnos después, vivir juntas y estudiar en la Universidad.

Beth, ahora, planteaba hacerse monja e irse al África a evangelizar. Su giro lo viví como un rechazo a un futuro compartido. Aún recuerdo el enorme dolor que me produjo. Fue mi primera decepción con quien sentía había confiado "mi vida y mis secretos".

Nuestra relación continuó a través de cartas con menos confidencias, pero sosteniendo ese compartir desenfadado de las anécdotas de nuestras adolescencias. Mi primer enamoramiento, las inseguridades como mujercita frente a las otras chicas. Los chismes sobre nuestros conocidos. Beth también compartía algunas historias que vivía en el Colegio de monjas. Yo esperaba con ansias el verano, para juntarnos y recrear esa intimidad perdida...Pero estaba poco tiempo y se iba de vacaciones a algún lugar.

Al año de estar instalada en la Capital, y aun poco cerradas mis heridas, supe que había muerto su abuelo. Le escribí a Beth, haciendo referencia a ese fin de semana inolvidable, que compartimos en su campo. Contestó enseguida proponiendo un encuentro.

A los pocos días nos juntamos y después de charlar un rato, con dificultad, planteó que necesitaba decirme por qué había tomado distancia de nuestros juegos de secretos y confidencias. Ese verano, antes de alejarse de mí, su abuelo comenzó a abusar de ella. Como si jugaran, al principio no entendía mucho pero se fue dando cuenta de que no estaba bien lo que le hacía... "Es nuestro secreto", decía su abuelo. Su madre la obligaba a ir todos los fines de semana, "la abuela nos espera", insistía. Dejé de verme porque no podía hablarlo ni soportaba la idea de lo que yo podía decirle. Para no contármelo se alejó. Lloraba todas las noches, porque extrañaba nuestros encuentros diarios. Apenas enterraron a su abuelo, por primera vez, se lo dijo a su madre. Ella la abrazó y llorando le confesó que abusó de ella también y nunca se lo contó a nadie. Sin reprocharle nada, Beth, al día siguiente viajó a la Capital, me buscó, nos juntamos y empezó a hablar. Su lealtad con la familia había terminado. Es increíble el peso de ese secreto en mí. Saber del sufrimiento de mi

amiga quedó asociado a las huellas de lo que tanto me burlaba del General Manguile y sus habitantes.

Para contarlo desfiguro nombres y referencias que hagan pública la oscuridad cruel de la gente decente.



Soy Cielo y mi secreto es jugar cuando no logro pensar algún problema.

# TRANSPARENCIAS

Marcela Simone



**Y**o una vez tuve un secreto. Uno sólo, igual que mi abuela. Pero el mío aunque era simple e inocente un día se me escapó de la boca como un acceso de tos, como cuando algo que lleva tiempo gestándose en el pecho, se atora en la garganta y nos obliga a expulsarlo desesperada e irremediadamente. En cambio el de mi abuela no. El de ella se le había instalado en las entrañas desde hacía mucho, desde antes de nosotros, desde un punto en su historia al que nadie pudo acceder jamás. Mi abuela fue un secreto en sí misma. Mi abuela fue, aún después de su muerte, el gran secreto familiar.

Fui la más chica de tres hermanas mujeres. Vivíamos en una casa de tres plantas en las afueras de Adrogué, en uno de esos palacetes antiguos considerado patrimonio histórico, que había pertenecido a mi tataratatarabuelo paterno. De la alcurnia original de mis antepasados solamente quedaba el palacete. Además de nosotras tres, papá y mamá, vivía con nosotros mi abuela materna Concepción Ugarte de Valle Seco. Era una mujer muy simple de apellido largo y vestimenta negra. Total y definitivamente negra. Incluso las medias de muselina que usaba en pleno verano

eran negras y opacas, la mantilla de seda con la que se cubría del sol, las enaguas con las que se iba a la cama y que yo espiaba levantando apenas las sábanas cuando la sabía dormida con la esperanza de encontrarla en un fallo, en un color, en un detalle mínimo como una flor blanca bordada en el encaje de dobladillo. Había venido de España siendo muy joven con su hija de tres años, una sola valija de cuero más chica que mi portafolio escolar y un pasaje de ida. Todavía lo guardo ya ajado y amarillo como un testigo de su exilio, junto con un paquete de las cartas que su padre le envió incansable, suplicando amargamente que le escribiera. Pero no hay registro de que alguna vez ella hubiese accedido. A juzgar por lo que pude leer en sus cartas, en Andorra la vieja, mi abuela materna había dejado un padre vivo, un marido muerto y unos pocos animales de una herencia que se negó a cobrar. Además de cabras, alguna que otra vaca y un puñado de ovejas, ella en España también tenía un secreto. Pero al lado del mío, el suyo era inconmensurable. Se le notaba en las grietas de las manos, en los ojos cansados

de mirar, en la espalda que encorbaba sobre el tejido, en el luto permanente y en las canciones que como plegarias salían de su boca apenas abierta, como susurros, como rezos, mientras cocinaba. Nunca nadie, ni siquiera mi madre, se atrevió a preguntar. Su secreto sin fisuras logró sobrevivir intacto hasta el día de su muerte. Yo la admiré por eso.

Quise imitarla cuando juré no decirle a nadie que me bajé los pantalones en la penumbra del dormitorio cuando Oscar me lo pidió. Pero fracasé, mi abuela ya no estaba y yo subestimé la maldad de mi hermana.

Mi hermana mayor, Bernarda, me llevaba casi diez años. Esa diferencia hacía que a veces yo la confundiera en el rol de madre y la siguiera por todas partes como un cordero recién destetado. Teníamos un primo uno o dos años más grande que yo al que veíamos muy poco, porque en realidad éramos parientes lejanos. Se llamaba Oscar, que era nombre de tío abuelo viejo y por eso no me gustaba. No me gustaba jugar con Oscar además, porque me miraba muy fijo con sus ojos azul transparente y me sonreía todo el tiempo a pesar de mi apatía hacia él. Su mirada insistente y su sonrisa blanda me hacían pensar que Oscar tenía cientos de secretos en su cabeza a la espera de que yo los descubriese.

Una tarde en que había venido con su abuelo de visita a nuestra casa, para no molestar la charla de los adultos, fuimos a jugar al hall del piso de arriba que hacía las veces de antesala del dormitorio de mis padres y que antes había sido a su vez, el dormitorio de mi abuela. Era invierno y las luces de la casa ya estaban encendidas. Menos las del dormitorio que estaba vacío. Creo yo que estaríamos jugando a la vendedora o a la maestra, o la mamá y el papá, no recuerdo bien, sí que jugábamos a los oficios. Los juguetes eran caros y eran pocos, así que el entretenimiento era la imitación de la vida adulta en sus diferentes formas. De repente Oscar, con su mirada helada y líquida, armando una sonrisa nueva que ponía al descubierto sus feos dientes alambrados, me susurra imitando la voz del misterio y la aventura, tengo un juego nuevo. Juguemos al doctor. Bueno dije despreocupada.

Yo iba regularmente al doctor y me gustaba porque me daba caramelos, me subía a una balanza blanca y esmaltada mucho más alta que yo. Me gustaba ver cómo oscilaba la barra metálica hasta que finalmente se decidía a acomodarse en su equilibrio perfecto. El consultorio olía a alcanfor, igual que su guardapolvo. A esta chica le

falta olla, decía mirando a mis padres cuando me bajaba de la balanza. Hay que llevarla a comer pizza y helado en la pizzería de la otra cuadra. Y ya que están, agregaba guiñando un ojo, al lado de la pizzería está el cine y hoy están de estreno. Era fabuloso ir al médico. Por eso jugar al doctor como me propuso Oscar no me pareció una mala idea. Al contrario, podríamos concluir que a alguno de los dos le faltaba olla y reclamar una visita a la pizzería del barrio con película incluida. ¿Y cómo hacemos?, pregunté, no tenemos balanza. Oscar me contestó, no hace falta, necesitamos una camilla y listo. Jugamos a que yo te reviso. Me acordé entonces que el doctor Olivares también me hacía acostar en la camilla para escucharme el corazón. Pero no tenemos camilla dije, y el piso está muy frío. Usemos la cama de tus papás propuso Oscar como si se le ocurriera de pronto. Pero el dormitorio está oscuro y no me dejan prender las luces hasta la hora de irse a dormir porque es muy cara. No hace falta prender la luz, dijo muy serio. Yo veo en la oscuridad porque mis ojos son transparentes y tienen luz adentro. Como una linterna agregó. Yo nunca había escuchado nada acerca de los ojos con luz incluida, pero la verdad tampoco había escuchado mucho de tantas otras cosas, recién empezaba primer grado. Así que entré con él en el oscuro dormitorio de mis padres.

Acuéstese en la camilla por favor señora, dijo señalando la cama. Me parece que usted está muy grave y voy a tener que darle una inyección. Pestañee nerviosa. Las pocas veces que el doctor Olivares había tenido que darme una inyección había sido en la cola. Algo estaba mal en el juego del doctor. Muy mal, lo sentía en el cuerpo. Esa no era la parte divertida como la de los caramelos o los golpecitos en la espalda que me hacían reír al decir treintaytres treintaytres treintaytres, o cuando me pegaba con un martillito muy chiquito de metal plateado y mango de madera, que hacía saltar mi rodilla por los aires. No quiero jugar al doctor, cambié de idea, dije subiéndome de un tirón los pantalones.

Cuando estaba caminando hacia la puerta para irme, escuché la voz de mamá llamándonos desde el hall de entrada al dormitorio. Salimos los dos apurados y silenciosos. El aire quedó enrarecido. ¿Qué estaban haciendo ahí adentro? preguntó mamá con el ceño fruncido. Nada dijimos los dos al mismo tiempo. Mamá no insistió, pero cuando llegó la hora de la cena y Oscar y su abuelo se hubieron ido, lo contó en la mesa delante de papá y de mis hermanas. Yo me

mantuve callada dispuesta a guardar mi secreto igual que mi abuela había guardado el suyo cuando vino de España. No contaba con Bernarda. A partir de ese día me seguía a todos lados como antes yo la había seguido a ella, pero con otras intenciones. Me ofrecía llevarme al cine, comprarme las revistas de la Pequeña Lulú que tanto me gustaban, paquetes de figuritas uno por día durante un mes como mínimo, tentaba. Todo a cambio de que yo le contara mi secreto bajo la firme promesa de que no lo compartiría con nadie. Yo estaba lo suficientemente avergonzada como para contarlo. Había entrado con Oscar en el dormitorio a oscuras de mis padres, para jugar al doctor y me había bajado los pantalones para que él pudiera darme una inyección en la cola. Eso sonaba terriblemente mal. Así que me negué por mucho tiempo hasta que una tarde, cuando esperaba en la vereda que pasara por mí el micro escolar, Bernarda se sentó a mi lado en el banco de piedra que franqueaba el porche de entrada a mi casa. Al igual que la bruja mala de todos los cuentos infantiles que yo había leído, con la voz más empalagosa que pudo extraer de su garganta y prometiendo por décima vez llevarse mi secreto a la tumba, volvió a la carga. Seguí rechazando su oferta dignamente negando con la cabeza, mis

labios apretados. Pero cuando el micro frenó junto al cordón de mi vereda, al intentar levantarme, Bernarda igual que la madrastra de Blancanieves, cambió su gesto maligno, me agarró de la muñeca y hablando entre dientes me amenazó, o me lo contás o no te dejo subir al micro y mamá te va castigar por no ir al colegio. Estábamos jugando al doctor le grité para que me soltara y subí corriendo las escaleras del transporte escolar. Vinieron años de extorsión, no de la grave pero sí de la que asusta. ¡Mirá que cuento! pasó a ser la exclamación preferida de mi hermana mayor. Había un disfrute malsano al observar mi cara de horror cada vez que susurraba esas palabras a mis espaldas cuando estaba haciendo los deberes, o en mi oído cuando dormía, o me lo insinuaba moviendo los labios a través de la mesa a la hora de la cena. No pedía nada a cambio casi nunca. Su mayor placer era torturarme. No había a quién quejarse, salvo a mi abuela que ella sí habría comprendido la importancia de un secreto. Pero ella había muerto y yo lo había contado. Entonces comprendí que solo me quedaba por hacer una sola cosa. A la hora de la cena, cuando estuvimos todos sentados a la mesa miré de frente a Bernarda y sosteniéndole la mirada, dije, papá mamá tengo algo que contarles.



©PattyMaher

Soy Marcela Simone y mi secreto es que ese es mi pseudónimo. En realidad soy Evangelina Caro Betelú.

# POR PRIMERA VEZ

María Cristina Vela



©paulinorivero

Jacinto mira su reflejo en el espejo. El corte Gaona destaca su cara. El pelo renegrado y sus rasgos angulosos están más marcados. Atrás una colita toma el pelo negro y brillante. Arriba de las orejas está casi afeitado, aunque la sombra de su pelo negro cubre el cuero cabelludo. Prende un cigarrillo y sube al auto. Va saliendo del centro del pueblo hacia las afueras. Tira el resto del pucho por la ventanilla y enciende la radio. La música de Ráfaga recorre el auto y repite: *Mentirosa...*

Cambia el programa, acelera y aprieta el volante. Ya terminaron las casas y desde la ruta se ven los campos sembrados y algo de ganado. El horizonte traza una raya firme entre el cielo y el campo, mientras unos pájaros chillones buscan su alimento con graznidos. También van quedando atrás una tropilla y molinos espaciados. En la curva de la ruta, dobla para ingresar en "Las glicinas".

Un camino de álamos enmarca la entrada a la casa de los patrones. Jacinto desvía el auto para llegar a la suya. Estaciona bajo el sauce y camina esquivando las gallinas que picotean el piso a cada paso. Una de ellas casi se liga una patada, pero logra esquivarlo.

Pasa la puerta y tuerce la boca mientras el olor del pan tostado de la mañana sigue ocupando la cocina. Todo está prolijo como a él le gusta. La cama hecha, la cocina limpia y las ventanas con los postigos abiertos por donde entra la luz que no frena el sauce. Alguien golpea la puerta y le pide permiso para entrar. Ve que es Ramón, su hermano más chico que ahora trabaja con él. -¿Qué te pasa que te bajaste del tractor?

- Estoy un poco mareado.

-No seas flojo, che. Acá no estamos para mariconear. ¿Tenés fiebre?

-No, no, pero te aviso para que no te calientes como siempre. Me acuesto un rato y después sigo. -Vos sabes que yo no ando con vueltas. Después de lo que me pasó todo es distinto. Bueno, raja de acá.

Ramón gira sobre sus alpargatas y se aleja.

Jacinto saca la fusta de la silla y descarga el tiento, sobre la cama. Tiene la cara enrojecida y comienza a transpirar. Uno, dos, tres, cinco lonjazos y tira la fusta contra el sillón. Va al baño y se lava la cara. La imagen en el espejo no le gusta, desde aquel momento, cada vez que aparece el recuerdo, un fuego interno le recorre las entrañas.

Saca la campera que está colgada en la silla, se quita las alpargatas y se pone unas botas anchas, negras como el abrigo. Toma el llavero que está sobre la mesa y cuando sale cierra la puerta con llave. Sube a su auto y maneja por el campo. Un paisano lo para en el camino, pero él, con gesto adusto lo saluda y sigue. La radio anuncia lluvia para el otro día. Media hora después se mete por un camino de tierra y a lo lejos se ven caballos, camionetas, autos y hasta algunas bicicletas. Va cayendo la tarde y el horizonte está rosado. Baja del auto y con la mano, confirma que está el cuchillo en la cintura. Camina hacia el lugar donde la gente está en ronda. Desde allí ya se escuchan los gritos.

Cuando se acerca ve al capataz del campo de enfrente, Antonio, su vecino de Dos Pinos, su pueblo de origen, que se regodea ofreciendo apuestas en contra de su gallo. Antonio lo saluda mientras los ojos de él se ríen y los de Jacinto lo atraviesan como una daga. Él también sabe lo que pasó.

Otra vez el recuerdo. Todo el pueblo lo supo cuando llevaron a su hermano mayor al hospital.

Todos se acercan mientras van sembrando a los contrincantes y sus dueños. Arreglaron con el comisario, para poder jugar. De eso se ocupa el dueño de casa que organiza y recibe a todos con sonrisas y una damajuana de vino tinto, que sirve en los vasos que van de mano en mano. Al costado un medio tanque humea anunciando la choricada que vendrá con la noche mientras al otro lado, otros toman mate sentados en un tronco.

Jacinto apuesta en contra del gallo de Antonio. Todos sacan plata y un pibe va anotando mientras entrega el dinero al organizador que guarda todo

en los bolsillos del pantalón y la camisa. Uno de los presentes prende una lámpara antes de que anochezca.

Por un instante se siente un silencio pesado. Los dos dueños sacan a los gallos de sus jaulas y los tienen entre sus manos. Las miradas desafiantes se cruzan hasta que apoyan a los gallos en la pista y todos se mantienen en un círculo que les permite ver sin invadir el lugar de la riña.

Los picotazos comienzan a atravesar las plumas y la sangre parece incentivar la lucha. Los ataques de uno a otro aumentan y la sangre corre por los cuerpos de los dos. Un gallo cae y se levanta atacando con más furia al otro que retrocede para volver al ataque. Los apostadores están embravecidos con los ojos brillantes y los cuerpos tensos, agitan sus brazos y putean al enemigo elegido, mientras alientan a su gallo con furor.

Jacinto da un paso atrás, no sabe qué le pasa. Piensa en irse, siente un sabor ácido. Bajo la mirada sorprendida de algunos, camina hacia el estacionamiento.

Se apoya en un árbol y vomita sobre la tierra. Le duele la cabeza, se acerca a una canilla, hunde la cara en el agua fría que sostienen sus manos, una y otra vez. Se seca con su pañuelo y va hacia el auto. Ni bien se sienta, arranca un gemido de lo más profundo del pecho.

Es la primera vez que el llanto no lo deja casi manejar. Busca alejarse y cuando encuentra una banquina más ancha, frena. Tiene la cabeza entre las manos y el cuerpo se sacude con sollozos.

Pasados unos minutos respira profundo, se seca la cara con las manos y arranca.

En media hora llega a la casa, se quita las botas, deja el cuchillo y se tira en la cama. Las lágrimas corren desde sus ojos hacia la cama.



Soy María Cristina Vela y mi secreto es que soy de otro planeta.

# LEALTADES

Guiomar Vucetich



**M**ientras contempla desde la ventana de la sala la persistente lluvia de julio que cae sobre la vereda, Silvia Bender de Lcomb masculla su fastidio. “¡Qué maldita caterva la de mis hermanos, y mis hermanitas también, cómo no! Buenas mandarinas son todos. Mirá que echarme en cara la falta de lealtad a la familia y no sé cuántas tonterías más. ¿Y ellos, qué? Tanto lío con eso de la familia, pero a mí, la hermana mayor, me dejaron de lado. Hasta las chicas me escapan ahora. ¡Harpías! Ya deberían liberarse de las manías de papá y de esa pavada de que somos alemanes. ¿Por qué? ¿Porque algunos tienen ojos verdes? (Yo no, yo además de falluta debo ser la negra de la familia, falluta y negra) ¡Por dios! Ya somos grandes, ¿no? Hasta Ernestito es un adulto. ¡Veinte años el mocoso! ¿Pero para qué me lo contaron si dudaban de mi bocota? Bueno, no es que todos me lo hayan contado. Pero con que uno viniera a decírmelo en secreto, alcanzaba, ¿no? Y dale con el cuento de la lealtad. ¿Leal a qué, a ellos, a mi marido, a qué? ¿Es que hay lealtades buenas y malas? ¡Lealtad! Habría que reevaluar ese sentimiento ambiguo.”

El Capitán Johann Bender se sentía satisfecho y hasta orgulloso con el rotundo éxito alemán en la batalla de Todos los Santos en aguas chilenas. Pero con el paso de los días lo había ido invadiendo una creciente inquietud al considerar

los posibles contratiempos del resto del viaje. La flota seguía su curso hacia Alemania y habían dado vuelta al cabo de Hornos. El plan del Comandante von Spee parecía bueno, o quizá simplemente fuera el único posible. Sin ningún puerto seguro hasta llegar a Hamburgo, la mejor opción era atacar Puerto Stanley y reabastecerse allí. Amanecía el 3 diciembre de 1914 y estaba tormentoso.

En el caluroso verano porteño de 1915, los hermanos Bender se reunieron para planear cómo hacer para ayudar al primo Johann. Estaban excitados con la idea de poder asistir a un pariente, que además era un soldado. Hasta Ernesto fue desde La Plata. Era el menos entusiasta de los hermanos y además un poco anglófilo. Estaba armando su vida lejos del estricto ambiente familiar, de las convicciones que no se pueden discutir, de la supuesta importancia alemana y la superioridad aria y todas esas tonterías, y no se arrepentía. Pero sentía curiosidad por conocer, al fin, a uno de los primos alemanes. No les llevó tiempo a los hermanos acordar no contarle nada de todo esto a Silvia, no fuera que se lo dijera al franchute de su marido. ¡Pedazo de tonta, venir a casarse con un francés!

Johann Bender era uno de los pocos marinos alemanes que logró llegar a Río Gallegos después del desastre de la batalla de Malvinas. Chapurreando el castellano aprendido a través de

las cartas consiguió contactarse con la red sutil pero firme de inmigrantes alemanes que lo pusieron en un carguero rumbo a Buenos Aires. En cuanto llegó a puerto, Johann se comunicó con el primo Alberto que era con quien se había cartearado con más asiduidad. Intuía que sus primos sabrían cómo asistirlo. Tenía que volver a Alemania como fuera, para continuar peleando por su país. Cualquier cosa menos desertor.

De hecho, los hermanos Bender tenían contactos, ya que su padre había sido cónsul de Alemania en el siglo XIX. Por eso pudieron acercarse al agregado naval, explicarle lo sucedido, pedir ayuda. Y, por supuesto, en la embajada dieron crédito a la historia de Johann y lo proveyeron del pasaporte inglés falso que le permitiría embarcarse para iniciar su arduo regreso a la batalla.

“Pero, a ver ¿estuve mal contándoselo a Jean-Ive?” Silvia sigue cavilando, “él nunca se quejó de tener cuñados germanófilos. Él solo quiere adaptarse a vivir acá, lejos de las turbulencias de Europa. Siempre dice que le encanta la pampa, que lo serena esta inmensidad chata de trigo y cielo. Que no extraña para nada su país. Pero el muy artero no suelta prenda.”

—¿Sabés que alertaron que el primo Johann estaba de incógnito en Buenos Aires? ¿Fuiste vos?

—¡Pero Silvia! ¿Cómo podés pensar algo así?

“Y si realmente no fue él, ¿quién? ¿Podría haber sido Ernesto? Él siempre riéndose de ese orgullo del viejo de ser alemán y de los chicos de creerse medio alemanes también. Al fin y al cabo, en este país todos somos medio algo. Medio inglés, medio italiano, medio alemán.... Pero a mí, como a Ernesto, no me van todas esas tonterías patrioterías, como si se pudieras ser mejor porque naciste acá o allá. Lealtades... ¡paparruchas! Al fin y al cabo yo no cuento quién me lo dijo a mí, ¿no? Pero ya me voy a enterar. ¡Ya van a ver!”

El barco inglés navegaba rumbo a Europa. Johann Bender, ahora Francis Scott, se mimetizaba entre los viajeros comunes. Nada de camarote privado ni restaurante de primera. Estaba habituado a la austeridad de los barcos combatientes y no le importaba dormir en una hamaca entre muchos otros. Se mantenía alerta pero tranquilo, hablaba poco con sus rudos compañeros de camarote y solo subía a la cubierta cuando subían los otros. Era importante hacerse invisible en el montón. Una tarde serena, mientras estaba acodado en la borda junto con varios pasajeros más, oyó una voz de mando “Kapitän Bender”, e instintivamente se puso firme.

La muerte del tío Ernesto a sus setenta años reúne a algunos de los primos Bender en La Plata. Esta ciudad apacible y arbolada invita a sentarse a beber algo fresco y recordar historias familiares antes de regresar a Buenos Aires. La cervecería a la que van es espaciosa, penumbrosa y fresca. Tiene grandes ventanales por donde entra la luz tamizada por los tilos. Se sienten cómodos y libres para charlar de esas cosas de las que no se habla.

—Che, ¿se acuerdan del lío ese entre los Bender? Ese con el alemán ¿Cómo habrá sido realmente la cosa, no?

—¿Cómo, cómo habrá sido? ¿No lo saben? A mí la tía Silvia me lo contó todo y con lujo de detalles.

Soy Guiomar (Guio) Vucetich y en secreto amo "El caso del jesuita risueño".

# NOS PISA LOS TALONES

Valentina Yutzis



©PattyMaher

**E**l secreto crecía despacio.

Nos habíamos mudado poco más de dos años atrás. El deseo de ser padres había venido junto con una cadena de cambios, y había devenido, frente a las imposibilidades, en una frustración desesperada.

La luz del cuarto no funcionaba y ninguno de los dos había querido arreglarla. En el fondo sabíamos el porqué, pero cuántas veces escondemos soluciones para no encontrar respuestas que nos vaciarían el alma. Las últimas noches me había dormido en el sillón, acostumbrada a leer en la cama y después de varias lunas intentando hacerlo bajo la luz de la vela, llevé mis libros a otro lugar. Las primeras veces intentaba volver a la cama pero él ya dormía. Después fui dejando que el sueño me atrapara entre las hojas y simplemente, cerraba los ojos.

Una mañana me desperté incómoda en mí no espacio y las ganas de volver a mi cama me llevaron a la ferretería. Con una bufanda que tapaba la mitad de mi cara me asomé a una sociedad encerrada, las calles vacías y las hojas del otoño me acompañaron, el ruido del tren me sorprendió y me hizo viajar a tantas noches de pequeña, cuando me despertaba confundido con una tormenta. Después de eso, nada, solo viento.

Desanduve el camino y el tren volvió a pasar. Otra vez yo de niña, otra vez la cama, otra vez no dormir. Pasé por una farmacia y entré casi sin pensarlo,

compré el test de embarazo y en casa lo escondí. No le conté el resultado. Necesitaba acomodarme frente a mis miedos, vestirme de valiente y hablar con mis pensamientos. Lo veníamos intentando hacía tanto que el camino nos había desarmado, los intentos fallidos fueron un reloj de arena que degradó el amor con cada grano caído. El miedo había reencarnado en un deseo extraño que nos había llevado a otras sábanas.

Pasé algunas semanas absorta en dudas y libros mientras él pasaba las tardes en alguna cama desconocida. Aunque había vuelto a mi habitación, una parte de mí se había quedado en esa mañana en el baño y no se había movido desde entonces.

Salió de bañarse y entró al cuarto envuelto en una toalla. Mi corazón acelerado iba a confesar, pero su mirada mojada, no pude diferenciar si de agua o lágrimas, me ubicó en tiempo y espacio y antes de que pudiera hablar, fue él quien tomó la palabra.

El amor ya no era el de antes, las dudas le ganaban a cualquier certeza. Me dijo que la muerte siempre nos pisa los talones, que no nos podemos dar el lujo de estancarnos en lugares donde no somos felices.

Se fue y me enfrenté a mis pensamientos, a mi manera de no hablar para no romperme y de no enfrentarme a los problemas para no sentirme

débil. Como si ignorando pudiese superarlo, sabiendo bien que el tiempo me había enseñado que solo acumulaba y cuando la primera lágrima rebalsaba de mis ojos, ya era muy tarde.

Lo dejé ir sin confesar que yo tampoco lo amaba, que no era feliz. Sin decirle que hacía meses me rompía en pedazos cada noche intentando acomodar mis partes en un sillón, y que me había ganado de mano. Que siempre fuimos un viaje sin destino, con demasiadas estaciones, y que era cuestión de tiempo: bajarse o estrellar. Pero contra todo pronóstico nos habíamos bajado los dos, en distintas estaciones, y aun así habíamos estrellado juntos. Hoy recolectaba las partes de ese tren que sí era tormenta.

Los días siguientes anhelé momentos y olores, deje que el dolor en el pecho me perforara, sentí la muerte, el desamor y la soledad. Me abracé fuerte para apagar el ruido de mi cabeza, para atenuar mi corazón.

Algunas mañanas después me despertaron las sábanas bañadas con sangre. No lloré y los médicos confirmaron el aborto espontáneo de un embarazo de menos de dos meses.

Volví de la clínica caminando envuelta en la misma bufanda que me había llevado a comprar las lamparitas. Escuché el tren ir y volver. Me pensé de niña y asustada, me pensé sin dormir. Las calles estaban más vívidas, los árboles pelados, el frío más crudo. Yo estaba aliviada.

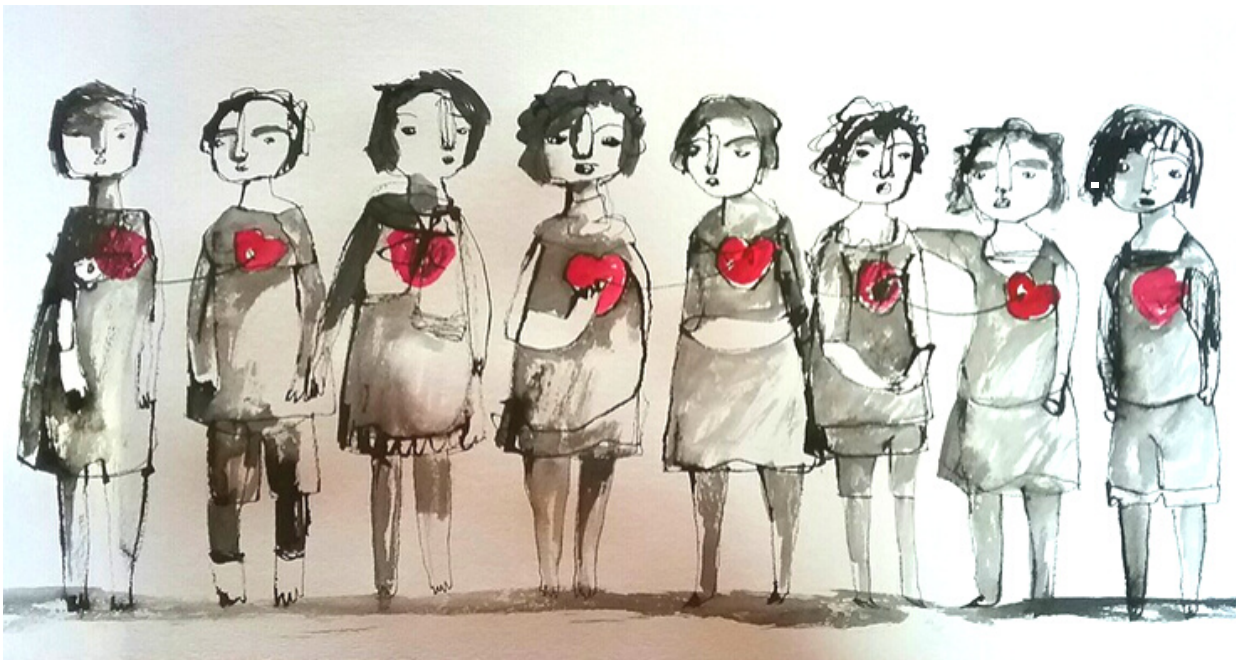
El secreto no crecía más.



Soy Valentina Yutzis y mi secreto es que me cuento historias antes de dormir.

# REUNIÓN DE CHICAS

Amanda Zamuner



©MagalyOhikaer

Cada una se había esmerado en llegar puntual a la reunión convenida en el restaurante El Quijote: todo un logro logístico después de tantos años, de tantas postergaciones, de muchos intentos, de más desencuentros. Este era un momento muy esperado y, a la vez, temido: ¿qué habría sucedido con cada una de las chicas, con sus vidas y sus historias?

Para Estela, la ocasión de los 50 años de egresadas era más que especial porque se había perdido los festejos de los 25 y se lo habían reprochado hasta el hartazgo. Con las herramientas tecnológicas disponibles ahora se había podido reunir a casi toda la promoción; las que no habían respondido era porque ya tocaban el arpa. Había mucha emoción. Estela se sentía extraña. Sabía de algunas que se habían seguido viendo en grupitos afines; otras habían pasado años fuera del país o bien dentro del país, pero lejos de la ciudad que las unió, y otras habían tomado distancia de algunos grupos de juventud, fuera por estudios o familia, o sencillamente por falta de interés.

Se podría atribuir el logro de acordar una reunión gastronómica a un esfuerzo mancomunado: entre la insistencia de Gaby O. con sus llamadas telefónicas a conocidos; los listados prolijos de Carla; la memoria de Claudia S. que había rastreado los pasos seguidos por algunas de las notables; no era menor la contribución entre las múltiples relaciones sociales de Cecilia C.; y más que interesante la búsqueda de Alicia G. por cuanto cuenta de Facebook pudiera. En fin, cada entusiasta aportó lo que quiso y pudo. Otras, como Estela, participaban poco y nada.

Pero fue. Le costaban las reuniones, evitaba el gentío si podía. Estela ingresó al restaurante con una sonrisa amplia, le salió al paso un señor que pertenecía al establecimiento y la redirigió hacia donde se encontraban las ansiosas tempraneras. Muchas ya jubiladas y con tiempo disponible, habían comenzado a juntarse en grupos y con anteojos bien calzados, miraban algunas fotos en papel que diligentemente immortalizaban en archivos

digitales para la posteridad. Siempre aparecía alguna nueva foto del viaje de egresadas (del que Estela no había participado), o de las fiestas (de las que tampoco había sido parte), y daban excusa siempre a la charla animada plagada de anécdotas y recuerdos.

Estela fue saludando una por una a sus compañeras de antaño y comparando impresiones que guardaba con las que se le iban materializando: Gaby B. estaba más rellenita; la flaca Bety, más delgada; Moni la peti se había hecho la dentadura; la otra Gaby había incrementado considerablemente el aumento de los anteojos... Susy se había traído un arsenal de bromas y chistes. Le llamó la atención la notoriedad del corte de pelo de María Marta: la hacía verse como esa grulla coronada cuelligris que le habían mostrado en una guía, ave extremadamente rara. Claro, con esos colores gris y blanco de base y mechadas de rojo y violeta era imposible no considerar el estilo como "llamativo". Si algo logró es que todas hablaran de ella, no faltó la falluta (disimulada) que le alabara el novedoso estilo. Encima, el conjunto se destacaba más todavía por un moño dorado, que en la grulla estaba en el cuello, y ella lucía, feliz en su cabellera.

Durante la comida, los ojos de Estela parecían expertos fotógrafos forenses de esos de las series detectivescas y conducían a la crítica y la comparación más que a sesudas deducciones. El cerebro iba almacenando los comentarios a esas instantáneas y, por cierto, no eran muy celebratorios. Cuando vio que Anita F. se acercaba peligrosamente con una sonrisa a conversar, intentó evitarla en una escapatoria al baño pero fue inútil ya que Anita F. también fue en dirección hacia el baño.

-¡Qué bien se te ve! Tan rejuvenecida estás que nadie diría que cumplís vos también 50 años de egresada.

- Y, las cosas se fueron serenando, Anita. Todo se acomoda de a poco.

-No se te nota nada, che. ¡Excelente tu recuperación!

- Sí, todo un logro de la medicina.

-Casi un milagro. Cuántas te estarán envidiando esta nueva etapa.

- Y... es fácil ver el resultado. Hay que vivir cada experiencia.

- ¡Lo que es haber agarrado el toro por las astas! Fuiste una corajuda.

Y con la misma sonrisa Anita F salió del baño y dejó a Estela contemplándose al espejo con una sonrisa apenas falsa mientras el ruido del secador de manos terminaba su trabajo. No estaba mirándose el cabello ni el rostro; sus ojos se posaban con furia en el pecho, donde lo artificial de su busto ahora perfecto se disimulaba tan bien. Igual, todas lo sabían: se percibía en los tonos, las expresiones y los gestos levemente compasivos de los saludos. Seguramente lo habrían comentado desde mucho antes de su llegada. Sobrevivir al cáncer es una historia de vida reclamada a dolor, sangre y suerte; pero también es una historia de pequeñas muertes casi imperceptibles.

A seguir festejando, se dijo Estela con una sonrisa más sincera. Hay vida. Y salió determinada a compartirla con avidez como postre.



©PatriciaSimsa

Soy Amanda Zamuner y mi secreto (a voces) es saberme todas las canciones de ABBA y de Palito Ortega (y cantarlas en todo momento que pueda).

# LAS LECTURAS QUE NOS INSPIRARON

# LA SALUD DE LOS ENFERMOS

Julio Cortázar



Cuando inesperadamente tía Clelia se sintió mal, en la familia hubo un momento de pánico y por varias horas nadie fue capaz de reaccionar y discutir un plan de acción, ni siquiera tío Roque que encontraba siempre la salida más atinada. A Carlos lo llamaron por teléfono a la oficina, Rosa y Pepa despidieron a los alumnos de piano y solfeo, y hasta tía Clelia se preocupó más por mamá que por ella misma. Estaba segura de que lo que sentía no era grave, pero a mamá no se le podían dar noticias inquietantes con su presión y su azúcar, de sobra sabían todos que el doctor Bonifaz había sido el primero en comprender y aprobar que le ocultaran a mamá lo de Alejandro. Si tía Clelia tenía que guardar cama era necesario encontrar alguna manera de que mamá no sospechara que estaba enferma, pero ya lo de Alejandro se había vuelto tan difícil y ahora se agregaba esto; la menor equivocación, y acabaría por saber la verdad. Aunque la casa era grande, había que tener en cuenta el oído tan afinado de mamá y su inquietante capacidad para adivinar dónde estaba cada uno. Pepa, que había llamado al doctor Bonifaz

desde el teléfono de arriba, avisó a sus hermanos que el médico vendría lo antes posible y que dejaran entornada la puerta cancel para que entrase sin llamar. Mientras Rosa y tío Roque atendían a tía Clelia que había tenido dos desmayos y se quejaba de un insoportable dolor de cabeza, Carlos se quedó con mamá para contarle las novedades del conflicto diplomático con el Brasil y leerle las últimas noticias. Mamá estaba de buen humor esa tarde y no le dolía la cintura como casi siempre a la hora de la siesta. A todos les fue preguntando qué les pasaba que parecían tan nerviosos, y en la casa se habló de la baja presión y de los efectos nefastos de los mejoradores en el pan. A la hora del té vino tío Roque a charlar con mamá, y Carlos pudo darse un baño y quedarse a la espera del médico. Tía Clelia seguía mejor, pero le costaba moverse en la cama y ya casi no se interesaba por lo que tanto la había preocupado al salir del primer vahído. Pepa y Rosa se turnaron junto a ella, ofreciéndole té y agua sin que les contestara; la casa se apaciguó con el atar-

decer y los hermanos se dijeron que tal vez lo de tía Clelia no era grave, y que a la tarde siguiente volvería a entrar en el dormitorio de mamá como si no le hubiese pasado nada.

Con Alejandro las cosas habían sido mucho peores, porque Alejandro se había matado en un accidente de auto a poco de llegar a Montevideo donde lo esperaban en casa de un ingeniero amigo. Ya hacía casi un año de eso, pero siempre seguía siendo el primer día para los hermanos y los tíos, para todos menos para mamá ya que para mamá Alejandro estaba en el Brasil donde una firma de Recife le había encargado la instalación de una fábrica de cemento. La idea de preparar a mamá, de insinuarle que Alejandro había tenido un accidente y que estaba levemente herido, no se les había ocurrido siquiera después de las prevenciones del doctor Bonifaz. Hasta María Laura, más allá de toda comprensión en esas primeras horas, había admitido que no era posible darle la noticia a mamá. Carlos y el padre de María Laura viajaron al Uruguay para traer el cuerpo de Alejandro, mientras la familia cuidaba como siempre de mamá que ese día estaba dolorida y difícil. El club de ingeniería aceptó que el velorio se hiciera en su sede y Pepa, la más ocupada con mamá, ni siquiera alcanzó a ver el ataúd de Alejandro mientras los otros se turnaban de hora en hora y acompañaban a la pobre María Laura perdida en un horror sin lágrimas. Como casi siempre, a tío Roque le tocó pensar. Habló de madrugada con Carlos, que lloraba silenciosamente a su hermano con la cabeza apoyada en la carpeta verde de la mesa del comedor donde tantas veces habían jugado a las cartas. Después se les agregó tía Clelia, porque mamá dormía toda la noche y no había que preocuparse por ella. Con el acuerdo tácito de Rosa y de Pepa, decidieron las primeras medidas, empezando por el secuestro de La Nación –a veces mamá se animaba a leer el diario unos minutos– y todos estuvieron de acuerdo con lo que había pensado el tío Roque. Fue así como una empresa brasileña contrató a Alejandro para que pasara un año en Recife, y Alejandro tuvo que renunciar en pocas horas a sus breves vacaciones en casa del ingeniero amigo, hacer su valija y saltar al primer avión. Mamá tenía que comprender que eran nuevos tiempos, que los industriales no entendían de sentimientos, pero Alejandro ya encontraría la manera de tomarse una semana de vacaciones a mitad de año y bajar a Buenos Aires. A mamá le pareció muy bien todo eso, aunque lloró un poco y hubo que darle a respirar sus sales. Carlos, que sabía hacerla reír, le dijo que era una vergüenza que llorara por el primer éxito del benjamín de la familia, y que a Alejandro no le hubiera gustado enterarse de que recibían así la noticia de su contrato. Entonces mamá se tranquilizó y dijo que bebería un dedo de Málaga a la salud de Alejandro. Carlos salió bruscamente a buscar el vino, pero fue Rosa quien lo trajo y quien brindó con mamá.

La vida de mamá era bien penosa, y aunque poco se quejaba había que hacer todo lo posible por acompañarla y distraerla. Cuando al día siguiente del entierro de Alejandro se extrañó de que María Laura no hubiese venido a visitarla como todos los jueves, Pepa fue por la tarde a casa de los Novalli para hablar con María Laura. A esa hora tío Roque estaba en el estudio de un abogado amigo, explicándole la situación; el abogado prometió escribir inmediatamente a su hermano que trabajaba en Recife (las ciudades no se elegían al azar en casa de mamá) y organizar lo de la correspondencia. El doctor Bonifaz ya había visitado como por casualidad a mamá, y después de examinarle la vista la encontró bastante mejor pero le pidió que por unos días se abstuviera de leer los diarios. Tía Clelia se encargó de comentarle las noticias más interesantes; por suerte a mamá no le gustaban los noticieros radiales porque eran vulgares y a cada rato había avisos de remedios nada seguros que la gente tomaba contra viento y marea y así les iba. María Laura vino el viernes por la tarde y habló de lo mucho que tenía que estudiar para los exámenes de arquitectura.

–Sí, mi hijita –dijo mamá, mirándola con afecto–. Tenés los ojos colorados de leer, y eso es malo. Ponete unas compresas con hamamelis, que es lo mejor que hay.

Rosa y Pepa estaban ahí para intervenir a cada momento en la conversación, y María Laura pudo resistir y hasta sonrió cuando mamá se puso a hablar de ese pícaro de novio que se iba tan lejos y casi sin avisar. La juventud moderna era así, el mundo se había vuelto loco y todos andaban apurados y sin tiempo para nada. Después mamá se perdió en las ya sabidas anécdotas de padres y abuelos, y vino el café y después entró Carlos con bromas y cuentos, y en algún momento tío Roque se paró en la puerta del dormitorio y los miró con su aire bonachón, y todo pasó como tenía que pasar hasta la hora del descanso de mamá.

La familia se fue habituando, a María Laura le costó más pero en cambio sólo tenía que ver a mamá los jueves; un día llegó la primera carta de Alejandro (mamá se había extrañado ya dos veces de su silencio) y Carlos se la leyó al pie de la cama. A Alejandro le había encantado Recife, hablaba del puerto, de los vendedores de papagayos y del sabor de los refrescos, a la familia se le hacía agua la boca cuando se enteraba de que los ananás no costaban nada, y que el café era de verdad y con una fragancia... Mamá pidió que le mostraran el sobre, y dijo que habría que darle la estampilla al chico de los Marolda que era filatelista, aunque a ella no le gustaba nada que los chicos anduvieran con las estampillas porque después no se lavaban las manos y las estampillas habían rodado por todo el mundo.

–Les pasan la lengua para pegarlas – decía siempre mamá– y los microbios quedan ahí y se incuban, es

sabido. Pero dásela lo mismo, total ya tiene tantas que una más...

Al otro día mamá llamó a Rosa y le dictó una carta para Alejandro, preguntándole cuándo iba a poder tomarse vacaciones y si el viaje no le costaría demasiado. Le explicó cómo se sentía y le habló del ascenso que acababan de darle a Carlos y del premio que había sacado uno de los alumnos de piano de Pepa. También le dijo que María Laura la visitaba sin faltar ni un solo jueves, pero que estudiaba demasiado y que eso era malo para la vista. Cuando la carta estuvo escrita, mamá la firmó al pie con un lápiz, y besó suavemente el papel. Pepa se levantó con el pretexto de ir a buscar un sobre, y tía Clelia vino con las pastillas de las cinco y unas flores para el jarrón de la cómoda.

Nada era fácil, porque en esa época la presión de mamá subió todavía más y la familia llegó a preguntarse si no habría alguna influencia inconsciente, algo que desbordaba del comportamiento de todos ellos, una inquietud y un desánimo que hacían daño a mamá a pesar de las precauciones y la falsa alegría. Pero no podía ser, porque a fuerza de fingir las risas todos habían acabado por reírse de veras con mamá, y a veces se hacían bromas y se tiraban manotazos aunque no estuvieran con ella, y después se miraban como si se despertaran bruscamente, y Pepa se ponía muy colorada y Carlos encendía un cigarrillo con la cabeza gacha. Lo único importante en el fondo era que pasara el tiempo y que mamá no se diese cuenta de nada. Tío Roque había hablado con el doctor Bonifaz, y todos estaban de acuerdo en que había que continuar indefinidamente la comedia piadosa, como la calificaba tía Clelia. El único problema eran las visitas de María Laura porque mamá insistía naturalmente en hablar de Alejandro, quería saber si se casarían apenas él volviera de Recife o si ese loco de hijo iba a aceptar otro contrato lejos y por tanto tiempo. No quedaba más remedio que entrar a cada momento en el dormitorio y distraer a mamá, quitarle a María Laura que se mantenía muy quieta en su silla, con las manos apretadas hasta hacerse daño, pero un día mamá le preguntó a tía Clelia por qué todos se precipitaban en esa forma cuando María Laura venía a verla, como si fuera la única ocasión que tenían de estar con ella. Tía Clelia se echó a reír y le dijo que todos veían un poco a Alejandro en María Laura, y que por eso les gustaba estar con ella cuando venía.

-Tenés razón, María Laura es tan buena -dijo mamá-. El bandido de mi hijo no se la merece, creeme.

-Mirá quién habla -dijo tía Clelia-. Si se te cae la baba cuando nombrás a tu hijo.

Mamá también se puso a reír, y se acordó de que en esos días iba a llegar carta de Alejandro. La carta lle-

gó y tío Roque la trajo junto con el té de las cinco. Esa vez mamá quiso leer la carta y pidió sus anteojos de ver cerca. Leyó aplicadamente, como si cada frase fuera un bocado que había que dar vueltas y vueltas paladeándolo.

-Los muchachos de ahora no tienen respeto -dijo sin darle demasiada importancia-. Está bien que en mi tiempo no se usaban esas máquinas, pero yo no me hubiera atrevido jamás a escribir así a mi padre, ni vos tampoco.

-Claro que no -dijo tío Roque-. Con el genio que tenía el viejo.

-A vos no se te cae nunca eso del viejo, Roque. Sabés que no me gusta oírte lo decir, pero te da igual. Acordate cómo se ponía mamá.

-Bueno, está bien. Lo de viejo es una manera de decir, no tiene nada que ver con el respeto

-Es muy raro -dijo mamá, quitándose los anteojos y mirando las molduras del cielo raso-. Ya van cinco o seis cartas de Alejandro, y en ninguna me llama... Ah, pero es un secreto entre los dos. Es raro, sabés. ¿Por qué no me ha llamado así ni una sola vez?

-A lo mejor al muchacho le parece tonto escribírtelo. Una cosa es que te diga... ¿cómo te dice?...

-Es un secreto -dijo mamá-. Un secreto entre mi hijito y yo. Ni Pepa ni Rosa sabían de ese nombre, y Carlos se encogió de hombros cuando le preguntaron.

-¿Qué querés, tío? Lo más que puedo hacer es falsificarle la firma. Yo creo que mamá se va a olvidar de eso, no te lo tomés tan a pecho.

A los cuatro o cinco meses, después de una carta de Alejandro en la que explicaba lo mucho que tenía que hacer (aunque estaba contento porque era una gran oportunidad para un ingeniero joven), mamá insistió en que ya era tiempo de que se tomara unas vacaciones y bajara a Buenos Aires. A Rosa, que escribía la respuesta de mamá, le pareció que dictaba más lentamente, como si hubiera estado pensando mucho cada frase.

-Vaya a saber si el pobre podrá venir -comentó Rosa como al descuido-. Sería una lástima que se malquiste con la empresa justamente ahora que le va tan bien y está tan contento.

Mamá siguió dictando como si no hubiera oído. Su salud dejaba mucho que desear y le hubiera gustado ver a Alejandro, aunque sólo fuese por unos días. Alejandro tenía que pensar también en María Laura, no porque ella creyese que descuidaba a su novia, pero un cariño no vive de palabras bonitas y promesas a la distancia. En fin, esperaba que Alejandro le escribiera pronto con buenas noticias. Rosa se fijó que mamá no besaba el papel después de firmar, pero que miraba fijamente la carta como si quisiera grabársela en la memoria. "Pobre Alejandro", pensó Rosa, y después se santiguó brus-

camente sin que mamá la viera.

–Mirá –le dijo tío Roque a Carlos cuando esa noche se quedaron solos para su partida de dominó–, yo creo que esto se va a poner feo. Habrá que inventar alguna cosa plausible, o al final se dará cuenta.

–Qué sé yo, tío. Lo mejor será que Alejandro conteste de una manera que la deje contenta por un tiempo más. La pobre está tan delicada, no se puede ni pensar en...

–Nadie habló de eso, muchacho. Pero yo te digo que tu madre es de las que no aflojan. Está en la familia, che. Mamá leyó sin hacer comentarios la respuesta evasiva de Alejandro, que trataría de conseguir vacaciones apenas entregara el primer sector instalado de la fábrica. Cuando esa tarde llegó María Laura, le pidió que intercediera para que Alejandro viniese aunque no fuera más que una semana a Buenos Aires. María Laura le dijo después a Rosa que mamá se lo había pedido en el único momento en que nadie más podía escucharla. Tío Roque fue el primero en sugerir lo que todos habían pensado ya tantas veces sin animarse a decirlo por lo claro, y cuando mamá le dictó a Rosa otra carta para Alejandro, insistiendo en que viniera, se decidió que no quedaba más remedio que hacer la tentativa y ver si mamá estaba en condiciones de recibir una primera noticia desagradable. Carlos consultó al doctor Bonifaz, que aconsejó prudencia y unas gotas. Dejaron pasar el tiempo necesario, y una tarde tío Roque vino a sentarse a los pies de la cama de mamá, mientras Rosa cebaba un mate y miraba por la ventana del balcón, al lado de la cómoda de los remedios.

–Fijate que ahora empiezo a entender un poco por qué este diablo de sobrino no se decide a venir a vernos –dijo tío Roque–. Lo que pasa es que no te ha querido afligir, sabiendo que todavía no estás bien. Mamá lo miró como si no comprendiera.

–Hoy telefonaron los Novalli, parece que María Laura recibió noticias de Alejandro. Está bien, pero no va a poder viajar por unos meses.

–¿Por qué no va a poder viajar? –preguntó mamá.

–Porque tiene algo en un pie, parece. En el tobillo, creo. Hay que preguntarle a María Laura para que diga lo que pasa. El viejo Novalli habló de una fractura o algo así.

–¿Fractura de tobillo? –dijo mamá.

Antes de que tío Roque pudiera contestar, ya Rosa estaba con el frasco de sales. El doctor Bonifaz vino en seguida, y todo pasó en unas horas, pero fueron horas largas y el doctor Bonifaz no se separó de la familia hasta entrada la noche. Recién dos días después mamá se sintió lo bastante repuesta como para pedirle a Pepa que le escribiera a Alejandro. Cuando Pepa, que no había entendido bien, vino como siempre con el block y la lapicera, mamá cerró los ojos y negó con la cabeza. –Escribible vos, nomás. Decile que se cuide.

Pepa obedeció, sin saber por qué escribía una frase tras otra puesto que mamá no iba a leer la carta. Esa noche

le dijo a Carlos que todo el tiempo, mientras escribía al lado de la cama de mamá, había tenido la absoluta seguridad de que mamá no iba a leer ni a firmar esa carta. Seguía con los ojos cerrados y no los abrió hasta la hora de la tisana; parecía haberse olvidado, estar pensando en otras cosas.

Alejandro contestó con el tono más natural del mundo, explicando que no había querido contar lo de la fractura para no afligirla. Al principio se habían equivocado y le habían puesto un yeso que hubo de cambiar, pero ya estaba mejor y en unas semanas podría empezar a caminar. En total tenía para unos dos meses, aunque lo malo era que su trabajo se había retrasado una barbaridad en el peor momento, y...

Carlos, que leía la carta en voz alta, tuvo la impresión de que mamá no lo escuchaba como otras veces. De cuando en cuando miraba el reloj, lo que en ella era signo de impaciencia. A las siete Rosa tenía que traerle el caldo con las gotas del doctor Bonifaz, y eran las siete y cinco.

–Bueno –dijo Carlos, doblando la carta–. Ya ves que todo va bien, al pibe no le ha pasado nada serio.

–Claro –dijo mamá–. Mirá, decile a Rosa que se apure, querés.

A María Laura, mamá le escuchó atentamente las explicaciones sobre la fractura de Alejandro, y hasta le dijo que le recomendará unas fricciones que tanto bien le habían hecho a su padre cuando la caída del caballo en Matanzas. Casi en seguida, como si formara parte de la misma frase, preguntó si no le podían dar unas gotas de agua de azahar, que siempre le aclaraban la cabeza. La primera en hablar fue María Laura, esa misma tarde. Se lo dijo a Rosa en la sala, antes de irse, y Rosa se quedó mirándola como si no pudiera creer lo que había oído.

–Por favor –dijo Rosa–. ¿Cómo podés imaginarte una cosa así?

–No me la imagino, es la verdad –dijo María Laura–. Y yo no vuelvo más, Rosa, pídanme lo que quieran, pero yo no vuelvo a entrar en esa pieza.

En el fondo a nadie le pareció demasiado absurda la fantasía de María Laura, pero tía Clelia resumió el sentimiento de todos cuando dijo que en una casa como la de ellos un deber era un deber. A Rosa le tocó ir a lo de los Novalli, pero María Laura tuvo un ataque de llanto tan histérico que no quedó más remedio que acatar su decisión; Pepa y Rosa empezaron esa misma tarde a hacer comentarios sobre lo mucho que tenía que estudiar la pobre chica y lo cansada que estaba. Mamá no dijo nada, y cuando llegó el jueves no preguntó por María Laura. Ese jueves se cumplían diez meses de la partida de Alejandro al Brasil. La empresa estaba tan satisfecha de sus servicios, que unas semanas después le propusieron una renovación

del contrato por otro año, siempre que aceptara irse de inmediato a Belén para instalar otra fábrica. A tío Roque le parecía eso formidable, un gran triunfo para un muchacho de tan pocos años.

-Alejandro fue siempre el más inteligente -dijo mamá-. Así como Carlos es el más tesorero.

-Tenés razón -dijo tío Roque, preguntándose de pronto qué mosca le habría picado aquel día a María Laura-. La verdad es que te han salido unos hijos que valen la pena, hermana.

-Oh, sí, no me puedo quejar. A su padre le hubiera gustado verlos ya grandes. Las chicas, tan buenas, y el pobre Carlos, tan de su casa.

-Y Alejandro, con tanto porvenir.

-Ah, sí -dijo mamá.

-Fijate más en ese nuevo contrato que le ofrecen... En fin, cuando estés con ánimo le contestarás a tu hijo; debe andar con la cola entre las piernas pensando que la noticia de la renovación no te va a gustar.

-Ah, sí -repitió mamá, mirando al cielo raso-. Decile a Pepa que le escriba, ella ya sabe.

Pepa escribió, sin estar muy segura de lo que debía decirle a Alejandro, pero convencida de que siempre era mejor tener un texto completo para evitar contradicciones en las respuestas. Alejandro, por su parte, se alegró mucho de que mamá comprendiera la oportunidad que se le presentaba. Lo del tobillo iba muy bien, apenas pudiera pediría vacaciones para venirse a estar con ellos una quincena. Mamá asintió con un leve gesto, y preguntó si ya había llegado La Razón para que Carlos le leyera los telegramas. En la casa todo se había ordenado sin esfuerzo, ahora que parecían haber terminado los sobresaltos y la salud de mamá se mantenía estacionaria. Los hijos se turnaban para acompañarla; tío Roque y tía Clelia entraban y salían en cualquier momento. Carlos le leía el diario a mamá por la noche, y Pepa por la mañana. Rosa y tía Clelia se ocupaban de los medicamentos y los baños; tío Roque tomaba mate en su cuarto dos o tres veces al día. Mamá no estaba nunca sola, no preguntaba nunca por María Laura; cada tres semanas recibía sin comentarios las noticias de Alejandro; le decía a Pepa que contestara y hablaba de otra cosa, siempre inteligente y atenta y alejada.

Fue en esta época cuando tío Roque empezó a leerle las noticias de la tensión con el Brasil. Las primeras las había escrito en los bordes del diario, pero mamá no se preocupaba por la perfección de la lectura y después de unos días tío Roque se acostumbró a inventar en el momento. Al principio acompañaba los inquietantes telegramas con algún comentario sobre los problemas que eso podía traerle a Alejandro y a los demás argentinos en el Brasil, pero como mamá no parecía preocuparse dejó de insistir aunque cada tantos días agravaba un poco la situación. En las cartas de Alejandro se mencionaba la posibilidad de una ruptura

de relaciones, aunque el muchacho era el optimista de siempre y estaba convencido de que los cancilleres arreglarían el litigio.

Mamá no hacía comentarios, tal vez porque aún faltaba mucho para que Alejandro pudiera pedir licencia, pero una noche le preguntó bruscamente al doctor Bonifaz si la situación con el Brasil era tan grave como decían los diarios

-¿Con el Brasil? Bueno, sí, las cosas no andan muy bien -dijo el médico-. Esperemos que el buen sentido de los estadistas...

Mamá lo miraba como sorprendida de que le hubiese respondido sin vacilar. Suspiró levemente, y cambió la conversación. Esa noche estuvo más animada que otras veces, y el doctor Bonifaz se retiró satisfecho. Al otro día se enfermó tía Clelia; los desmayos parecían cosa pasajera, pero el doctor Bonifaz habló con tío Roque y aconsejó que internaran a tía Clelia en un sanatorio. A mamá, que en ese momento escuchaba las noticias del Brasil que le traía Carlos con el diario de la noche, le dijeron que tía Clelia estaba con una jaqueca que no la dejaba moverse de la cama. Tuvieron toda la noche para pensar en lo que harían, pero tío Roque estaba como anonadado después de hablar con el doctor Bonifaz, y a Carlos y a las chicas les tocó decidir. A Rosa se le ocurrió lo de la quinta de Manolita Valle y el aire puro; al segundo día de la jaqueca de tía Clelia, Carlos llevó la conversación con tanta habilidad que fue como si mamá en persona hubiera aconsejado una temporada en la quinta de Manolita que tanto bien le haría a Clelia. Un compañero de oficina de Carlos se ofreció para llevarla en su auto, ya que el tren era fatigoso con esa jaqueca. Tía Clelia fue la primera en querer despedirse de mamá, y entre Carlos y tío Roque la llevaron pasito a paso para que mamá le recomendase que no tomara frío en esos autos de ahora y que se acordara del laxante de frutas cada noche.

-Clelia estaba muy congestionada -le dijo mamá a Pepa por la tarde-. Me hizo mala impresión, sabés.

-Oh, con unos días en la quinta se va a reponer lo más bien. Estaba un poco cansada estos meses; me acuerdo de que Manolita le había dicho que fuera a acompañarla a la quinta.

-¿Sí? Es raro, nunca me lo dijo.

-Por no afligirte, supongo.

-¿Y cuánto tiempo se va a quedar, hijita?

Pepa no sabía, pero ya le preguntarían al doctor Bonifaz que era el que había aconsejado el cambio de aire. Mamá no volvió a hablar del asunto hasta algunos días después (tía Clelia acababa de tener un síncope en el sanatorio, y Rosa se turnaba con tío Roque para acompañarla).

-Me pregunto cuándo va a volver Clelia -dijo mamá.

-Vamos, por una vez que la pobre se decide a dejarte y a cambiar un poco de aire...

-Sí, pero lo que tenía no era nada, dijeron ustedes.

Claro que no es nada. Ahora se estará quedando por

gusto, o por acompañar a Manolita; ya sabés cómo son de amigas.

–Telefoné a la quinta y averiguá cuándo va a volver– dijo mamá.

Rosa telefonó a la quinta, y le dijeron que tía Clelia estaba mejor, pero que todavía se sentía un poco débil, de manera que iba a aprovechar para quedarse. El tiempo estaba espléndido en Olavarría.

–No me gusta nada eso –dijo mamá–. Clelia ya tendría que haber vuelto.

–Por favor, mamá, no te preocupés tanto. ¿Por qué no te mejorás vos lo antes posible, y te vas con Clelia y Manolita a tomar sol a la quinta?

–¿Yo? –dijo mamá, mirando a Carlos con algo que se parecía al asombro, al escándalo, al insulto. Carlos se echó a reír para disimular lo que sentía (tía Clelia estaba gravísima, Pepa acababa de telefonar) y la besó en la mejilla como a una niña traviesa.

–Mamita tonta –dijo, tratando de no pensar en nada. Esa noche mamá durmió mal y desde el amanecer preguntó por Clelia, como si a esa hora se pudieran tener noticias de la quinta (tía Clelia acababa de morir y habían decidido velarla en la funeraria). A las ocho llamaron a la quinta desde el teléfono de la sala, para que mamá pudiera escuchar la conversación, y por suerte tía Clelia había pasado bastante buena noche aunque el médico de Manolita aconsejaba que se quedase mientras siguiera el buen tiempo. Carlos estaba muy contento con el cierre de la oficina por inventario y balance, y vino en pijama a tomar mate al pie de la cama de mamá y a darle conversación.

–Mirá –dijo mamá–, yo creo que habría que escribirle a Alejandro que venga a ver a su tía. Siempre fue el preferido de Clelia, y es justo que venga.

–Pero si tía Clelia no tiene nada, mamá. Si Alejandro no ha podido venir a verte a vos, imaginate...

–Allá él –dijo mamá–. Vos escribible y decile que Clelia está enferma y que debería venir a verla.

–¿Pero cuántas veces te vamos a repetir que lo de tía Clelia no es grave?

–Si no es grave, mejor. Pero no te cuesta nada escribirle.

Le escribieron esa misma tarde y le leyeron la carta a mamá. En los días en que debía llegar la respuesta de Alejandro (tía Clelia seguía bien, pero el médico de Manolita insistía en que aprovechara el buen aire de la quinta), la situación diplomática con el Brasil se agravó todavía más y Carlos le dijo a mamá que no sería raro que las cartas de Alejandro se demoraran.

–Parecería a propósito –dijo mamá–. Ya vas a ver que tampoco podrá venir él.

Ninguno de ellos se decidía a leerle la carta de Alejandro. Reunidos en el comedor, miraban al lugar vacío de tía Clelia, se miraban entre ellos, vacilando.

–Es absurdo –dijo Carlos–. Ya estamos tan acostumbrados a esta comedia, que una escena más o menos...

–Entonces llevásela vos –dijo Pepa, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas y se los secaba con la servilleta.

–Qué querés, hay algo que no anda. Ahora cada vez que entro en su cuarto estoy como esperando una sorpresa, una trampa, casi.

–La culpa la tiene María Laura –dijo Rosa–. Ella nos metió la idea en la cabeza y ya no podemos actuar con naturalidad. Y para colmo tía Clelia...

–Mirá, ahora que lo decís se me ocurre que convendría hablar con María Laura –dijo tío Roque–. Lo más lógico sería que viniera después de sus exámenes y le diera a tu madre la noticia de que Alejandro no va a poder viajar.

–Pero a vos no te huela la sangre que mamá no pregunte más por María Laura, aunque Alejandro la nombra en todas sus cartas?

–No se trata de la temperatura de mi sangre –dijo tío Roque–. Las cosas se hacen o no se hacen, y se acabó. A Rosa le llevó dos horas convencer a María Laura, pero era su mejor amiga y María Laura los quería mucho, hasta a mamá aunque le diera miedo. Hubo que preparar una nueva carta, que María Laura trajo junto con un ramo de flores y las pastillas de mandarina que le gustaban a mamá. Sí, por suerte ya habían terminado los exámenes peores, y podría irse unas semanas a descansar a San Vicente.

–El aire del campo te hará bien –dijo mamá–. En cambio a Clelia... ¿Hoy llamaste a la quinta, Pepa? Ah, sí, recuerdo que me dijiste... Bueno, ya hace tres semanas que se fue Clelia, y mirá vos...

María Laura y Rosa hicieron los comentarios del caso, vino la bandeja del té, y María Laura le leyó a mamá unos párrafos de la carta de Alejandro con la noticia de la internación provisional de todos los técnicos extranjeros, y la gracia que le hacía estar alojado en un espléndido hotel por cuenta del gobierno, a la espera de que los cancilleres arreglaran el conflicto. Mamá no hizo ninguna reflexión, bebió su taza de tilo y se fue adormeciendo. Las muchachas siguieron charlando en la sala, más aliviadas. María Laura estaba por irse cuando se le ocurrió lo del teléfono y se lo dijo a Rosa. A Rosa le parecía que también Carlos había pensado en eso, y más tarde le habló a tío Roque, que se encogió de hombros. Frente a cosas así no quedaba más remedio que hacer un gesto y seguir leyendo el diario. Pero Rosa y Pepa se lo dijeron también a Carlos, que renunció a encontrarle explicación a menos de aceptar lo que nadie quería aceptar.

–Ya veremos –dijo Carlos–. Todavía puede ser que se le ocurra y nos lo pida. En ese caso...

Pero mamá no pidió nunca que le llevaran el teléfono para hablar personalmente con tía Clelia. Cada mañana preguntaba si había noticias de la quinta, y después se volvía a su silencio donde el tiempo parecía contarse por dosis de remedios y tazas de tisana. No le desagra-

daba que tío Roque viniera con La Razón para leerle las últimas noticias del conflicto con el Brasil, aunque tampoco parecía preocuparse si el diariero llegaba tarde o tío Roque se entretenía más que de costumbre con un problema de ajedrez. Rosa y Pepa llegaron a convencerse de que a mamá la tenía sin cuidado que le leyeran las noticias, o telefonaran a la quinta, o trajeran una carta de Alejandro. Pero no se podía estar seguro porque a veces mamá levantaba la cabeza y las miraba con la mirada profunda de siempre, ni la que no había ningún cambio, ninguna aceptación. La rutina los abarcaba a todos, y para Rosa telefonar a un agujero negro en el extremo del hilo era tan simple y cotidiano como para tío Roque seguir leyendo falsos telegramas sobre un fondo de anuncios de remates o noticias de fútbol, o para Carlos entrar con las anécdotas de su visita a la quinta de Olavarría y los paquetes de frutas que les mandaban Manolita y tía Clelia. Ni siquiera durante los últimos meses de mamá cambiaron las costumbres, aunque poca importancia tuviera ya. El doctor Bonifaz les dijo que por suerte mamá no sufriría nada y que se apagaría sin sentirlo. Pero mamá se mantuvo lúcida hasta el fin, cuando ya los hijos la rodeaban sin poder fingir lo que sentían.

-Qué buenos fueron conmigo -dijo mamá-. Todo ese trabajo que se tomaron. para que no sufriera.

Tío Roque estaba sentado junto a ella y le acarició jovialmente la mano, tratándola de tonta. Pepa y Rosa, fingiendo buscar algo en la cómoda, sabían ya que María Laura había tenido razón; sabían lo que de alguna manera habían sabido siempre.

-Tanto cuidarme... -dijo mamá, y Pepa apretó la mano de Rosa, porque al fin y al cabo esas dos palabras volvían a poner todo en orden, restablecían la larga comedia necesaria. Pero Carlos, a los pies de la cama, miraba a mamá como si supiera que iba a decir algo más.

-Ahora podrán descansar -dijo mamá-. Ya no les daremos más trabajo. Tío Roque iba a protestar, a decir algo, pero Carlos se le acercó y le apretó violentamente el hombro. Mamá se perdía poco a poco en una modorra, y era mejor no molestarla.

Tres días después del entierro llegó la última carta de Alejandro, donde como siempre preguntaba por la salud de mamá y de tía Clelia. Rosa, que la había recibido, la abrió y empezó a leerla sin pensar, y cuando levantó la vista porque de golpe las lágrimas la cegaban, se dio cuenta de que mientras la leía había estado pensando en cómo habría que darle a Alejandro la noticia de la muerte de mamá.

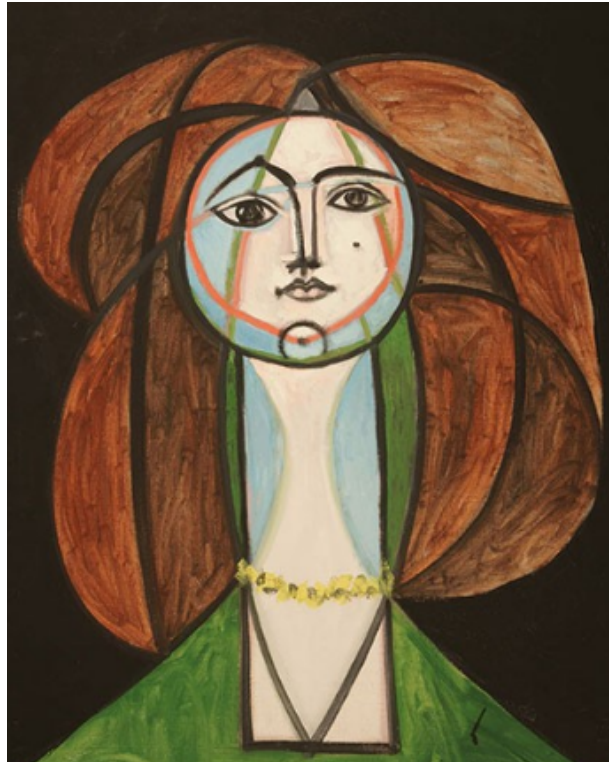


© Helen Masacz

Julio Cortázar (Bruselas, 1914 - París, 1984) Escritor argentino, una de la grandes figuras del llamado «boom» de la literatura hispanoamericana, fenómeno editorial que, en la década de 1960, dio merecida proyección internacional a los narradores del continente. Su secreto era que él era el verdadero Cronopio.

# DESLUMBRAMIENTO

Truman Capote



Picasso

**E**lla me fascinaba.

Fascinaba a todo el mundo, pero la mayoría de la gente se avergonzaba de ello, en especial las altivas damas que dirigían algunas de las casas más suntuosas del Garden District de Nueva Orleans, el barrio en que vivían los propietarios de las grandes plantaciones, los armadores, los empresarios del petróleo y los más ricos hombres de carrera. Las únicas personas que no ocultaban su fascinación por la señora Ferguson eran los criados de esas familias del Garden District. Y, por supuesto, algunos niños que eran demasiado jóvenes o inocentes para esconder su interés.

Yo era uno de aquellos niños, un muchacho de ocho años que vivía temporalmente con unos parientes. No obstante, resultó que me guardé la fascinación para mí mismo, porque sentía cierta culpa; yo tenía un secreto, algo que me molestaba, que realmente me preocupaba mucho y que tenía miedo de contárselo a nadie, a nadie; no me imaginaba qué reacción podría provocar, era una cosa tan extraña que me inquietaba, que me venía atormentando desde hacía casi dos años. Nunca había conocido a alguien que tuviera un problema como el que a mí me angustiaba. Por una parte, acaso pareciera idiota; por otra...

Quería revelar mi secreto a la señora Ferguson. No es que quisiera, sino que creía que debía hacerlo. Porque se decía que la señora Ferguson poseía poderes mágicos. Se contaba, y mucha gente sería lo creía, que ella podía enderezar a maridos descarriados, obligar a declararse a novios indecisos, devolver el cabello perdido, recobrar fortunas derrochadas. En resumen, era una bruja que podía convertir los deseos en realidad. Yo tenía un deseo.

La señora Ferguson no parecía entender de magia. Ni siquiera de trucos con la baraja. Era una mujer corriente que podría tener cuarenta años y tal vez treinta; era difícil decirlo, pues su redonda cara irlandesa, con sus esféricos ojos de luna llena, tenía pocas arrugas y menos expresividad. Era lavandera, probablemente la única lavandera blanca de Nueva Orleans, y una artista en su profesión: las grandes damas de la ciudad mandaban a buscarla cuando sus más bellos encajes, ropa blanca y sedas requerían atención. También la enviaban a buscar por otras razones: para conseguir deseos, un nuevo amante, cierta boda para una hija, la muerte de la querida de un marido, un codicilo testamentario de una madre, una invitación para asistir a la reina de Comus, la

mayor gala del Mardi Gras. No sólo se solicitaba a la señora Ferguson como lavandera. La causa de su éxito, y de sus principales ingresos, eran sus pretendidas habilidades para tamizar las arenas del ensueño hasta dejar al descubierto algo sólido, las doradas realidades. Pero, acerca de ese deseo mío, de la preocupación que me acompañaba desde que me despertaba por la mañana hasta la hora de acostarme: no se trataba de algo que simplemente pudiera preguntarle de sopetón. Exigía un momento adecuado, cuidadosamente preparado. Rara vez iba ella a nuestra casa, pero cuando lo hacía, yo me quedaba muy cerca, simulando contemplar los delicados movimientos de sus dedos gruesos y feos mientras manipulaban las servilletas de encaje, aunque en realidad trataba de atraer su atención. Nunca hablábamos; yo era demasiado nervioso y ella demasiado estúpida. Sí, estúpida. Sencillamente, era algo que yo notaba; con poderes mágicos o no, la señora Ferguson era una mujer estúpida. Pero de cuando en cuando nuestras miradas se encontraban y, a pesar de que era tonta, la intensidad, la fascinación que ella veía en mi actitud, le decía que yo aspiraba a ser cliente. Probablemente pensara que quería una bicicleta o una nueva escopeta de aire; de todos modos, no iba a molestarle por un chico como yo. ¿Qué podía darle yo? Así que encogía los labios finos y volvía a otra parte sus ojos de luna llena. Por esa época, a principios de diciembre de 1932, llegó mi abuela paterna a hacernos una breve visita. Los inviernos son fríos en Nueva Orleans: los húmedos vientos helados procedentes del río calan hasta el tuétano de los huesos. Así que mi abuela, que vivía en Florida, donde era maestra de escuela, se había traído prudentemente consigo un abrigo de pieles que le había pedido prestado a una amiga. Estaba hecho de borrego negro de Persia: una prenda de mujer rica, cosa que mi abuela no era. Enviudó joven, quedándose con tres hijos que criar, y no tuvo una vida fácil, pero nunca se quejó. Era una mujer admirable; tenía una mentalidad enérgica y, asimismo, estaba en su sano juicio. Debido a circunstancias familiares, rara vez nos veíamos, pero me escribía con frecuencia y me enviaba pequeños regalos. Ella me quería, y yo deseaba quererla a ella pero hasta que murió, y vivió más de noventa años, guardé las distancias, comportándome con indiferencia. Ella lo notaba, pero nunca averiguó lo que causaba mi aparente frialdad; ni ninguna otra persona, pues la razón era una intrincada culpa, labrada como la deslumbrante piedra amarilla suspendida de la fina cadena de oro de un collar que con frecuencia llevaba. Las perlas le habrían sentado mejor, pero ella atribuía gran valor a aquella chuchería algo teatral que, según tenía entendido, su propio abuelo ganó en una partida de cartas en Colorado. Por supuesto, el collar no era valioso. Tal como mi abuela siempre explicaba con todo detalle a cualquiera que le preguntase, la piedra, que era del tamaño de la

garra de un gato, no era una «gema», no era un diamante de color canario, ni siquiera un topacio, sino un trozo de cristal de roca diestramente tallado y teñido de amarillo oscuro. La señora Ferguson, sin embargo, desconocía el verdadero valor de la baratija, y cuando una tarde, durante el transcurso de la estancia de mi abuela, la rolliza bruja juvenil vino a almidonar la ropa blanca, pareció hechizada por el brillante pedazo de vidrio que se balanceaba en la fina cadena que rodeaba el cuello de mi abuela. Fulguraron sus ignorantes ojos de luna, y eso es un hecho: en verdad destellaron. Ya no tenía yo dificultad para atraer su atención; me estudió con un interés desconocido hasta entonces.

Al marcharse, la seguí al jardín, donde había un centenario emparrado de glicina, un lugar misterioso aun en invierno, cuando la fronda se había marchitado despojando el túnel de hojas de las encubridoras sombras. Avanzó sobre él y me llamó por señas.

—¿Te preocupa algo? —dijo con voz suave.

—Sí.

—¿Algo que quieras ver realizado? ¿Un deseo?

Asentí con la cabeza; ella hizo lo mismo, pero sus ojos se movían nerviosos de un lado a otro: no quería que la vieran hablando conmigo.

—Acudiré mi hijo. El te lo dirá.

- ¿Cuándo?

Pero ella dijo que me callara y salió aprisa del jardín. Observé su patoso contoneo hasta que se perdió en la oscuridad. Al pensar que había puesto todas mis esperanzas en aquella mujer estúpida, se me secó la boca. Aquella noche no pude cenar; no me dormí hasta el amanecer. Aparte de lo que me atormentaba, tenía ya todo un cúmulo de nuevas preocupaciones. Si la señora Ferguson hacía lo que yo quería que hiciera, ¿qué pasaría entonces con mi ropa, con mi nombre, adonde iría, qué sería de mí? ¡Santo cielo, era suficiente para volverse loco; ¿O es que ya estaba loco? Eso formaba parte del problema: debía estar loco para querer que la señora Ferguson hiciera lo que yo deseaba que hiciera. Esa era una de las razones por las que no podía decírselo a nadie: pensarían que estaba loco. O algo peor. No sabía qué podría ser ese algo peor, pero instintivamente sentí que los comentarios de mi familia y sus amigos y de los otros chicos acerca de que yo estuviera loco, serían lo de menos.

Debido al miedo y a la superstición, mezclados con la avaricia, los criados del Garden District, algunas de las más presuntuosas amas y algunos de los más arrogantes sirvientes que jamás pisaran un suelo de parqué, hablaban con respeto de la señora Ferguson. Además, la mencionaban en tonos quedos, y no sólo a causa de sus peculiares dotes, sino en razón de su vida privada, igualmente singular, varios de cuyos detalles fui recogiendo poco a poco al escuchar disimuladamente los chismes de esos elegantes negros y mulatos y criollos que a sí mismos se consideraban la autenti-

ca realeza de Nueva Orleans y, desde luego, superiores a cualquiera de sus patronos. En cuanto a la señora Ferguson, no era una madame, sino una simple *mademoiselle*: una mujer soltera con un montón de hijos, por lo menos seis, que llegó del este de Tejas, de uno de esos villorrios de blancos incultos del otro lado de la frontera de Shreveport. A los quince años, su propio padre la ató a un poste de amarre frente al despacho de Correos del pueblo, y la azotó públicamente con un látigo. El motivo de ese tremendo castigo era que había dado a luz a un hijo, un niño de ojos verdes, pero sin duda producto de un padre negro. Con el niño, que se llamaba Skeeter y que ahora tenía catorce años, diciéndose de él que era un diablo, llegó a Nueva Orleans y encontró trabajo de ama de llaves en casa de un sacerdote católico, irlandés, de quien tuvo un segundo hijo, tras seducirlo y al que abandonó por otro hombre, y a partir de ahí siguió viviendo con una serie de guapos amantes, hombres que sólo podría haber conquistado por medio de pócimas vertidas en el vino porque, en el fondo, sin sus poderes particulares ¿quién era ella? Basura blanca del este de Tejas que tenía relaciones amorosas con negros, madre de seis bastardos, lavandera, criada. Y, con todo, la respetaban; incluso madame Jouet, el ama principal de la familia Vaccaro, que eran dueños de la United Fruit Company, siempre se dirigía a ella con cortesía.

Dos días después de mi conversación con la señora Ferguson, un domingo, acompañé a mi abuela a la iglesia, y cuando íbamos de camino a casa, que estaba a unas cuantas manzanas de distancia, noté que nos seguía alguien: un chico bien parecido de piel de color tabaco y ojos verdes. Al instante supe que se trataba del infame Skeeter, el muchacho cuyo nacimiento había causado la flagelación de su madre, y comprendí que me traía un mensaje. Sentí náuseas, pero también entusiasmo: estaba como achispado, lo suficiente para echarme a reír.

Con alborozo, mi abuela me preguntó:

—¡Ah! ¿Sabes un chiste?

Pensé: «No, pero sé un secreto.» En cambio, le contesté:

—Sólo es algo que dijo el pastor.

—¿De veras? Me alegro de que encontraras algo divertido. Me pareció un sermón muy seco. Pero el coro ha estado bien.

Me contuve de hacer el siguiente comentario: «Bueno, si únicamente van a hablar de pecadores y del infierno, cuando no saben lo que es el infierno, deberían pedirme que yo pronunciase el sermón. Podría decirles unas cuantas cosas.»

—¿Eres feliz aquí? —me preguntó mi abuela, como si fuera una cuestión que hubiera estado pensando desde su llegada—. Sé que es difícil. El divorcio. Vivir aquí, vivir allá. Quiero ayudarte; pero no sé cómo.

—Estoy muy bien. Todo va a pedir de boca.

Pero deseé que se callara. Lo hizo, frunciendo el ceño. Así que, al menos, había conseguido un deseo. Uno

realizado y otro por cumplirse.

Cuando llegamos a casa, mi abuela, diciendo que sentía el comienzo de una jaqueca y que trataría de quitársela con una pastilla y una siesta, me besó y se metió en casa. Corrí por el jardín hasta la vieja pérgola de glicina y me escondí en su interior, como un bandido en una cueva de ladrones esperando a un compinche.

Pronto llegó el hijo de la señora Ferguson. Era alto para su edad, algo menos de seis pies, y tan musculoso como un descargador del muelle. No se parecía a su madre en absoluto. No era sólo por su color oscuro; tenía los rasgos finamente dibujados y la estructura ósea bien dibujada: su padre debió ser un hombre guapo. Y a diferencia de la señora Ferguson, sus ojos de color esmeralda no eran como torpes trazos de tira cómica, sino estrechos y mezquinos, armas, proyectiles amenazadoramente apuntados y prestos a estallar. No me sorprendí cuando, no muchos años después, oí que había cometido un doble asesinato en Houston y que había muerto en la silla eléctrica del penal del estado de Tejas.

Estaba elegante, vestido como los impetuosos rufianes adultos que haraganeaban por los locales de la zona portuaria: sombrero jipijapa, zapatos de dos tonos, un estrecho traje blanco de lino, con manchas, que debía de haberle regalado un hombre más delgado que él. Un cigarro impresionante sobresalía del bolsillo superior de su chaqueta: un Havana Castle Moro, el puro del *connoisseur* que se servía a los caballeros del Garden District con el ajeno y la frambuesa de después de la cena. Skeeter Ferguson encendió su puro con la teatralidad de un gángster de película, realizó un impecable anillo de humo y, lanzándomelo directamente a la cara, dijo:

—He venido a buscarte.

- ¿Ahora?

—Tan pronto como me traigas el collar de la vieja.

Era inútil dar largas al asunto, pero lo intenté:

—¿Qué collar?

—No malgastes saliva. Ve a buscarlo y luego iremos a un sitio. Si no, no iremos. Y no tendrás otra oportunidad.

—¡Pero lo tiene puesto!

Otro anillo de humo, profesionalmente fabricado, proyectado sin esfuerzo.

—El modo en que lo consigas no es asunto mío. Yo sólo voy a quedarme aquí.

Esperando.

—Pero eso puede llevar mucho tiempo. Y suponte que no lo consigo.

—Lo conseguirás. Esperaré hasta que lo logres.

La casa parecía vacía cuando entré por la puerta de la cocina y, salvo por mi abuela, lo estaba; todos los demás se habían ido a visitar a un primo recién casado que vivía al otro lado del río. Tras llamar a mi abuela por su nombre y sentir el silencio, subí de puntillas al piso de arriba y escuché a la puerta de su dormitorio. Debía estar dormida. Asumiendo el riesgo, abrí la puerta unas

pulgadas.

Las cortinas estaban echadas y la habitación a oscuras salvo por el cálido resplandor del carbón de encina ardiendo en el interior de una estufa de porcelana. Mi abuela estaba tumbada en la cama con las mantas subidas hasta la barbilla; debió haberse tomado la píldora para el dolor de cabeza, porque su respiración era profunda y tranquila. Sin embargo, retiré la colcha que la cubría en la furtiva y meticulosa forma con que un ladrón gira el disco de la caja fuerte de un banco. Su garganta estaba desnuda; sólo llevaba ropa interior, unas bragas rosas. Encontré el collar en una cómoda; se hallaba frente a una fotografía de sus tres hijos, y uno de ellos era mi padre. Hacía tanto tiempo que no lo veía que había olvidado qué aspecto tenía, y después de aquello, probablemente no volvería a verlo más. O, si lo veía, no me reconocería. Pero no tenía tiempo de pensar en eso. Skeeter Ferguson me estaba esperando, erguido en el interior del enramado de glicina, tamborileando en el suelo con el pie y dando chupadas a su puro de millonario. Sin embargo, vacilé.

Nunca había robado nada; bueno, algunas barras de caramelos Hershey en el mostrador de la confitería del cine, y unos libros que no había devuelto a la biblioteca pública. Pero esto era más importante. Mi abuela me perdonaría si supiera por qué tenía que robar el collar. No, no me perdonaría; nadie me perdonaría si supiera exactamente por qué lo hacía. Pero no tenía elección. Era como Skeeter había dicho: si no lo hacía ahora, su madre no me daría otra oportunidad. Y aquello que me atormentaba seguiría y permanecería, quizá, para siempre jamás. Así que lo cogí. Me lo metí en el bolsillo y salí disparado de la habitación sin cerrar siquiera la puerta. Cuando me reuní con Skeeter, no le enseñé el collar, sólo le dije que lo tenía, y sus ojos se hicieron más verdes, se volvieron más desagradables, soltó uno de sus anillos de humo como si fuera un tipo importante, y me dijo:

—Claro que lo tienes. No eres más que un golfo de nacimiento. Como yo.

Al principio fuimos a pie, luego cogimos un tranvía que pasaba por Canal Street, de ordinario tan animada y llena de gente, pero fantasmal ahora con las tiendas cerradas y la quietud del día de descanso cerniéndose por encima de ella como una sombra fúnebre. En la esquina de Canal y Royal transbordamos a otro tranvía y durante todo el camino fuimos atravesando el Barrio Francés, vecindario popular donde vivían muchas de las familias establecidas desde más antiguo, algunas de linaje más puro que cualquiera de los apellidos del Garden District. Finalmente, echamos de nuevo a andar; caminamos millas. Me hacían daño los rígidos zapatos de ir a la iglesia, que todavía llevaba, y ya no sabía dónde estábamos, pero sea cual fuere aquella parte, no me gustaba. Era inútil preguntar a Skeeter Ferguson, porque si lo hacía, se sonreía y silbaba, o escupía y se y se sonreía y silbaba. Me pregunto si silbaría al ir a la

silla eléctrica.

Realmente no tenía ni idea de dónde estábamos; era una zona de la ciudad que no conocía. Y, sin embargo, no tenía nada de raro, salvo que había menos caras blancas de las que uno estaba acostumbrado a ver y cuanto más caminábamos, más escasas se hacían: un circunstancial residente blanco rodeado de negros y criollos. En cualquier caso, se componía de una ordinaria serie de humildes estructuras de madera, casas de huéspedes con la pintura descascarada, viviendas de familias modestas, pobremente conservadas la mayoría, pero con algunas excepciones. La casa de la señora Ferguson, cuando al fin llegamos a ella, era una de esas excepciones.

Era una construcción vieja, pero se trataba de una casa de verdad, con siete u ocho habitaciones; no parecía que la primera brisa de la bahía fuera a llevársela por el aire. Estaba pintada de un marrón feo, pero al menos la pintura no estaba desprendida ni ahuecada por el sol. Y dentro había un patio bien cuidado que albergaba un grueso árbol de sombra: un lilo de la China con varios neumáticos viejos suspendidos con cuerdas de las ramas; eran columpios para los niños. Y había otras cosas para jugar diseminadas por el patio: un triciclo, cubos y paletas para hacer tortitas de barro, prueba de la progenie sin padre de la señora Ferguson. Un cachorro mestizo, cautivo por una cadena atada a una estaca, empezó a dar saltos y a ladrar en el mismo instante en que avistó a Skeeter.

Skeeter dijo:

—Ya hemos llegado. No tienes más que abrir la puerta y entrar.

—¿Solo?

—Ella te está esperando. Haz lo que te digo. Entra directamente. Y si la pillas en medio de un polvo, abre los ojos: así es como yo me convertí en un follador de primera.

El último comentario, sin sentido para mí, terminó con una risita, pero seguí sus instrucciones, y al avanzar hacia la puerta de entrada, me volví y le lancé una mirada fulgurante. No parecía posible, pero ya había desaparecido, y no volví a verlo más; o, si lo vi, no me acuerdo.

La puerta daba directamente al salón de la señora Ferguson. Al menos estaba amueblado como un salón (un sofá, sillones, dos mecedoras de mimbre, mesas bajas de madera de arce), aunque el suelo estaba cubierto de un linóleo marrón, de cocina, que quizá tuviera la pretensión de hacer juego con el color de la casa. Cuando entré en la habitación, la señora Ferguson se balanceaba de un lado para otro en una mecedora mientras un guapo joven, un criollo no muchos años mayor que Skeeter, se mecía en la otra. Una botella de ron descansaba en una mesa que había entre ellos, y ambos bebían de unos vasos llenos de tal género. El joven, al que no me presentaron, sólo llevaba una camiseta y unos pantalones campana de marinero, un tanto



algo más que por el peso de los años; dio rienda suelta a la ira contenida durante toda una vida, y al no responderle, me dijo: «Oye, hijo de puta. Ha muerto con tu fotografía en la mano.» Yo le contesté: «Lo siento», y colgué. ¿Qué había que

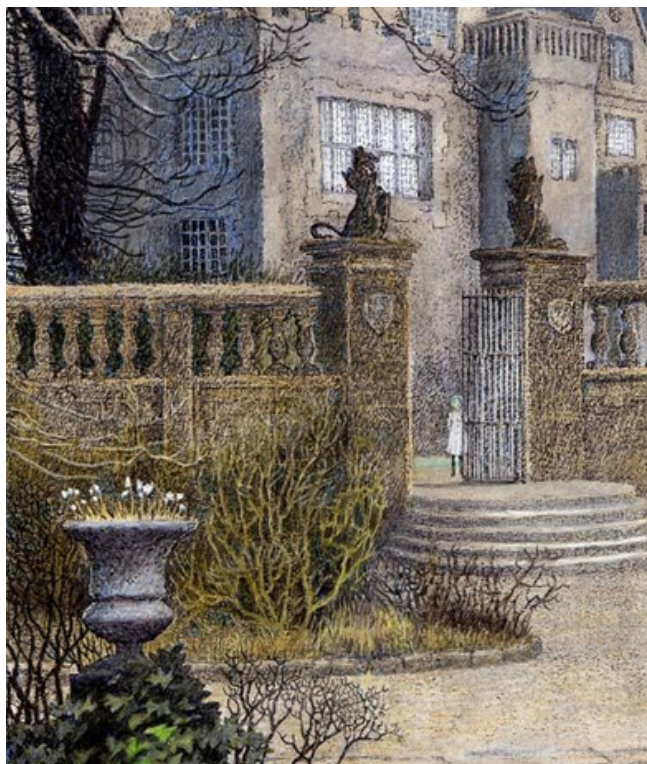
decir? ¿Cómo podía explicar que a lo largo de todos aquellos años cualquier mención a mi abuela, cualquier carta suya o cualquier pensamiento sobre ella, evocaba a la señora Ferguson? Su risa, su furia, la piedra amarilla que giraba y bailaba: bailadeslumbradeslumbra.



Truman Streckfus Persons (Nueva Orleans, 30 de septiembre de 1924- Los Ángeles, 25 de agosto de 1984), más conocido como Truman Capote, fue un escritor y periodista estadounidense. Su secreto era que quería ser una chica Almodóvar.

# LO QUE PASÓ

Mariana Enriquez



© Inga Moore

**U** NO

Supé el secreto de mi familia una tarde calurosa, a mediados de los años ochenta. Mi abuela estaba muriéndose de Cáncer de colon en su habitación pero no sufría dolores físicos: no tuvo que hacer tratamiento porque la enfermedad estaba demasiado avanzada y sencillamente la trataron con morfina. Pero padecía la humillación de la bolsa de colostomía,

que odiaba; lloraba tapándose la cara con los codos apoyados en la mesa, me acuerdo de su pelo siempre prolijo y bellamente teñido; era muy coqueta, tenía miedo de desparramar olor, tenía miedo de algún accidente inesperado, se pasaba Perfume por las manos, se bañaba tres veces por día. Todos sabíamos que tenía cáncer pero nadie Se lo había dicho a ella. Igual lo sabía.

Seguí leyendo:

[http://www.elboomeran.com/upload/ficheros/noticias/04.09\\_mariana\\_enriquez.pdf](http://www.elboomeran.com/upload/ficheros/noticias/04.09_mariana_enriquez.pdf)

Mariana Enriquez (Buenos Aires, 1973) es una periodista, escritora y docente argentina, parte del grupo de escritores conocidos como "nueva narrativa argentina". Su secreto más conocido es que le gustan los cementerios.

# CONTENIDO



©NatashaZupan

- 1 EDITORIAL
- 2 DEDICATORIA
- 3 TALLER LITERARIO PARA ESCRITORXS MILENIALS "EL MUNDO SEGÚN YO" - PAULA TOMASSONI (COORDINADORA)
- 4 TRES SECRETOS - SOL ARTAZCOZ
- 6 CALLAR, OLVIDAR Y DESAPARECER - DANIELA ÁVALOS
- 8 MI DECISIÓN - IARA BARREIRO
- 9 12 DE JUNIO DE 1997 - AGUSTINA FLORIDIA
- 11 PASTILLA - ANTONIA PRADA
- 13 LECTURA Y ESCRITURA DE POESÍA - CATALINA TOVOROVSKY (COORDINADORA)
- 14 LO QUE CALLO - MARÍA SOLEDAD BERDAZAIZ
- 15 PERCEPCIÓN - CECILIA BUEDO
- 17 EL SECRETO - ANA CLARA ECHEVARRÍA
- 18 EN SILENCIO - PATRICIA GUZMÁN
- 19 PODRÍA HABER SIDO - ANALÍA MARTELLA
- 20 TALLERES DE ESCRITURA 2020 - EVANGELINA CARO BETELÚ (COORDINADORA)
- 21 LAS CARTAS DE RUSIA - ISABEL BACHER
- 23 LA LLUVIA - JULIETA BANFI
- 25 JUVE CONTRA FANTOMAS - FLORENCIA BUTIÉRREZ
- 27 CONEJO BLANCO - MARIANA CÁCERES
- 29 NO SE PUEDEN DETENER - ALEJANDRA GARCÍA-AGUSTINA CASTILLO
- 31 RULOS - CECILIA DURÁN
- 33 JUGADORES - TERESITA ETCHEGARAY
- 38 DE LO QUE NO SE HABLA - GRACIELA FERNÁNDEZ
- 40 CONDENSACIÓN(O TSUNAMI) - LUJÁN FIRPO
- 42 EL ORDEN DE MIS COSAS - IGNACIO FLORES
- 44 CICATRICES DIVINAS - ZULMA GASPAROLI
- 49 ESO QUE YO VI - SOFÍA GEIER
- 51 OJOS NEGROS - VIRGINIA GUTIÉRREZ EGUIA
- 53 LUCIÉRNAGAS EN UN FRASCO - PATRICIA GUZMÁN
- 55 ESPEJOS - SANDRA LARESCHI
- 57 EN OTRO IDIOMA - EUGENIA MOSQUERA
- 59 DESEO QUE... - MANUEL MURPHY
- 61 EL EDIFICIO DE LA AVENIDA CÓRDOBA - NOEMÍ PALERMO
- 63 EL VASO CON AGUA - SILVIA PARDINI
- 65 OTROS TIEMPOS - MIRTA PÉREZ
- 67 RECETA PARA LIMPIAR EL ALMA - BETTINA PRIOTTI
- 69 CONOS DE OSCURIDAD - GRISELDA SANTOS
- 72 TRANSPARENCIAS - MARCELA SIMONE
- 75 POR PRIMERA VEZ - MARÍA CRISTINA VELA
- 77 LEALTADES - GUIOMAR VUCETICH
- 79 NOS PISA LOS TALONES - VALENTINA YUTZIS
- 81 REUNIÓN DE CHICAS - AMANDA ZAMUNER
- 83 LAS LECTURAS QUE NOS INSPIRARON
- 84 LA SALUD DE LOS ENFERMOS - JULIO CORTÁZAR
- 91 DESLUMBRAMIENTO - TRUMAN CAPOTE
- 97 LO QUE PASÓ - MARIANA ENRIQUEZ
- 99 LAS QUE HACEMOS ARGONAUTAS

# LAS QUE HACEMOS ARGONAUTAS



***Responsables de la publicación:***

***Evangelina Caro Betelú y Patricia Guzmán***

***Edición y Editorial: Evangelina Caro Betelú***

***Edición de imágenes y compaginación:***

***Patricia Guzmán***

***Imagen de tapa: Gui de la Cal***

***Talleres de Escritura de Argos Cultural  
Argos Cultural-La Plata-Argentina  
[argoscultura.wixsite.com/argos-cultural](http://argoscultura.wixsite.com/argos-cultural)  
FB-IG @argoscultural  
Contacto: [argosculturaladm@gmail.com](mailto:argosculturaladm@gmail.com)***

***2021***